
Tras el
lienzo
Mireia de No Honrubia

Tras el lienzo

Mireia de No Honrubia

A mi madre.

Autora: Mireia de No Honrubia

Diseño de portada: Alba N.F. (@kalisdice)

Maquetación: Mireia de No Honrubia

Corrección: Pirra Smith

Primera edición: Abril 2024

Índice

Prólogo

La sangre que salpicó su cara resultó de lo más desagradable, aunque el acto en sí no lo fuera. No había matado a nadie antes y, tras la experiencia, estaba convencido de que volvería a hacerlo.

El callejón era tan oscuro como otros muchos repartidos por todo Londres, donde los más sombríos delitos sucedían sin ser descubiertos hasta que salía el sol. Al asesino le hubiera gustado recrearse en su crimen, viendo a su víctima perder la vida ante sus ojos. Pero en ese estúpido emplazamiento, lejos de las lámparas de gas de las calles principales, apenas era capaz de adivinar el rojo de la sangre a la luz de la luna.

Tenía el corazón acelerado después de andar todo el camino hasta esa zona apartada por donde su víctima solía pasar para llegar a casa a diario. Se sentía muy distinto a cómo había supuesto. Ya debería haberse tranquilizado, estar en calma consigo mismo por el trabajo hecho. Sin embargo, un mareo inesperado casi consiguió que cayera sobre el empedrado. Se apoyó en la húmeda pared de ladrillos para recuperar el aliento.

Debía marcharse del lugar sin demora para no levantar sospechas. Se quedó quieto por unos instantes, incapaz de mover un músculo. No se creía tan débil, pero lo era. Nunca había pensado que sería capaz de hacer aquello ni por todo el dinero del mundo. Aun así, no fue necesaria una cantidad difícil de imaginar para tentarlo, solo esa que le haría la vida mucho más fácil.

Si hubiera echado a andar de inmediato, no habría tenido que preocuparse más por sus actos. No existía un vínculo entre él y la víctima. A la policía ni siquiera se le pasaría por la cabeza su nombre.

Se perpetraban miles de asesinatos que quedaban sin resolver en Londres; el suyo no tenía por qué ser menos. No obstante, esa debilidad que lo retuvo en el callejón provocó que un matrimonio joven lo viera al lado del cuerpo. Se sintió expuesto con la camisa manchada de sangre y no se paró a pensar que seguramente no podrían distinguirla en aquella oscuridad.

El pulso todavía no se había ralentizado, por lo que su organismo estaba listo para la carrera que emprendió. Al torcer por otro recodo, todavía más lúgubre, se dio cuenta de que el hombre lo seguía a toda prisa y era más rápido que él. Oía los pasos sobre los adoquines cada vez más cerca. Si no hacía algo pronto, lo alcanzaría.

Todavía tenía el cuchillo pegado al cuerpo, ajustado en la cinturilla de sus pantalones. Corrió más rápido, dando un rodeo para poder seguir amparándose en la oscuridad y, en cuanto vio que estaba solo, se detuvo en seco. Estaba convencido de que volvería a matar, aunque no pensaba que tan pronto. No podía llegar a ningún lugar seguro sin pasar por alguna calle principal y era imposible hacer desaparecer a su perseguidor, quien le dio alcance con rapidez. El hombre se le abalanzó encima haciéndolo caer al suelo y esa fue la oportunidad que el asesino aprovechó para apuñalarlo en el costado. A tan poca distancia la sangre salió a borbotones empapándole la ropa. Volvía a sentirse sin aliento y a la vez, más vivo que nunca. No estaba seguro de haber matado a su víctima. Aun así, esta vez no podía cometer el mismo error.

Sus pies le pidieron echar a correr, sin embargo, él sabía que debía ser más cuidadoso y pasar desapercibido. Se abrochó el abrigo para que las grandes manchas de sangre quedaran escondidas y, mientras andaba, se limpió la cara con un pañuelo. No sabía si llegaría a casa sin que nadie se percatara de que había algo perturbador en su apariencia. Todavía se encontraba muy lejos y estaba claro que no podía coger una calesa de bus, así que fue al único sitio en el que sabía que estaría a salvo: la galería Whitergold.

Capítulo 1

Las puertas de la galería Whitergold siempre estaban abiertas para Amelia Raines; incluso ese día en que los visitantes las encontraron cerradas sin previo aviso.

Tras saltar los últimos charcos con sus botines adquiridos la semana antes, la joven se encontró ante la entrada donde visitantes y periodistas se agolpaban para que les dieran la oportunidad de atisbar el interior. Detrás de la verja, dos guardias de seguridad de la galería permanecían silenciosos ante las preguntas que les disparaban y solo uno de ellos reaccionó cuando vio a Amelia confusa bajo su paraguas negro. Le hizo un gesto para que se reuniera con él, lejos del tumulto.

—Vaya por atrás —le pidió el chico—. Me parece que hoy no abrimos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Amelia con curiosidad.

—Mejor entérese por usted misma y luego me lo cuenta. A nosotros no nos confían nada.

Volvió a su posición, despidiéndose de ella con un gesto.

No quería parecer entrometida, sin embargo, jamás se había encontrado la galería cerrada en horario de apertura. Ni siquiera cuando ocurrió la inundación en las plantas inferiores, nada impidió a los visitantes acceder a las salas que habían escapado del desastre.

Para llegar a la parte posterior del museo, tenía que dar un rodeo a la manzana. En ese tiempo barajó varias teorías sobre lo sucedido sin llegar a decidirse por una como la más probable. Las abandonó sin más al traspasar por la puerta trasera que daba a las estancias de los guardias. Por ahí entraban la mayoría de los trabajadores de la galería a diario. Amelia se había acostumbrado a hacerlo por la puerta

principal y, como era la sobrina del director, los empleados pasaban por alto su capricho.

No quiso abandonar su paraguas con el resto en los cubos disponibles para los trabajadores, así que dejó un rastro de agua tras de ella cuando se adentró en las entrañas de la galería.

Tenía tanta curiosidad que le hubiera pedido a cualquiera una explicación, pero quería encontrar a alguien que estuviera bien enterado y así obtener toda la información que precisaba para acallar su ansia.

«Buenos días, señorita» o «¿cómo está, señorita Raines?», decía más de uno a su paso. Ella respondía con una sonrisa. Era conocida en esa galería que era como su hogar. Las estancias y rincones más sombríos formaban parte de sus dominios junto con cada cuadro colgado en las paredes empapeladas. Reconocía cada superficie de mármol, listón de madera del parquet y alfombra de todos sus suelos; no tenían ningún misterio para Amelia. O eso creía.

En ese lugar había correteado y jugado tantas veces de pequeña que era incapaz de recordar todas las aventuras vividas. Por eso sabía que el modo más rápido de llegar al archivo era recorriendo las galerías del ala oeste hasta llegar a la cúpula bajo la que se encontraba el vestíbulo. El blanco predominaba pintando paredes, suelo y techo. Eso le daba una luminosidad y magnificencia que, junto a la altura , impresionaba a los visitantes. Ya estaba a punto de subir las escaleras para llegar a su destino cuando se dio cuenta de que había alguien custodiando el portón de entrada.

—Cecil, buenos días —dijo acercándose a él.

Se trataba de uno de los guardias de seguridad del museo. Era un poco más joven que ella, no obstante, ya llevaba mucho tiempo trabajando allí, más del que Amelia había estado en el archivo.

—Buenos días.

Se acercó a ella, así que lo esperó, deseosa de oír los cotilleos que corrían por aquel lugar.

—Cecil, me muero por saber lo que ha ocurrido —dijo Amelia con

impaciencia.

—Nadie se lo ha explicado —entendió el joven dando un vistazo atrás para asegurarse de que no los escucharan.

—No, y la curiosidad me está devorando por dentro.

—¡Qué exagerada es usted!

—No me haga esperar, que llego tarde y ya sabe cómo se pone el señor Gardiner con la impuntualidad.

—Pues creo que el señor Gardiner la reprenderá, porque lo que ha pasado esta noche le impedirá acudir a su puesto de trabajo, señorita. Es demasiado curiosa. Seguro que querrá hablar con su tío y eso la hará retrasarse.

—Intentaré conformarme con lo que me diga usted —le dijo Amelia.

—No podrá, pero ya dejo de hacerme el interesante y le explico lo que ha sucedido. Esta noche han entrado dos ladrones.

—¡No! —dijo en una exclamación susurrada.

—Sí, no miento.

—¿Qué han robado? —preguntó preocupada, sin entender la sonrisa de Cecil.

—Nada. No consiguieron salir. Los compañeros del turno de noche llamaron a la policía y los detuvieron antes de que pudieran llevarse el cuadro.

—No puedo creerlo —dijo Amelia—. Tiene razón, ahora quiero ir a ver a mi tío. Seguro que está de lo más alterado, así que me contendré. Debo estar en mi puesto, aunque hoy no tengamos visitantes.

—Supongo que abrirán en unas horas. Lo que no quieren los de arriba es que los periodistas hagan preguntas indiscretas.

—¿Sabes de qué obra se trata? —inquirió la chica, interesada.

Cecil negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que se trata de un cuadro de la segunda planta del ala este —explicó Cecil—, pero no conozco más detalles —dijo alzando las manos.

Amelia rio, sin embargo, en cuanto se separó de Cecil se le ocurrieron preguntas que ahora nadie podría resolver. ¿Por qué tenían miedo de los periodistas? Podrían haberlos dejado entrar. Cualquier noticia en los periódicos era buena publicidad para la galería. Quizá tenían miedo de que el propietario del cuadro protestara; al fin y al cabo, en el ala este se encontraba la exposición temporal del barroco y ahí la mayoría de las obras eran prestadas por otros museos, instituciones o colecciones privadas. Era imprescindible que hablara con su tío. Tendría que esperar hasta la hora de la comida.

Entró en el archivo con rapidez, como si no fuera consciente de su tardanza, y dejó arrinconado el paraguas antes de sentarse en su posición.

—Buenos días, señor Gardiner —dijo viendo con alegría que no era la última en llegar.

—Buenos días, señorita Raines —respondió este sin mencionar su impuntualidad—. Aunque la galería esté cerrada, no crea que no tenemos faena. Hay muchos documentos que clasificar y etiquetar.

—Sí, señor Gardiner —respondió la chica con fastidio.

El trabajo de Amelia era monótono, aun así, lo disfrutaba. A menudo llegaban nuevos documentos, tanto los que adquiría el señor Gardiner como los que donaban ciudadanos con deseos de hacer su aportación, no obstante, donde había más trabajo era en los archivos más antiguos que estaban sin ordenar y a los que les faltaba información. A ella le encantaba investigar para encontrar el autor, el lugar, la fecha y muchos otros detalles que eran esenciales para contextualizar cada registro.

Helen no tardó en llegar y recibir la misma noticia sobre su trabajo durante la jornada tras dar los buenos días de forma rutinaria.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —preguntó Amelia deseosa de contar lo que había descubierto en cuanto su compañera hubo tomado asiento en su puesto, justo enfrente.

El señor Gardiner bajó un peldaño de una escalerilla que le permitía llegar mejor a las baldas más altas, quizá para escucharlas.

—¿Qué ha pasado? —susurró la otra chica intentando evitar la atención de su jefe.

—No deberíamos estar divagando sobre el tema, sino esperar a que el director nos dé la versión oficial —dijo el señor Gardiner, quien había oído hablar a las chicas.

—Quizá Amelia tenga información de primera mano —dijo Helen esperanzada.

—En realidad, mi tío todavía no me ha dicho nada. Aun así, mis fuentes son fiables —aseguró ella inclinándose hacia delante—. Me han contado que han intentado robar un cuadro esta misma noche.

Helen parecía realmente sorprendida, pero la impasibilidad del señor Gardiner molestó a Amelia, quien aseguró que iría a ver a su tío tan pronto como fuera posible para enterarse de todos los detalles.



Tenía media hora para el almuerzo. Solía pasarla en el archivo, hablando con Helen y, si hacía buen día, la aprovechaba para pasear. Ese día no habría tiempo para eso, ni siquiera para comer. Abandonó su lugar de trabajo y bajó las escaleras a toda prisa. El museo todavía no había abierto y Cecil ya no se encontraba en el vestíbulo. Miró a su alrededor, pensando en si debía tomar el camino que llevaba hasta el despacho de su tío, al final, resolvió que quería ver por sí misma cuál era cuadro objetivo de los ladrones. Se dirigió a la exposición temporal sobre maestros del barroco que había visto tantas veces desde que abrió. Si hubiera algo fuera de su sitio, ella se daría cuenta.

Saludó a un par de guardias de seguridad y vigilantes de sala que no la detuvieron, aunque ella no debería estar merodeando por ahí. Subió las escaleras enmoquetadas de azul a toda prisa, aguantándose la falda para no tropezar.

A punto de internarse en la galería, oyó unas voces y se detuvo en seco. Al principio le costó entenderlas por culpa del ligero eco que provocaban los altos techos de la galería. Así que, siendo cautelosa y procurando no dejarse ver, se internó en la gran estancia donde cientos de obras atestaban las paredes. Pudo esconderse tras una de las blancas columnas. Al principio todo le pareció normal, ningún cuadro estaba donde no debía. Por un momento pensó que no podría ubicar cuál había sido objeto del intento de robo, pero entonces se fijó en el fondo de la galería, donde dos conservadores observaban un cuadro situado en horizontal sobre un caballete. Amelia buscó el hueco que había dejado la obra con la mirada y en cuanto lo encontró supo de cuál se trataba.

Era un óleo de Rembrandt. En él, una niña desconocida se apoyaba en un quicio de piedra con una mirada que desafiaba al espectador. Se había detenido frente a él muchas veces. Ni de lejos se trataba de la obra más conocida o valorada del artista; aun así, era sin duda una de sus favoritas de la exposición.

Los ladrones solían tomar decisiones que sorprendían al público, aunque en realidad eran lógicas para alguien con conocimientos del

mundo del arte. Las obras pequeñas eran las más cómodas de robar y las menos populares, las que se vendían con más facilidad en el mercado negro. Al fin y al cabo, la policía no prestaba tanta atención a obras de arte consideradas de segunda. Por eso a Amelia no le sorprendió la elección de los ladrones.

Estaba a punto de abandonar el lugar cuando las palabras de los conservadores que antes le habían parecido insípidas se volvieron de lo más jugosas.

—¿Está seguro?

—¿Usted no? ¿Después de toda la mañana dándole vueltas?

Un silencio sirvió como respuesta.

—Lo han cambiado, este es falso. Es imposible que este lienzo sea del siglo XVII. Sí, ha sido oscurecido, pero la regularidad de la trama es escandalosa.

Su compañero asintió y Amelia tuvo que llevarse una mano a la boca por la sorpresa. Los hilos de un lienzo de esa antigüedad deberían estar distribuidos de forma desigual a causa del procedimiento manual empleado para tejerlos.

—Parece tan real —dijo después de un silencio uno de ellos.

—Casi no me doy cuenta. ¿Por qué mirar tras el lienzo cuando este es tan convincente?

Ansiosa por obtener más información, la joven permaneció durante unos instantes más, esperando a que la conversación continuara, sin embargo, los hombres ya no volvieron a hablar.

Amelia se marchó con cuidado de no ser descubierta. Cuando llegó a la escalera, aceleró el paso y subió los escalones a la carrera. Le quedaba poco tiempo y todavía tenía que hablar con su tío. Debía contarle lo que acababa de descubrir.

Se cruzó con varias personas a las que ni siquiera saludó y llegó al despacho con la respiración agitada. Se recompuso, comprobando que su recogido seguía intacto y golpeó la puerta. La respuesta de su tío no se demoró y ella abrió impaciente.

Cuando el hombre la vio, ladeó la cabeza por la sorpresa.

—Esperaba a otra persona —dijo levantándose para darle la bienvenida.

—Buenas tardes, tío —respondió ella sin cortesías.

El señor Bates la invitó a tomar asiento con un gesto, pero la chica estaba demasiado inquieta y empezó a pasearse sobre la moqueta roja, de un lado a otro del despacho.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el hombre que sí se sentó tras saludar a Amelia.

—¿Qué ocurre? ¡Qué ha ocurrido! Estoy sorprendida. Debería habérmelo contado —dijo Amelia, aunque sabía que su tío nunca haría eso.

—Ah, se trata del intento de robo —dijo él desestimando el tema con un gesto de la mano.

—¡Intento! No, tío. Han conseguido robar el retrato, ¡y usted sin saberlo!

No le tenía especial cariño a su tío, aunque Amelia no habría dicho que fuera insensato.

—Los conservadores todavía me tienen que confirmar eso —dijo preocupado—. ¿Cómo te has enterado de un chisme como ese? Pedí que fueran discretos.

—No te preocupes, no hay traidores entre tus hombres —dijo enrevesando sus palabras y apoyando las manos en el escritorio—. Los he oído discutir hace apenas unos minutos. Estoy segura de que estaban confirmando aquello que parece que ya sospechabas.

El señor Bates se llevó las manos a la cara, cogiendo aire con lentitud. Amelia siempre se estaba metiendo en asuntos que no la concernían, como la vez que un cuadro llegó con retraso para una exposición y ella había estado esperándolo hasta el anochecer. En esa ocasión se hizo tan oscuro que no se atrevió a ir a su casa y tuvo que quedarse a dormir en el museo.

—Tío, ¿se encuentra bien? —dijo la chica sentándose al fin.

—Esto es una pesadilla, Amelia —le respondió apoyando la cabeza en sus manos—. Pero tú no deberías preocuparte por estas cuestiones.

—Pueden recuperar el cuadro robado, ¿no? Al parecer, cambiaron el verdadero por uno falso. Los ladrones deben tenerlo.

—Los detuvieron nada más poner un pie fuera de la galería, o cuando iban a salir, ¡qué más da! No llevaban nada más que el cuadro falso encima.

—¿Cómo es eso posible? ¿Dónde pudieron esconder el verdadero?

—Puede estar en cualquier rincón del museo o alrededores… ahora te voy a pedir algo: no te preocupes más, no investigues y no des vida a los cotilleos. ¿Me escuchas? —dijo forzándola a mirarlo—. Tenemos alguna pista y colaboraremos con la policía; aun así, lo último que necesitamos son chismes. Si alguien se enterara de que el verdadero cuadro está desaparecido, tendríamos problemas de verdad. Muchas instituciones podrían dejar de colaborar con el museo y ese sería el principio del fin.

Amelia asintió convencida, pero con ganas de seguir hablando. Había quedado impresionada por las palabras de su tío. Al parecer, el cuadro todavía debía hallarse en la galería. ¿Y si lo encontraba ella? No solo salvaría la reputación del museo, sino que lo recuperaría para su propietario, quien podría darle una recompensa, sin embargo, algo que no se podía quitar de la cabeza era que su tío le había dicho que tenían pistas. ¿Cuáles serían? ¿A dónde apuntarían?

Capítulo 2

Al día siguiente, la galería abrió con normalidad y el cuadro recibió muchas visitas. En varios periódicos se relataba el intento de robo como si se tratara de un evento fantástico en lugar de un simple crimen frustrado. Solo *The Daily Telegraph* dio en el clavo al apuntar cuál de las obras había sido objetivo de los ladrones y el rumor se extendió con rapidez. Pronto, una cola de visitantes hizo imposibles los acostumbrados paseos de Amelia, quien terminó por encerrarse en el archivo, incluso en sus ratos libres.

Esa mañana se había molestado al ver que la obra falsa seguía en el mismo lugar y fue a ver a su tío para pedirle explicaciones. De nuevo, este le exigió discreción y Amelia no pudo hacer más que cerrar la boca. Estaba malhumorada. No consideraba correcto engañar a los visitantes haciendo pasar un cuadro falso por verdadero.

Al final de su jornada, Amelia recogió su puesto de trabajo y se despidió del señor Gardiner. Ella debía marchar a casa, pero en lugar de eso fue a la galería este. Se sentó en un banco cercano al retrato falso y se quedó mirando a los visitantes que acudían al museo solo para echarle un vistazo. Había todo tipo de personas interesadas en la pintura: desde hombres mayores con aspecto de académicos, hasta grupos de chicas jóvenes a las que atraía el misterio. Hubo un par de hombres que quisieron hacer una fotografía. Sin embargo, nada más verlos con un trípode bajo el brazo, los vigilantes de sala se encargaron de disuadirlos.

Amelia tenía el estómago revuelto, se sentía mal a causa de la culpa, por ayudar a mantener la mentira. Ese cuadro no lo había pintado Rembrandt, ni siquiera era del siglo XVII; era una

falsificación, por muy bien hecha que estuviera.

Amelia tuvo la tentación de acercarse a contemplar la obra. ¿Sería capaz de descubrir los pequeños detalles que distinguían ese cuadro de su original? Seguramente no. Aunque le encantaba el museo y el arte que había en él, no era una experta en el tema.

No fue hasta que los vigilantes avisaron de que la galería cerraría en breve que Amelia se levantó y se acercó al óleo. La niña del cuadro parecía examinarla con sus ojos claros, tan diferentes a los de la propia Amelia. Su mirada conseguía atrapar al espectador dentro de la atmósfera de un tiempo lejano. El fondo estaba compuesto por los planos oscuros que tanto caracterizaban a Rembrandt y que hacían destacar a la chica, llegando a producir la sensación de que iba a salir del cuadro de un momento a otro.

Todo parecía de lo más normal. Alguna que otra grieta, zonas en que la pintura había saltado y un tono amarillento en la piel de la chica a causa de la degradación de un barniz que fingía haber sido aplicado tanto tiempo atrás sobre la superficie.

Estaba tan concentrada en su estudio que tardó en darse cuenta: había una persona a su lado. Amelia se preguntó si sería un visitante rezagado. Este tenía mucho interés en el cuadro, más que el resto. «Para terminar constatando que solo se trata de otro óleo más», pensó Amelia. Llevaba un papel en la mano y su mirada pasaba de fijarse en él a posarse en el cuadro con rapidez. Amelia se colocó detrás de él con discreción para ver de qué se trataba y se sorprendió al ver que era una fotografía del mismo cuadro. «¿Del auténtico?», pensó preocupada y volvió a revolvérsele el estómago.

Ella estuvo a punto de dirigirle la palabra, pero ante el segundo aviso de uno de los vigilantes de sala, abandonó el lugar dejando a Amelia pensativa. Se posicionó otra vez frente al cuadro y volvió a fijarse en él. Nada. No tenía ojo para ver lo que fallaba en esa composición.

Se preguntó quién podía ser ese hombre. ¿Quizá el propietario del cuadro o un periodista? Cualquiera de las dos opciones le helaban la

sangre. Era injusto que fuera ella quien se sintiera culpable.

La conversación con su tío no duró demasiado y, aunque pareció alarmado al oír las palabras de su sobrina, volvió a pedirle que no se metiera en sus asuntos. Amelia le preguntó nerviosa si el propietario del cuadro sabía algo de su desaparición y él le respondió con más evasivas que a ella le parecieron un «no» encubierto. Su tío todavía pretendía encontrar el cuadro verdadero sin que nadie supiera nunca que había desaparecido. Eso creía Amelia, porque no podía concebir la alternativa: que hubiera renunciado a encontrar el cuadro y pretendiera hacer pasar el falso por verdadero de forma indefinida.



La casa de Amelia Raines se ubicaba en Holborn, muy cerca del Strand, donde estaba la galería Whitergold. Tenía tres pisos enmoquetados y que ocupaban ella, sus padres y el servicio, formado por una cocinera y una sirvienta. En la planta baja se encontraba el comedor y el estudio de su padre. En la primera, recibían visitas y tanto su habitación como la de sus padres se encontraban en la segunda. Además, el edificio tenía un piso al que Amelia nunca subía, el del servicio que ocupaba la tercera planta. No se trataba de una vivienda de lujo ni mucho menos y eso molestaba al señor Bates, el hermano de su madre. Este creía que ella podría haberse casado con alguien más acorde a su categoría social que el señor Raines.

La moqueta azul y las paredes empapeladas con florituras le daban un aspecto acogedor a toda la vivienda que se había alzado para ocupar más espacio en vertical al estar limitada su amplitud entre las dos casas vecinas. Amelia se sentía a gusto en ese hogar, aunque los muebles fueran antiguos y su habitación pequeña. De todos modos, necesitaba salir a diario. No se imaginaba su vida encerrada entre esas cuatro paredes, incapaz de dar dos pasos sin encontrar un obstáculo.

Por fortuna, sus padres dejaban que trabajara en el archivo porque tenía pocos intereses y su vida social se movía en torno a la galería que dirigía su tío. Aun así, todavía esperaban que se casara pronto y abandonara su ocupación. Por su lado, Amelia no pensaba en el futuro y disfrutaba de su situación como si nunca fuera a cambiar. Aunque había fantaseado alguna vez con vivir por su cuenta, era consciente de que sus padres se escandalizarían con solo mencionar la expresión «independencia económica». Así que no reflexionaba demasiado al respecto, dejando pasar los días hasta su cumpleaños y ahorrando para el futuro, fuera lo que fuese lo que le tenía deparado.

Por eso esa mañana saldría de nuevo y se dirigiría a su puesto de trabajo. Parecía tremendamente aburrido y, a la vez, la entretenía. Se lo pasaba en grande charlando con Helen, su compañera.

A pesar de su trabajo, por el que muchas publicaciones pasaban

por sus manos, no era habitual para una jovencita leer el periódico. Así que se enteró de la noticia cuando su padre saltó de la silla durante el desayuno.

—¡No puedo creerlo! —dijo el hombre dando un golpe sobre la mesa sin que Amelia le hiciera caso.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Raines interesada, pero nada preocupada por la exclamación de su marido.

—Aquí dice que el cuadro que tenían los ladrones cuando los atraparon era falso. Ha estado colgado en la pared del museo durante dos días sin que nadie se diera cuenta. ¿Será eso cierto? Amelia, ¿sabes algo? —añadió, y la miró por encima del periódico.

La chica, ahora ya alertada por las palabras de su padre, tragó saliva y se preguntó si sería sensato informar de lo que estaba ocurriendo o era mejor callar, como le había prometido a su tío. Por un momento, ese dilema hizo que permaneciera en silencio; sin embargo, en cuanto tomó la decisión, empezó a hablar y ya no pudo parar.

—Es cierto, el cuadro que hay ahora en la galería es falso. El tío me lo confirmó, aunque me pidió que no hablara de ello. Además, ayer vi a ese hombre delante del cuadro y supe que íbamos a tener problemas. Otra vez no me hizo caso y ahora todo el mundo lo sabe. El tío debe estar de lo más preocupado.

Alterada, Amelia se había puesto en pie durante su discurso.

—Tranquila, cariño —dijo la señora Raines.

—Cree que los ladrones pudieron esconder el cuadro, pero no sé qué pensar. —Entonces se sentó y se llevó una tostada a la boca, hablando con la boca llena—: Me gustaría saber más sobre esos delincuentes y cómo consiguieron hacer una copia tan fiel al original.

Sus padres la escuchaban, aunque no compartían su malestar, así que dejó de hablar al no obtener de ellos las reacciones que merecía la noticia. Por eso se excusó, cogió el periódico a escondidas y subió a su habitación.

Tras releer el artículo dos veces, bajó y se puso el abrigo con

rapidez. Estaba impaciente por llegar, hablar con su tío y ser útil de algún modo. Salió de casa con estos pensamientos, en ese momento apremiaba todavía más encontrar la auténtica obra de arte. Había reflexionado al respecto y no tenía dudas: el modo más sencillo de averiguarlo era preguntando a los mismos ladrones. ¿Lo habrían hecho ya? ¿Cómo es que no habían obtenido una respuesta? Estas preguntas le rondaban la cabeza cuando, cerca de la puerta de entrada a la galería, un hombre la interceptó situándose ante ella, impidiéndole dar otro paso.

—Buenos días, señorita —dijo tocándose el sombrero.

La chica se detuvo, incómoda.

—Si me permite. —Intentó apartarse de él y seguir su camino.

—Si me permite usted —volvió a importunarla y Amelia se detuvo para mirarlo con fijeza con intención de decirle que la dejara en paz.

Precisamente, por hombres impertinentes que pudieran encontrar en la calle, las mujeres jóvenes de cierta posición iban siempre acompañadas, pero los tiempos estaban cambiando y Amelia era una mujer trabajadora e independiente, al menos, hasta cierto punto.

Cuando puso los ojos sobre él, se dio cuenta de que ya lo había visto antes. Se trataba del hombre que estaba estudiando el cuadro el día anterior con la fotografía en la mano. Lo reconoció por la nariz tan recta como la de un busto romano y su pelo castaño mucho más claro que el de ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó él al sentirse observado.

Amelia se descubrió con la boca abierta y la cerró mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Nada importante. Ocurre que lo vi ayer, delante del cuadro ya sabe cuál.

—*Chica en la ventana*, de Rembrandt.

—Exacto.

Estuvo a punto de despedirse, pero tenía mucha curiosidad acerca de lo que quisiera decirle él, así que esperó un poco más.

—Quería hablar con usted sobre esa misma pintura.

—¿Hablamos del original o el falso? —preguntó Amelia.

El hombre soltó una risa y desvió la mirada para después devolverla a los ojos de la chica. Ella no apartó los ojos.

—De ambas.

—Perdone, pero no tengo tiempo —dijo Amelia a pesar de su curiosidad. No quería parecer tan accesible y en verdad tenía que acudir al museo.

—Podemos hablar en otro momento —clarificó él—. Escríbame cuando se decida.

Se puso la mano dentro del abrigo y sacó una tarjeta que decía:

Ferdinand Sands
Periodista
The Daily Telegraph

La palabra «periodista» alertó a la joven que en un primer momento quiso devolverle la tarjeta. Sin embargo, algo la detuvo; un presentimiento, quizá. La dirección del periódico también constaba seguida de un número de teléfono al que ella no podría llamar por carecer de una modernez semejante. Observó con atención las letras negras sobre fondo blanco y se la guardó en el bolsillo de su propio abrigo.

—Antes de que lo descubra por sí misma, me gustaría informarla de mi implicación en el artículo que ha destapado la verdadera naturaleza de la obra de arte que hay colgada en las paredes del museo.

Amelia se sorprendió, pero intentó no demostrarlo.

—No tengo nada que decir. Adiós.

Golpeó la puerta con la aldaba y fue Cecil quien abrió. Sentía los ojos del periodista en la nuca, así que antes de entrar se giró por última vez y el hombre aprovechó para decirle:

—Si cambia de idea, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Capítulo 3

La casa era pequeña para una pareja y minúscula para las tres personas que la habitaban. Sobre todo, porque una de ellas era Bertha Vance. Tras la muerte de su marido no había dudado en mudarse a la casa de su hijo Roger. Lo hizo sin pedir la opinión de Nellie, su nuera, quien cada día rezaba para que la mujer decidiera abandonar su hogar. Se sentía incómoda en su propia casa y por eso pasaba tantas horas lejos de ella.

Esa mañana, inusualmente soleada, Nellie sonrió mientras cerraba el maletín donde guardaba sus óleos. Con él bajo el brazo, se dirigió a las escaleras cuando escuchó un ruido tras de sí. Se quedó paralizada en el sitio. Temió que su suegra hubiera salido de la habitación para reprenderla con cualquier excusa, pero fue Roger quien habló:

—¿Ya te vas? ¿No vas a llegar muy temprano?

Le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en la mejilla. Mientras, Nellie se sentía culpable por la razón que la arrastraba a la galería cada día.

—Estos días hay muchos visitantes en el museo. Quisiera llegar pronto para poder trabajar durante horas.

Dibujaba una falsa sonrisa cuando hablaba de su afición y su marido la escuchaba devolviéndole el gesto. Él creía que eran la pareja perfecta, sin embargo, ella tenía un secreto. Un secreto perteneciente a otra vida.

—Recuerda que hoy mamá te espera para la comida —dijo el hombre y le dio otro beso.

La sonrisa de Nellie desapareció, él ya se había adelantado a ella y no lo vio. Solo con la mención de Bertha, le recorría un escalofrío. El

día anterior tardó horas en entrar al museo, por lo que se quedó hasta tarde. La señora Vance la reprendió por no haber avisado de que no acudiría al almuerzo. Su suegra no dudaba en montar escenas delante de Theresa, su sirvienta, pero nunca ante su hijo. No quería creer que Roger no se daba cuenta del maltrato de su madre. Nellie intentó espantar esos pensamientos para que la idea de comer con su suegra no le estropeara toda su mañana.

Salió para encontrarse el jardín vallado rodeado de casas entre las que se hallaba la suya. En aquel rincón el tiempo pasaba en calma, aunque no podía evitarse oír el ruido del tráfico de la calle principal. Fue en esa dirección y pronto se encontró siendo parte del alboroto que cada día se hacía con la ciudad. Coches de caballos sorteándose los unos a los otros entre los caminantes que ostentaban sombreros sobre sus cabezas. El caos era cotidiano y a Nellie le gustaba el ajetreo de la ciudad. Había tenido suerte en su vida, debía recordarlo y quizá no volver al museo. Aun así, hacía días que él no aparecía por allí, días que no se observaban en la distancia. Quería verlo una vez más.

Caminó unas cuantas manzanas hasta la parada donde esperaba la calesa de bus que la llevaba desde Saint Pancras al Strand en línea recta. El vehículo estaba lleno, por lo que tuvo que apretujarse colocando sus útiles en el techo de la calesa, donde se dejaba el equipaje. Por suerte, ella no ocupaba mucho espacio y pasó el trayecto como de costumbre, sin apenas incomodidad.

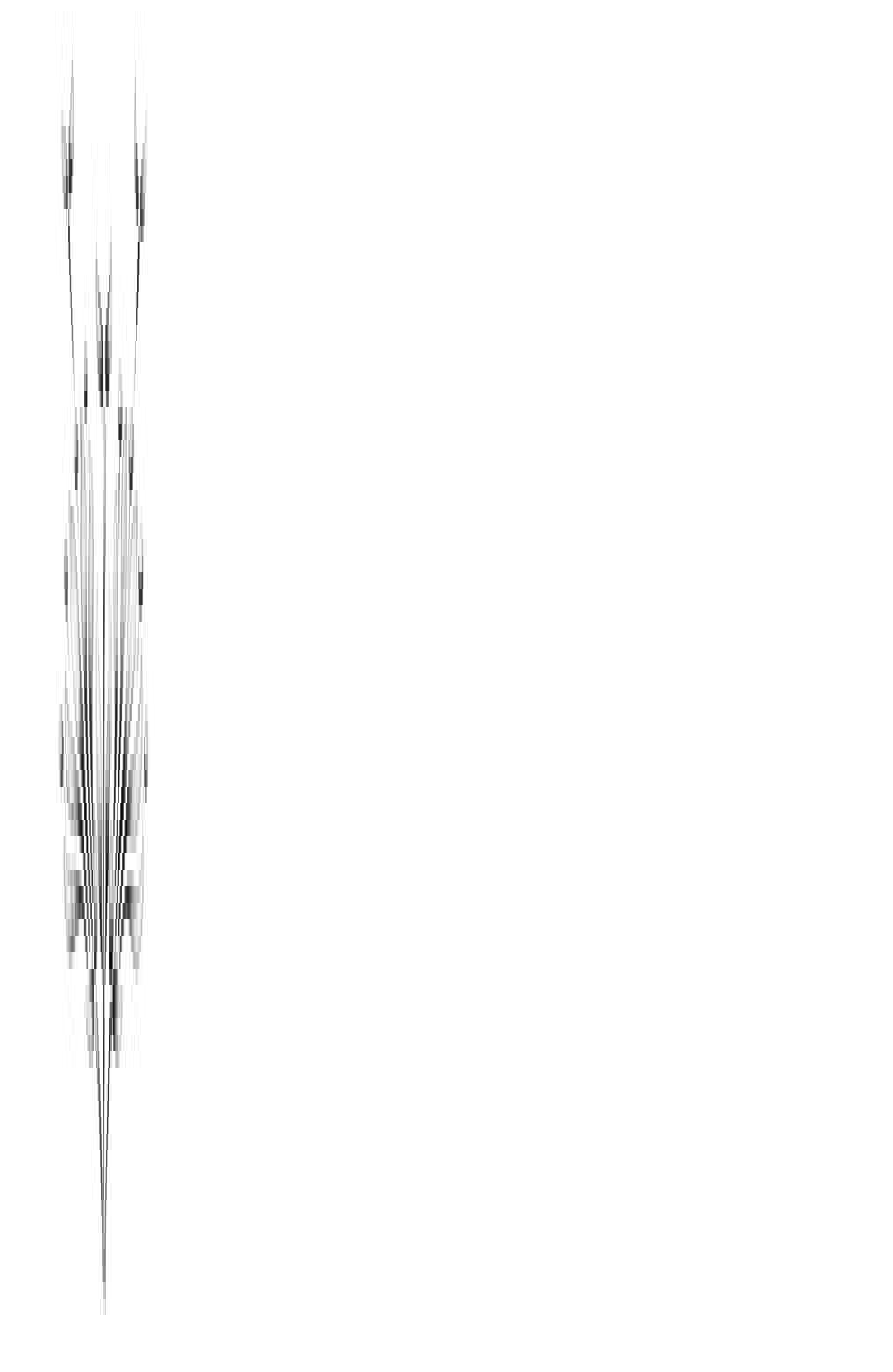
Tuvo que hacer una cola que cada día era más larga. Había mucha gente que se iba enterando de lo sucedido, del cuadro falso que ahora recibía toda la atención.

Cuando consiguió entrar al fin, se identificó como cada día para que la dejaran pasar sin pagar entrada. Tenía permiso para pintar en el museo, en concreto podía reproducir los cuadros del ala este. Ahí se encontraban las exposiciones temporales, en la que solo podía replicar las pinturas que pertenecieran al museo. Para hacerlo debía informar de cuál era la obra que iba a plasmar en su propio lienzo. Pero el día anterior no había acudido a su lugar habitual, saltándose las normas.

Al ver el sitio tan lleno de gente, decidió ir al ala oeste, donde apenas llegaban los visitantes que solo estaban interesados en el cuadro falso.

«Es lo que haría él».

Por eso ahora volvía a dirigirse a ese rincón en el que había descubierto el autorretrato de Elisabetta Sirani. No sabía si la echarían antes de que pudiera terminarlo y, aun así, se había enamorado de la pintura por casualidad y ahora quería entenderla mejor a través de sus propios trazos.



Cecil no estaba en su puesto y Amelia deseaba hablar con él. Quizá se hubiera enterado de algo más y pudiera ayudarla a recabar información sobre el cuadro robado. No obstante, por mucho que preguntó por él, nadie supo decirle dónde se encontraba. Sabía que iba a llegar tarde, sin embargo, decidió buscarlo por las galerías, empezando por la que albergaba el falso Rembrandt.

Cómo había esperado, estaba lleno de gente. Las personas tropezaban las unas con las otras para ver un atisbo del lienzo por entre las cabezas que impedían la visión de la obra. Amelia no podía entender cómo un cuadro falso podía causar tanto furor.

No encontró ahí a Cecil, ni tampoco en el resto de plantas, así que se dirigió al ala oeste, que estaba mucho más tranquila. Allí se permitió pasear con parsimonia mientras buscaba al joven con la mirada. Sus ojos se detuvieron cuando descubrió a alguien que no debía estar en ese lugar. Había visto a esa copista antes, pero no en aquella parte del museo. Eso la descolocó e hizo que se acercara más. Estaba acostumbrada al trabajo de los artistas que solían escoger los cuadros más famosos para copiar. ¿Por qué esta estaba pintando una obra tan desconocida?

Se acercó por detrás y vio que apenas había empezado a trabajar. Solo unos trazos sobre la imprimación indicaban la disposición de la composición.

—No me puedo creer que esas manchas luego resulten tan similares al cuadro original —dijo Amelia haciendo saltar a Nellie que se giró hacia ella sorprendida.

Estaba inclinada para ver de cerca la obra inacabada.

—¿Cómo sabe que conseguiré que se parezca al cuadro original? —preguntó Nellie sin soltar el pincel que tenía entre los dedos.

—Porque la he visto trabajar antes, en la galería este —puntualizó.

Nellie enrojeció. La habían pillado.

—Tranquila, le guardo el secreto.

—Gracias —pronunció ella casi sin voz y volvió a su pintura.

Aunque se irguió, Amelia se quedó observando cómo la brocha se movía por encima del lienzo esparciendo el óleo.

—En realidad, no soy tan buena —pensó Nellie en voz alta—. Hay copistas mucho mejores que yo.

Amelia se sorprendió con esa muestra de humildad y acto seguido sus pensamientos empezaron a dar lugar a otros de forma acelerada hasta que dijo:

—Entonces, ¿no sabrías hacer una copia como la del Rembrandt robado? —Sentía verdadera curiosidad.

Se puso frente a ella y Nellie se removió nerviosa.

—Ese es un asunto escandaloso —dijo—. Una copia siempre es reconocible. De hecho, nos obligan a poner un distintivo en cada pintura para que nunca se pueda confundir con el original. Es imposible. —Negó con la cabeza considerando la calidad de sus copias —. Yo no conseguiría que fueran iguales ni queriendo, pero sé de alguien que sí pudo reproducir ese cuadro con exactitud —reflexionó en voz alta y se arrepintió al instante.

—¿Alguien? ¿Quién? ¿Cómo lo sabes?

Nellie tragó saliva y apartó la mirada.

—Vi a un hombre copiar el cuadro robado hace unos meses —dijo como si el asunto no le concerniera, volvió la mirada al lienzo—. Siempre pinta en la misma sección que yo.

Sorprendida, Amelia miró a Nellie fijamente y esta quedó atrapada en sus ojos, asustada por si se estaba poniendo en evidencia.

—¿Qué ocurre?

—¿Cree que podría tratarse del mismo cuadro? —Amelia cogió a Nellie del brazo, quien dio un respingo por el inesperado contacto. La confianza con que la trataba esa joven la desconcertaba, pero también la intrigaba.

—No lo sé —mintió Nellie al principio—. Podría ser. —Pensó un momento si valía la pena decir lo que sospechaba—. Es muy posible. Es un copista muy bueno, aunque yo no he visto la falsificación y hace unas semanas que él no aparece por el museo.

—¿Cómo se llama?

—No… no lo sé. Nunca hablamos.

—Bueno, no tiene importancia. Voy a descubrirlo y le preguntaré si fue él quien pintó el cuadro falso. Quizá sepa dónde está el verdadero —reflexionó en voz alta.

—No lo entiendo. ¿Cómo va a descubrir su nombre? —Nellie cada vez se sentía más azorada.

—Trabajo en el archivo. Guardamos información de cada cuadro y eso incluye fichas de cada copista y de todas las copias. No solo sabré cómo se llama, sino también dónde vive y por supuesto que deseo hacerle una visita.

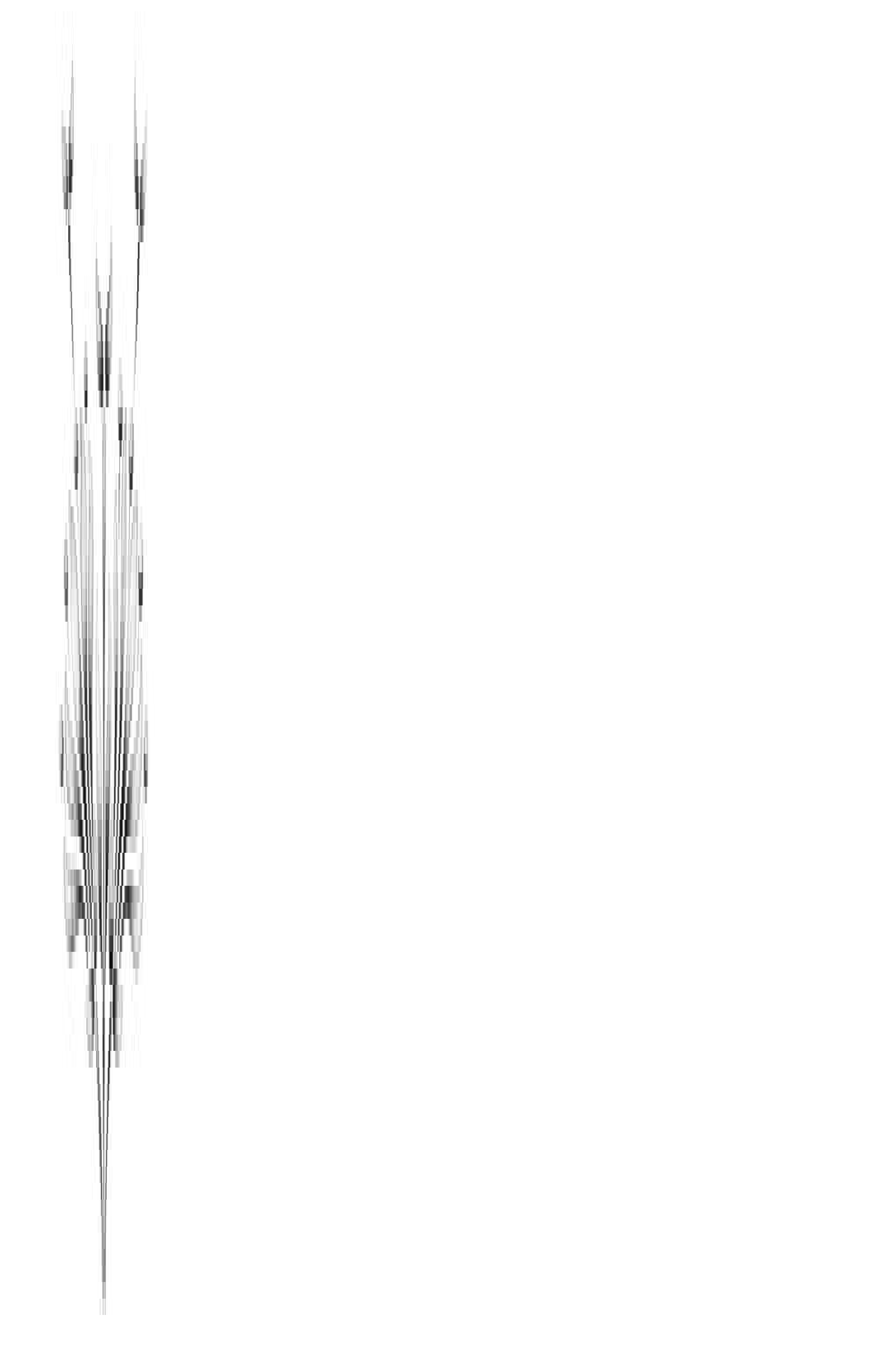
Nellie no sintió rechazo, como se esperaba de ella, en lugar de eso, notó un cosquilleo en el pecho como cuando lo veía por la galería. Así que se puso en pie, se acercó un poco a Amelia y habló en voz baja:

—Cuando lo sepa, ¿podré acompañarla?

—¿Para qué?

Nellie se dijo que no podía mostrarse tan interesada y a la vez necesitaba conocer el paradero del copista. Por eso, aunque dudando, le dijo a la extravagante joven:

—Quiero saber qué ha sido de él.



—Tío, ¡he descubierto algo! —dijo Amelia dando un golpe en la mesa con ambas manos—. No sé si deberíamos acudir a la policía o ser más cuidadosos. Sea como sea, tenemos la información que necesitamos.

El corazón de Amelia latía a toda prisa después de descubrir el nombre del copista del que le había hablado Nellie. Por el momento la había dejado en la galería con su caballete, no quería que su tío supiera nada sobre ella.

—No vamos a ir a la policía y no vamos a hacer nada con lo que sea que creas que hayas descubierto —dijo el señor Bates cruzándose de brazos ante la visión de su sobrina.

—He descubierto algo —repitió.

El hombre se quedó en silencio y levantó las cejas, invitando a la joven a hablar.

—Me he enterado —empezó Amelia evitando pronunciar el nombre de Nellie— de que uno de los copistas que pintan en el museo copió el Rembrandt robado. Al parecer, hace excelentes reproducciones. Puede que sea la persona que buscamos —terminó por decir, decepcionada al ver que su tío no estaba impresionado.

—Te agradezco el trabajo que has hecho, pero eso ya lo sabíamos. Conocemos a los pintores y las copias que han hecho están registradas.

—Igualmente, podría tratarse del mismo cuadro.

—Deja de meter la nariz donde no debes, Amelia —la reprendió.

—No es que dudes de que digo la verdad. —Entendió la joven—, es que no vas a hacer nada ni aunque creas que estoy en lo cierto.

—Exacto.

—¡¿Por qué?! —preguntó frustrada, poniendo los brazos en jarras.

—Como ya te he dicho, ya estábamos al corriente.

«Estábamos», pensó Amelia. «¿Él y el señor Whitergold?».

Salió del despacho con un mohín de disgusto. Inspiró y sintió cómo el polvoriento aire del museo le resultaba opresivo. A pesar de que siempre había sido como una casa para ella, a veces le recordaba que incluso lo que más amas tiene su parte negativa.

Con esa necesidad creciendo dentro de ella, bajó las escaleras lo

más rápido que le permitieron sus botines. Salió por la puerta principal que por suerte estaba entornada. No había pensado en abrigarse y solo se dio cuenta de ello cuando dejó el pórtico para pisar el primer escalón. Estaba a punto de volver atrás, pero, al girarse, vio a Rose Whitergold dirigiéndose a ella.

No le caía mal, sin embargo, tal como se sentía, no tenía ninguna gana de hablar con ella. Ni siquiera soportaría intercambiar saludos y frases intrascendentes. Por eso bajó los escalones por la parte lateral para pasar desapercibida y entonces se dio cuenta del error que había cometido. Sus preciosos botines nuevos se hundieron en el barro y soltó un grito ahogado.

Aunque brillaba el sol, los últimos días de lluvia, habían dejado los alrededores de la entrada fangosos. Por desgracia para Amelia, los trabajadores solo habían arreglado la parte delantera para que los visitantes no se ensuciaran.

Volvió a subir hasta el pórtico con su atención puesta en el desastre en la suela de sus zapatos y los bajos de su vestido. Estaba tan atenta en limpiarse que solo se dio cuenta de que Rose había salido, cuando ya estaba a su lado.

—Buenos días, señorita Raines. —La saludó con una sonrisa que no escondía burlas.

La señorita Whitergold no necesitaba reírse de Amelia para hacerla sentir inferior. Con su sola presencia, pulcra y aristocrática, suponía el ejemplo que todos los adultos a su alrededor querrían que siguiera. Sin embargo, Amelia no sentía esa necesidad.

—Señorita Whitergold —respondió irguiéndose—. Hacía mucho que no coincidíamos.

—Cada vez me interesa menos el arte de la galería —explicó Rose —. Además, nos hacemos mayores, tenemos que empezar a desvincularnos de los escenarios de nuestra infancia o nunca progresaremos.

—Claro —dijo Amelia sin querer entrar en una conversación más extensa.

—Me alegro de verla bien. La dejo con lo que esté haciendo.

Amelia asintió sin saber cómo reaccionar. Rose se dio la vuelta y la dejó con la mente en blanco durante unos instantes. Por eso, no se dio cuenta de que, cuando volvió a entrar en el museo, lo hacía con los zapatos sucios y dejaba un rastro de fango a su paso.

Saludó con un gesto de la cabeza a un par de visitantes que salieron y no se lo devolvieron. Extrañada, se detuvo unos segundos . Entonces lo recordó y se miró los pies, todavía sucios. Se dio la vuelta para comprobar si el suelo de mármol había quedado muy mal parado por su despiste y se llevó una mano a la boca sin saber si seguir su camino para avisar a alguien o volver a salir y desaparecer.

No tuvo que pensarlo mucho porque una voz la sorprendió tanto que se encogió de hombros por instinto.

—¡Señorita Raines! —La voz del señor Gardiner hizo eco en el gran vestíbulo del museo. El hombre entró en su campo de visión y la dejó sin palabras, de un modo diferente a como lo había hecho Rose —. ¿Se puede saber qué hace? Esto ya es demasiado. ¿Es que no ve cómo está dejando el suelo? ¿Acaso lo limpiará usted?

—¡Ya basta! —la voz de Nellie sorprendió a Amelia tanto como al caballero—. Deje en paz a la señorita.

Nellie cargaba con sus útiles de trabajo y no presentaba una imagen de mucha autoridad, además de estar encogida, como si quisiera protegerse de la posible reacción del hombre.

—Lo siento, señorita —dijo el señor Gardiner, cogiéndola por sorpresa—. Es cierto que este no es lugar para una escena como esta, pero tiene que saber que yo soy el superior de la señorita. No me gustaría que pensara que increpo a los visitantes de forma inadecuada.

—Le debe respeto de igual forma —se atrevió a decir, aunque le costó un mundo imponerse.

—Como le he dicho, es mi subordinada —dijo con calma—. Además, ¿quién se cree usted para hablarme así?

Nellie temblaba como una hoja. Por mucho que odiara el conflicto, soportaba todavía menos ver a alguien indefenso recibir una

regañina que no merecía. Y, a pesar de que a Amelia no le pegaba para nada aquel adjetivo , Nellie no había podido evitar salir en su ayuda.

—Soy su amiga.

—¿Amiga de la señorita Raines? —preguntó el señor Gardiner descolocado, como si eso fuera imposible.

Nellie asintió, esta vez más segura.

—Ya veo. —respondió él recolocándose las gafas—. Voy a avisar al equipo de limpieza. Las dejo, pero que sea la última vez que ocurre algo semejante, o tendré que informar a su tío.

—Nos vemos mañana —respondió Amelia.

El señor Gardiner no supo cómo reaccionar y se marchó malhumorado. En cuanto lo perdió de vista, Amelia soltó una risotada que reverberó por la cúpula de mármol. Nellie la siguió con una risita nerviosa.

—Así que somos amigas —dijo a modo de pregunta Amelia.

—Lo siento —respondió Nellie, volviéndose pálida de pronto—. No quería…

—¡No! No se preocupe, está bien.

Amelia sonrió con calidez y Nellie le devolvió el gesto.

—Venga, vamos fuera. A ver si consigo limpiarme.

En el exterior, Amelia se apoyó contra el muro de mármol del pórtico y Nellie hizo lo mismo.

—Ahora que somos amigas, me gustaría saber cómo ha llegado a ser pintora en el museo.

Nellie enrojeció, aunque la otra chica no lo viera. Considerar a alguien su amiga tan rápido era del todo inapropiado y más sin tener ninguna relación la una con la otra. Aun así, respondió.

—Bueno, me gusta pintar. —No quería soltar más información.

—Y hablando de eso —se precipitó Amelia, que ya se miraba los botines con satisfacción—. ¿De qué conocía al otro pintor? —Nellie boqueó sin saber qué decir y Amelia no esperó a que respondiera—. Me gustaría descubrir más a ese respecto y también hablar con el

periodista que escribió ese incendiario artículo. ¿Sabe a cuál me refiero?

—¿Entonces es cierto que la pintura es falsa?

Amelia rio.

—Sí, lo sabe. —Suspiró—. Necesito investigar más. Me gustaría recuperar el original, el problema es que tengo poca información.

Nellie parpadeó confusa.

—Pero ¿por qué?

—Soy la sobrina del director del museo —explicó.

Nellie lo sopesó.

—Aun así ¿por qué no dejar que se encarguen los hombres?

—Precisamente por eso. —Se quejó Amelia—. A mí también me importa el museo y puedo tener un papel en esta historia. Que vean que soy capaz de solucionar problemas por mí misma y que no necesito a nadie que controle mi vida.

—Entiendo.

—¿De verdad? —preguntó esperanzada—. Lo siento. —se sonrojó —. Creo que he hablado demasiado.

Nellie lo pensó un momento. Se imaginó en la situación de la chica: tan libre, tan diferente a ella. ¿Qué querría para su futuro? Quizá lo mismo que tenía, pero también algo más de libertad.

—De verdad.

Capítulo 4

Quedaron en el pequeño parque de *Red Lions Square*. Los pájaros cantaban en aquel oasis de paz, unas pocas parejas paseaban y alguna que otra hoja caía acunada por el suave viento. Amelia se encontraba nerviosa en aquel plácido lugar porque jamás se había reunido con un hombre a solas. No estaba lejos de casa. Seguía en Holborn; cosa que, aunque menos arriesgada, podía llevar a algún vecino a descubrir su indiscreción.

Esa mañana había prescindido del paraguas, la luminosidad de los últimos días era más bien inusual para aquella época del año. Por eso pudo disfrutar del sol mientras esperaba a la hora acordada. Estaba expectante, nadie sabía lo que se traía entre manos. Escribirse y verse a escondidas con un hombre era algo escandaloso para una joven como ella. Se puso de pie y saludó al individuo que llegó con paso ligero y el sombrero en la mano. Volvió a tomar asiento cuando Ferdinand Sands la invitó a hacerlo.

«¡Cómo si necesitara su permiso!».

Se atrevió a mirarlo a los ojos a pesar de la tensión que sentía en todo el cuerpo. La observaba como esperando que ella pronunciara las primeras palabras y Amelia solo lo estudiaba, pensando qué información iba a revelarle. Lo ideal, por supuesto, sería no soltar nada. No había ido a facilitarle un artículo, sino a obtener información para su propia investigación.

—Soy una persona ocupada —dijo él al final—. Espero que no se haya echado atrás, señorita Raines.

—¡Claro que no! Quiero hablar con usted.

—Bien. ¿Qué información tiene? —continuó sin irse por las ramas.

Se habían sentado a una distancia apropiada, no obstante Amelia se inclinó hacia delante para que sus palabras no se dispersaran en el aire y llegaran a oídos indiscretos.

—Le querría pedir un favor, antes que nada.

—Esto no funciona así —dijo el periodista.

—Me gustaría conocer a los ladrones —prosiguió Amelia, a pesar de la negativa de él—. Quiero que me lleve al lugar donde están encerrados.

El hombre soltó una carcajada que la descolocó y se apartó ofendida.

—Señorita Raines, no me haga reír.

—Señor Sands, no estoy bromeando.

—¿Tiene algo qué decirme o ha venido aquí a sacar provecho de mi posición?

Amelia no respondió porque lo primero que se le pasó por la cabeza fue que, en efecto, había acudido para saciar su propia curiosidad y resolver el misterio del paradero del cuadro para devolverlo al museo. Pero lo pensó bien y eligió con cuidado sus palabras para dar algo de información al periodista sin estar revelando nada en realidad.

—Alguien debió copiar el cuadro —empezó a decir la joven—, el que se encuentra en las paredes del museo ahora. Una falsificación de esa calidad es algo muy difícil de producir. Quería hablar con los ladrones para saber si ellos mismos habían copiado el cuadro o hay alguien más involucrado.

—No fueron ellos —dijo Sands—. Eso ya se lo puedo decir sin necesidad de llevarla a un lugar tan poco apto para una señorita de su categoría.

«¿De mi categoría?», hizo una mueca de disgusto.

—Pero quiero saber… —empezó a decir volviendo a inclinarse.

—Permítame que la interrumpa y así ahorramos tiempo. ¿Quiere saber qué dicen los ladrones?

—Claro —respondió Amelia acercándose un poco al hombre con

interés.

—Ellos aseguran no haber cambiado el verdadero Rembrandt por la copia.

—Eso es absurdo. ¿Por qué estaban en el museo si no era para eso?

Ferdinand Sands se cruzó de brazos.

—Dicen que acudieron a robar el cuadro y que los pillaron sin poder huir. Según ellos, la obra falsa estaba colgada en esa pared antes de que irrumpieran en el museo. ¿Qué opina al respecto?

—Eso es absurdo —dijo la chica como si hubieran ofendido a su persona.

—¿Lo es? —preguntó con una sonrisa torcida—. Sea como sea, no creo que ninguno de los dos fuera capaz de pintar una copia como la que ahora está en el museo.

Amelia aguantó la respiración por un instante. Ese era el momento de hablar sobre el copista y darle la información que tanto ansiaba. Sands tenía razón, no había acudido para entregarle algo, estaba ahí para sacarle todo lo que supiera y conseguir una entrevista con los ladrones. Solo había logrado el 50 % de sus propósitos; lo consideró suficiente, así que se levantó para dejar claro que iba a marcharse.

El periodista imitó su gesto.

—¿Eso es todo? ¿No va a darme nada?

—Ya le he dicho lo único que sé. Debería investigar quién es la persona que copió el original. Creo que, cuando lo sepa, estará sobre la pista de dónde se encuentra el cuadro.

Él se puso las manos en los bolsillos y rio. Amelia pensó que había interpretado bien su papel y era hora de marchar, así que soltó un «adiós» convencido.

—No vuelva a citarme si no tiene información que darme —le dijo el hombre mientras ella se alejaba entre los parterres sin mirar atrás.



El fin de semana se le hizo eterno a Amelia . Podría haber visitado al copista, que seguía sin pasarse por el museo, pero quería darle la oportunidad a Nellie de acompañarla. Apenas la conocía y había notado que la joven tenía más interés en el pintor de lo que quería demostrar. Ella no solo tenía curiosidad, también consideraba que la chica podría ser útil cuando lo encontraran. No se atrevía a ir sola y no tenía amistades que pudieran querer verse envueltas en esa aventura. Nellie había sido reticente en un principio, sin embargo, después le había pedido ir a ver al copista. Pensó que sin duda sería una buena aliada; al fin y al cabo, decía conocer al hombre, aunque fuera solo de vista.

Llegó pronto al museo y tuvo que esperar a que Cecil ocupara su lugar para que le abriera la puerta. Se saludaron como era costumbre y esta vez la joven no se marchó de inmediato para empezar con sus tareas, permaneció al lado de él mientras se preparaba para su jornada de trabajo.

—¿No trabaja hoy en el archivo? —preguntó Cecil, aunque era absurdo suponer que Amelia fuera a hacerlo en cualquier otro departamento del museo.

—Es temprano —se excusó la chica—. Además, quería preguntarle algo.

—¿De qué se trata? —cuestionó él, interesado.

—Del cuadro robado, por supuesto —dijo y Cecil le devolvió una sonrisa cómplice—. Descubrí que uno de los copistas que pintan en el museo lo reprodujo hace unos meses.

—¿Y se preguntaba si esa reproducción pudiera ser la falsificación que dejaron los ladrones?

—Exacto —respondió Amelia, contenta al sentirse comprendida—. Me pregunto si sabe algo sobre ese copista, si le ha llegado algún tipo de información. Se llama John Yust, solía pintar en el ala este.

—La verdad es que no —dijo Cecil—. No se me había ocurrido pensar en el falsificador y mucho menos que fuera un pintor autorizado por el museo. ¿No están obligados a copiar los cuadros en

formatos distintos al original?

—Sí, pero creo que en este caso se ha saltado la norma. ¿No se ha dicho nada entre los vigilantes de sala? —preguntó a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Lo siento —respondió el chico y negó con la cabeza.

Fue al archivo algo desanimada. Se le acababa de ocurrir que Nellie y ella se sentirían más seguras si Cecil las acompañara a ver al pintor. Tenía la dirección del copista, no obstante, no sabía si sería prudente que se presentara sola con otra mujer y a la vez tampoco se atrevía a hacerle una petición tan personal a un hombre al que en realidad apenas conocía. Supuso que podría pedirle ayuda a su padre, sin embargo estaba convencida de que este hablaría con su tío, sin perder un segundo, y conseguirían disuadirla de seguir con su investigación. Por primera vez a Amelia la movía la sed de aventura y necesitaba saciarla. Por supuesto, eso significaba saltarse unas cuantas normas sociales. Quedar con Ferdinand Sands ya había sido una transgresión. Si sus padres supieran que se había citado con un individuo cualquiera, se escandalizarían, y más tratándose de un periodista mucho mayor que ella.

No, no podía volver a quedar con un hombre; no era prudente, aunque fuera para ver a otro. Así que decidió que harían lo que cualquiera les desaconsejaría: ir solas, como tenía planeado en un principio. No tardó en tomar la decisión de ir a ver a Nellie en el lugar de la galería donde sabía que la encontraría, el ala oeste. Zona en que no debía estar.



—¿No protege el cuadro de algún modo? —cuestionó Amelia—. Es algo que me pregunto a menudo. ¿Cómo consigue que la pintura no se corra cuando lo trasladas?

Nellie se sorprendió, pero en cuanto la vio, se relajó.

—Lo dejo aquí. Hay una sala donde podemos dejar todo nuestro material. A mí no me gusta abandonar mis pinturas porque podrían robarlas, aunque no me queda otro remedio más que dejar el lienzo y el caballete.

—Claro —respondió Amelia, contenta por haber saciado su curiosidad.

—Ya me marchaba, ¿quiere algo? —Nellie ya se había quitado la bata manchada de pintura y estaba lista para partir.

—Sí, me preguntaba si me acompañaría ahora—empezó Amelia, pensando en el mejor modo de decir lo que pretendía.

—¿A dónde? —Nellie no entendía lo que le estaba proponiendo, pensando en lo extraño que era que una persona que apenas conocía le pidiera algo así sin invitación previa.

—A visitar al copista —dijo bajando la voz, casi en un susurro—. Quedamos en que la avisaría para ir juntas, ¿recuerda?

Su corazón se aceleró. No quería que su entusiasmo se notara. Estaba muy preocupada por John, pero no podía demostrarlo delante de nadie.

—¿Por qué ahora? ¿Sabe algo de él? —Nellie intentaba parecer desinteresada.

—Ya tengo su nombre y dirección. Necesito preguntarle sin demora si él fue el autor del cuadro que ahora se encuentra en el ala este —dijo con convicción Amelia—. Y no sé nada.

—Quizá no deberíamos ir —dijo un poco insegura. Su mente lanzaba pensamientos contradictorios que le costaba atrapar.

—Yo iré.

La seguridad de la chica era contagiosa y Nellie decidió no dejar que su parte racional le hiciera retroceder.

—La acompañaré —afirmó al final casi susurrando.

—Muy bien, ¡está decidido! —dijo Amelia—. Vamos, pues.

—¿Ahora? —preguntó Nellie.

—Claro. Ya se lo he dicho, necesito esa información de inmediato.

—No, no, ahora no puedo —dijo ella convencida—. De hecho, tengo prisa por llegar a casa.

Por mucho que quisiera ver a John de nuevo, había construido una vida alejada de él que no quería poner en riesgo. No podía escaparse en ese momento, cuando su suegra la esperaba.

Amelia hizo una mueca de fastidio, lo pensó unos segundos y dijo:

—Bueno, ¿le parece bien si vamos mañana? Así no irá cargada con sus bártulos.

—¿Mañana por la mañana?

—Quedamos a las diez delante del museo.

Nellie aceptó. Podía esperar un día para ver a John.

Se despidieron y Amelia le pidió que se trataran con más confianza, dejando atrás las formalidades en el lenguaje. Así, se dirigió hacia casa pensando en lo rápido que habían sucedido las cosas y el poco tiempo que había necesitado para que una desconocida se convirtiera en amiga. ¿Podía considerarla como tal? No era una amistad habitual, de hecho, era como si no existiera porque no se había forjado en sociedad. Pero no le importó, echaba de menos las amistades. Había tenido que abandonar el pueblo donde nació al casarse y apenas tenía contactos en Londres. Además, el hecho de que veía a diario a su primer amor sin poder hablar con él le rompía un poco más el corazón. Que Amelia le diera la oportunidad de ir a verlo y quizá conversar, significaba un enorme cambio para ella y se encontró deseando que llegara el día siguiente.

En cuanto regresó a casa, su burbuja de felicidad estalló.

—Ya vuelves a llegar tarde —oyó que decía su suegra nada más cruzar el umbral.

—Siento el retraso, espero que no sea un inconveniente —dijo deshaciéndose del abrigo para dejarlo en el colgador.

—Cada día llegas más tarde —replicó la señora Vance acercándose

a ella—. La comida está lista, pero fría. En lugar de estar en la calle toda la mañana, deberías pasarla en casa haciendo las tareas del hogar y ayudándome a cocinar. Sería absurdo contratar a una chica más, aparte de Theresa, para que la asista en el trabajo cuando tú estás cualificada para ello.

—Puedo hacerlo por la tarde —dijo Nellie sin excusarse.

La mujer estaba rabiosa y no atendía a razones. Dijo que no almorzaría, que la comida ya se había enfriado y que ya no valía nada.

—No me quedará otra que tirarla a la basura para que los pobres la encuentren. Solo los más indeseables serían capaces de tragar algo en ese estado.

—Podría haber comido antes de llegar yo —replicó Nellie sin muchas ganas.

—Me dijiste que estarías a la hora del almuerzo.

—Siento el retraso —se disculpó de nuevo—. Yo sí voy a comer algo, aunque esté frío.

—Me siento como una sirvienta. Yo cocino y tú comes. ¡Qué sinvergüenza!

Nellie ya no sabía cómo responder a eso. Se estaba poniendo muy nerviosa, no era capaz de seguir su línea de razonamiento, que le recriminaba cada decisión, cada paso y cada pensamiento.

—Mañana no tendrá que preocuparse por mí, no vendré a casa para el almuerzo —dijo, con una sonrisa que escondió de su suegra, dándole la espalda.

—¡No vendrás! ¿Dónde te metes todo el día? Tendremos que hablarlo con Roger. Tu marido seguro que tiene algo que decir sobre tus escapadas.

La joven quería que fuera el día siguiente poder marchar de casa de nuevo y retrasarse el máximo posible a la hora de volver. No se sentía a gusto en su hogar desde que Bertha Vance había llegado y sabía que no volvería a vivir en paz hasta que esta se fuera.



Nellie se presentó con su mejor vestido de diario. Se trataba de un sencillo traje de mañana a rayas azules con un sombrero a juego. Esta vez no iba a mancharse de pintura, así que podía andar con un atuendo apropiado para la ocasión. O eso había pensado. Esperaba un paseo junto a Amelia mientras hablaban en tono alegre hasta llegar a la puerta de John. Pero en cuanto llegó al lugar acordado se encontró a su amiga junto a una calesa.

—¡Vaya! ¿Es tuya? ¿O de tu familia? —preguntó Nellie que ignoraba la posición social de su nueva amiga y el alcance de su riqueza. Supuso que siendo la sobrina del director del museo sería una persona acomodada.

—¡Para nada! —respondió—. Es de alquiler. Sally, la doncella, fue a pedirlo para nosotras ayer.

Lo observó de arriba abajo, empezaba a ponerse nerviosa.

—¿Vamos muy lejos?

—Solo a Chelsea —respondió Amelia con una sonrisa, siendo consciente de que el barrio no estaba precisamente cerca.

—¿Chelsea?

—No te preocupes.

—¡Está muy lejos y puede ser peligroso! —exclamó Nellie sorprendida porque John viviera en semejante barrio y se cruzó de brazos, pensativa.

—Tranquilízate. Vas conmigo, aunque siempre puedes echarte atrás. —Era lo último que Amelia quería, pero tenía que darle la opción.

—Claro que no. Lo siento. Es que eres tan valiente.

Nellie la miraba con admiración y eso hinchaba el ego de Amelia. Al final no necesitó que su nueva amiga la convenciera y subió a la calesa emocionada por estar saltándose las normas sociales sin comentarlo con su esposo. Cuando los caballos se pusieron en marcha, sintió su corazón bombear más aprisa y tuvo que coger aire con lentitud para tranquilizarse. Incluso pensó en John y eso hizo nacer una sonrisa en su rostro de la que luego se sintió culpable. Sus

sentimientos la embargaban en oleadas de temor, alegría y vergüenza de los que Amelia la distrajo con una charla intrascendente.

—Pasaremos por Buckingham —dijo Amelia con una sonrisa.

—Tengo que agradecerte esto. Llevo muy poco tiempo viviendo en Londres y todavía no he podido visitar nada.

—Me alegra que vayamos juntas —confesó la chica—. En realidad, no soy tan valiente.

Le cogió la mano y se la apretó. Ella sintió el contacto extraño por no conocerse apenas, sin embargo, no se retiró.

—No tengo muchas amistades, ¿sabes? La gente me considera peculiar.

Nellie no respondió a eso. También pensaba que era «peculiar», pero no se asustó porque ella misma se consideraba de igual forma, fuera de lo común.

Amelia sabía que el barrio había cambiado mucho en los últimos veinte años, según había oído. Aunque todavía había reticencia entre la alta sociedad a viajar a Chelsea, para ella, que siempre había oído a hablar de él como hogar de artistas, no tenía ninguna connotación negativa. Aun así, se sintió observada, y se apartó un momento de la ventana antes de salir. Empezó a cuestionarse si ir había sido una buena idea.

Mujeres apoyadas en las puertas de sus casas, vigilaban a unos niños demasiado pequeños para ir a una escuela que jugaban en las calles con poco tráfico, alejadas de las vías principales.

Amelia no podía negar que ese pequeño rincón de mundo era mucho más tranquilo que la calle de la casa donde siempre había vivido y también más maloliente. Además, sentía en su respiración cómo el aire era menos puro a causa del humo que era más espeso en este barrio. Las fábricas podían verse desde ahí.

La calesa las dejó delante de un edificio bajo pintado de color crema. Era de un estilo muy sencillo, sin embargo recientemente edificado a juzgar por el estado de la pintura y la madera de puerta y ventanas.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Nellie.

—Obtuve la dirección de los archivos. Podría haber mentido cuando rellenó el formulario, pero supongo que no tenía por qué hacerlo.

El cochero las ayudó a apearse y les dijo que las esperaría allí mismo, ya que, como las chicas habían observado, el tráfico era tranquilo a aquella hora.

Fue Amelia la que se acercó y golpeó la puerta con la pequeña aldaba ennegrecida por un desgaste que no mostraba el resto del edificio, mientras Nellie se mantenía detrás de ella asomando la cabeza por encima de su hombro.

Volvió a golpear, esta vez con más insistencia. No pensaba irse sin una respuesta. Por eso se quedaron más tiempo del que se consideraba adecuado y todavía estaban allí cuando un hombre joven se presentó ante ellas con una pipa entre los dedos.

Nellie intentó que no se notara su turbación. Conocía la existencia del hijo de John, sin embargo, jamás lo había visto y nunca lo hubiera imaginado de una edad tan parecida a la suya.

—Digan —pidió el joven con expresión cansada.

Se le veían unas enormes sombras bajo sus ojos azules.

—Venimos a ver a John Yust.

—¿Lo conocían? —preguntó él, inquisitivo.

—Hemos coincidido alguna vez —dijo entonces Nellie adelantándose—. Soy Nellie Vance.

Esperó que él reconociera su nombre, sin embargo no reaccionó. Le extrañó, al fin y al cabo, lo suyo no fue un secreto. Tras la muerte de la esposa de John, este había hecho pública su relación.

Amelia malinterpretó la expresión de extrañeza de Nellie por incomodidad y se adelantó.

—Y yo Amelia Raines. ¿Dónde están mis modales?

—No importa si se los ha dejado en casa, aquí no va a necesitarlos —ladró él.

—Entonces, ¿se encuentra en casa el señor Yust? —preguntó

Nellie esperanzada.

—John está muerto —dijo el hombre rubio dejándolas con la boca abierta.

—¿Muerto? —pudo decir Nellie antes de que un nudo en la garganta le impidiera decir nada más.

—Lo encontraron apuñalado en un callejón —informó—. Le debía dinero a todo el mundo. Yo no soy su heredero ni nada parecido, así que no tengo por qué pagar sus deudas. Adiós.

Y cerró la puerta.

Amelia bufó indignada.

—¿Cómo se atreve? —dijo cruzándose de brazos con un mohín.

Miró a Nellie, esperando su reacción a la grosería de aquel hombre, en lugar de eso, la encontró con el rostro pálido y los ojos que amenazaban con soltar más lágrimas de las que podía soportar.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose a ella.

Nellie boqueó intentando hablar, pero no era capaz de pronunciar ni una palabra. Se llevó las manos a la cara para controlar el llanto. No pudo aguantar más y rompió a llorar. Amelia se dio cuenta de que las mujeres las observaban, desatendiendo a sus hijos. Le hubiera gustado llevar a Nellie a un lugar apartado; no obstante, en un barrio desconocido, aunque plácido, eso era peligroso.

—¿Estás bien? —preguntó, a pesar de que la respuesta era evidente—. Dime qué está ocurriendo.

Su amiga la miró a través de las lágrimas.

—John…

Dijo su nombre, sin embargo, no pudo seguir. Amelia, perspicaz, se aclaró la garganta y preguntó.

—¿Lo conocías?

Nellie asintió, todavía incapaz de hablar. Amelia recordó que llevaba un pañuelo y se lo alcanzó.

—Me dijiste que no hablabas con él.

Nellie tardó en contestar, solo cuando pudo controlar sus sollozos, lo hizo.

—Hacía mucho que no hablábamos —confesó—. Nunca nos dirigimos la palabra en la galería.

—No lo entiendo. ¿No lo conocías?

Nellie dudó, no hacía mucho que conocía a Amelia. ¿Podía confiar en ella? La miró a los ojos. No sabía por qué, la honestidad que vio en ellos y su necesidad de confesarse finalmente la convencieron.

—Lo conocí en la universidad —dijo avergonzada—. Nos enamoramos.

Amelia se llevó las manos a la boca por la sorpresa.

—¿Fuiste a la universidad? ¿Estudiabas junto a hombres?

Nellie cogió aire, ya más sosegada, pero incapaz de controlar sus lágrimas.

—No —respondió desconcertando a Amelia—. Era mi profesor.

Amelia habría pensado en esta historia como un jugoso cotilleo, si no fuera por el terrible sentimiento que desbordaba a su amiga.

—Tuvo que dejar la universidad por los rumores y no volví a verlo hasta que me casé y me mudé a Londres.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Amelia interesada.

—De casualidad, un día que visité la galería.

—¿Ya era copista?

—Sí. Y decidí pedir autorización para hacer lo mismo. No creía que fueran a dármela, pero terminé pintando junto a él.

—¿No hablabais?

Nellie negó con la cabeza y sollozó de nuevo. Se arrepentía de no haber intercambiado unas últimas palabras con él. Ahora estaba muerto, no tendría otra oportunidad de decirle lo que todavía sentía.

—Él me veía a diario, me miraba de lejos. Notaba sus ojos en mi nuca todo el tiempo. Nunca me habló y yo tampoco lo hice. Sabíamos que lo nuestro había acabado, que era imposible. Él se había enterado de que estoy casada, eso lo supe después.

Nellie terminó de secarse las lágrimas, aunque sus ojos estaban hinchados y todo su rostro enrojecido.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Amelia dispuesta a

dejar la investigación por el momento.

—No, quiero hablar con su hijo.

—¿Su hijo? —dijo señalando a la puerta.

Nellie asintió de nuevo.

—Estoy segura. Se parecen mucho.

El hombre volvió a abrir tras los insistentes golpes de Amelia y estuvo a punto de cerrar al instante de nuevo, pero ella consiguió meter un pie para que no pudiera hacerlo y, aunque eso le supuso un buen golpe, se salió con la suya.

—¿Quieren algo más? —preguntó él.

—Nos gustaría ver el estudio del señor Yust —dijo entonces Nellie sorprendiendo a Amelia por su entereza. Todavía estaba alterada, sin embargo, los restos de su llanto apenas eran visibles ahora.

—¿Por qué? ¿Quiénes son? Y no me refiero a sus nombres.

—Venimos del museo Whitergold. Soy Amelia Raines —dijo enseguida ella al ver que Nellie se resistía a revelar la verdad.

La cara del hombre se iluminó.

—Bien, señorita Raines, me presento. Soy Ernest Yust y ahora vamos a hablar en mi idioma.

—¿Cómo? —preguntó la joven sin entender.

—El museo le debía a mi padre una importante cantidad de dinero por el último cuadro que pintó. Si viene a buscarlo, puede entrar en el estudio, pagarme e irse con él.

—No he venido por eso —dijo Amelia—. Además, no tengo constancia de que el museo encargara ninguna copia.

Él las miró con una media sonrisa. No se iba a mover si no se le entregaba su dinero.

—Hablaré con mi tío —prometió Amelia—. Es el director del museo. Él sabrá cuánto se le debía a su padre. Pero antes, ¿no podemos pasar? Necesitamos comprobar algo, si hay un cuadro en concreto. Podría comprarlo —dijo Amelia, aunque apenas llevaba unas monedas encima.

—Ni hablar. Consígame el pago y hablaremos.

—¿Era habitual que el museo encargara a su padre copias? —preguntó entonces Nellie—. Yo también soy copista, sin embargo, mis obras no las compra el museo. Las vendo a familiares y conocidos —aclaró—. Me ha extrañado oírle decir que el museo le encargó una obra.

—No sé si antes vendió copias al museo o no. Solo sé que hay un pago pendiente a nombre de Whitergold y mi padre nunca tuvo la oportunidad de cobrarlo.

Ernest dio un portazo ante sus narices —acción de lo más grosera, al parecer de Amelia— y no pudieron adentrarse en la casa.

Capítulo 5

Volvían al Strand con la calesa y empezaban a caer unas gotas que amenazaban con convertirse en un buen chaparrón. Amelia contempló a su amiga que tenía la mirada perdida más allá de la ventana.

—Qué paseo más agradable —dijo sin conseguir llamar la atención de su acompañante—. Si no tienes prisa por volver a casa, me gustaría invitarte a tomar un té —dijo Amelia, despertando a Nellie de su ensimismamiento, con esperanza de animarla—. Así podremos hablar un poco más.

Ella la miró todavía con el dolor de la noticia que había recibido impreso en el rostro.

—¿No es muy temprano? Además, ¡no me atrevería a aparecer sin avisar!

—Lo dejamos para otro día, entonces —corrió a decir Amelia.

—Lo siento —dijo Nellie llevándose una mano al pecho—. Esto me ha cogido por sorpresa y todavía no puedo creérmelo.

—Le tenías mucho aprecio, ¿verdad?

—Le quería. Todavía le quiero —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Te dejo en casa, entonces? —propuso Amelia—. Y puedes venir esta tarde, quizá. A una hora más apropiada.

—Aceptaré tu invitación, me encantará poder hablar en un escenario más adecuado.

Su amiga le respondió con una sonrisa y luego le preguntó dónde quería que la dejaran. Nellie negó con la cabeza.

—Me apetece dar un paseo. Me puedes dejar en el museo. El camino no se hace pesado, aunque sea un poco largo.

—¿Estás segura? Parece que va a llover.

—Claro. Necesito estar a solas. Caminar me vendrá bien.

El cochero asintió ante la orden que entonces pronunció Amelia. El viaje no fue muy ameno y se respiraba algo de incomodidad. Era evidente que Nellie no quería hablar en ese momento, por mucho que Amelia deseara conversar con ella. Cuando al fin llegaron, la calesa se detuvo con una sacudida y se miraron.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Estaré bien.

—No es necesario que vengas esta tarde si no quieres. Hemos tenido un día un poco agitado y no podría reprocharte que no acudieras.

Nellie asintió y miró en dirección al cochero que las esperaba con la puerta de la calesa abierta. Estuvo a punto de poner un pie fuera del vehículo cuando Amelia exclamó:

—¡Un momento! —sabía que había cogido de casa sus tarjetas que descansaban muertas de risa en el tocador de su habitación. Le costó encontrarlas en la bolsa, pero cuando lo hizo no tardó en entregarle una de ellas a Nellie. Aquella en la que había escrito su dirección—. Toma.

Nellie miró la tarjeta que le mostraba y la cogió con una sonrisa.

—Gracias. Yo no llevo las mías —le dijo, triste.

—¡Qué más da!



Necesitaba aquel paseo para pensar con qué cara entraría en casa. También para ser capaz de retener las lágrimas que todavía la abrumaban. Antes de eso debería soltarlas. Se preguntó si su suegra se daría cuenta y entro en pánico por un momento. Por eso necesitaba andar. Para eso, y para reflexionar. ¿Debería contárselo a Roger? Él sabría que algo iba mal, seguro. Siempre se fijaba en los pequeños detalles.

Se permitió llorar. Se detuvo en más de una ocasión y dejó inservible su pañuelo cuando aún le quedaban muchas lágrimas por derramar. «No volveré a verlo nunca». «No aproveché la oportunidad de volver a hablar con él». «Se ha ido». Los pensamientos devolvían sentimientos como olas. Cuando conseguía consolarse, regresaban con más fuerza.

Una vez en casa, su suegra la estaba esperando con la mesa puesta. No comió, apenas habló y gracias a la práctica, tras años reprimiendo sus emociones, pudo controlar el llanto. Su suegra le habló, pero Nellie no la escuchaba, podría haber estado alabándola por primera vez en su vida que ella no se enteraría. Estaba harta y había días en que algo en su cabeza se apagaba, consiguiendo pasar por alto cada palabra que salía de la boca de esa mujer. Le dijo algo sobre su aspecto desaliñado por la lluvia y los bajos de su falda, que se habían ensuciado de barro. Debía de haber ocurrido al volver desde el museo.

La señora Vance le retiró el plato con violencia. Ella dio un respingo, sin escuchar. No podía. John había muerto.

Estuvo a punto de cancelar los planes con Amelia. Apenas la conocía, ¿cómo iba a hablarle de sus males? Le había contado su historia porque la había cogido en un momento vulnerable y porque había algo en ella que hacía que se soltara de un modo que no lo hacía desde que su familia consiguió separarla de John.

Se cambió y peinó para borrar el rastro de la tristeza en su aspecto y se retiró a la salita a esperar el momento de salir, atenta al reloj que había en la pared.

—¿Vas a volver a ausentarte? —preguntó la señora Vance cuando la pilló poniéndose el abrigo—. No sé cómo te atreves. Al menos podrías intentar ser discreta, por respeto a Roger.

—¿De qué habla?

—¿Le has dicho que vas a estar fuera? —le preguntó acercándose demasiado. Nellie dio un paso atrás.

—Voy a visitar a una amiga —se explicó del modo más breve posible.

—No tienes amigas. —Su voz sonaba a acusación y por un momento Nellie pensó que su suegra lo sabía todo acerca de la relación que había tenido con John—. Y no deberías tenerlas. Si ni siquiera tienes tiempo de ocuparte de la casa, ¿cómo vas a moverte en sociedad con las uñas siempre sucias de pintura?

Nellie no supo qué responder. Se quedaba en blanco a menudo ante su suegra. Sin embargo, esta vez no podía contentarla porque Amelia, su amiga, la esperaba. Apretó los puños y consiguió decir:

—Me marcho.

Le costó abrir la puerta y traspasarla, pero cerrarla tras de sí fue una liberación. Respiró hondo y se puso en marcha sin mirar atrás. Hizo el camino a pie sin más inconveniente que las lágrimas en los ojos que, en ocasiones, le impedían ver por donde pisaba.

Se detuvo delante de la puerta de Amelia, pensó que se había equivocado de dirección hasta que vio que la joven miraba por la ventana y la saludaba. Nellie había esperado que el hogar de su amiga fuera mucho más lujoso que el suyo en Saint Pancras. Aunque su casa era más pequeña, no tenía nada que envidiar. Se alegró de poder sentirse cómoda allí.

—Es preciosa —dijo, y no mentía.

Estaba decorada con gusto, solo recargada lo suficiente con cortinajes, cojines, bordados enmarcados y cuadros en las paredes.

La madre de Amelia se encontraba en la casa, aun así, dejó que las chicas subieran a la sala de estar solas, cosa que su hija agradeció.

Ambas se sentaron en el sofá de tapizado clásico. Sally entró con

el servicio de té y lo dejó en la mesita mientras Amelia miraba a Nellie expectante y con ganas de hablar. Sin embargo, no fue hasta que la doncella se marchó que lo hizo.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—Sí —declaró Nellie intentando no volver a estallar en lágrimas.

Quizá hubiera estado mejor en casa, sin embargo, no podía permanecer tranquila sin saber por qué había muerto John y qué relación tenía con el cuadro falso. Cogió su taza para disimular el vacío que sentía y la calidez del té la animó a decir lo que en realidad quería.

—Ahora que sé que ya no está, tengo aún más interés en encontrar al culpable.

—¿Del robo?

—Y de su muerte. ¿No tendría más sentido que fuera la misma persona? —Dejó su taza de té sobre la mesilla y miró con atención a Amelia, quien contestó:

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Podemos empezar por la pintura robada.

—Me encantaría, pero parece imposible seguir. Yo ni siquiera sé distinguir si una pintura es falsa o no.

Amelia todavía no había cogido su taza para dar un solo sorbo. Toda su atención estaba puesta en Nellie.

—Yo podría —dijo—. ¿Quieres que vaya a ver el cuadro falso a la galería? Quizá sea capaz de distinguir el estilo de John en las pinceladas.

—Vaya, ¿de verdad? ¿Sabrías decir si es suyo o no?

—Creo que sí.

—¿Y podrías diferenciar un cuadro falso de uno original si no conocieras al pintor? Sé que un modo es comparar el cuadro con una fotografía del que sabes que es verdadero.

—Por supuesto —dijo Nellie—. Aunque para los mejores pintores es posible imitar el tipo de trazo de un maestro, ninguno es capaz de que cada detalle se vea igual. Siempre dejan algo de sí mismos en el

lienzo. Puedes imaginarte que todavía hay muchas falsificaciones circulando, teniendo en cuenta que no hay fotografías de la mayoría de los cuadros y que en estas apenas es posible ver los detalles delatores.

—¿Y sabes cómo descubrir un cuadro falso por detrás? —dijo Amelia recordando a los expertos de la galería—. Se sabe mirando el lienzo, ¿verdad?

—Bueno, puede que me equivoque, pero creo que hay varias formas. Dependiendo de la época, un cuadro tiene un bastimento distinto. —Nellie gesticulaba al hablar y Amelia la escuchaba con atención—. La madera sobre la que está montado el lienzo puede darte pistas sobre si es una falsificación o simplemente ha sido reentelado.

—Vaya, apenas te entiendo —dijo Amelia con una sonrisa.

—Eso mismo dice mi marido —respondió Nellie con una expresión de profunda tristeza.

—Todavía no me creo que estés casada. —Amelia quería cambiar de tema, sin embargo, no acertaba con sus inadecuadas palabras—. Eres muy joven.

—Tengo la impresión de que tú eres más joven que yo, Amelia. Tengo veintitrés años ya.

—No aparentas esa edad, en absoluto —dijo, impresionada porque su tímida amiga fuera mayor que ella—. No deberías haberme dicho tu edad, ahora estoy obligada a revelarte la mía —se quejó.

—Seguro que eres más joven que yo —repitió Nellie.

—Tengo veinte. Estoy deseando llegar a veintiuno. En menos de un año, el dinero que gane será mío de verdad.

Se separaron pronto. Nellie debía estar en casa para el almuerzo a pesar de haberse atiborrado a pastas de té y bocadillos de pepino al intentar aplacar su tristeza. Amelia se despidió de ella lamentando mucho su marcha y prometiendo que se verían pronto.

Nellie estaba tan consternada todavía que agradeció andar de vuelta a su casa, notando las gotas de lluvia mezclarse con sus

lágrimas que corrían libres.

No esperaba encontrar a Bertha antes de poder secárselas. La sorprendió en la entrada, empezando a reprenderla nada más entrar. Ella seguía sin escuchar. No le importaba. Subió con la cabeza embotada, oyendo de lejos la irritante voz de su suegra. Cuando entró en su habitación se permitió llorar más.

Tendría que lidiar con la pérdida de John ella sola, en silencio y aguantando cada reproche de la señora Vance. Se quitó la falda, se deshizo su recogido y se arregló para un almuerzo en el que apenas comería . Por lo menos esta vez la mujer no podría echarle en cara que comía demasiado, como solía hacer. Según ella, estaba cogiendo peso y eso era sin duda algo indeseable. Nellie se miró al espejo con estos pensamientos en mente y se encontró con una joven pequeña, triste y débil. Se sentó delante del tocador de su habitación y se recogió el pelo otra vez. Volvería a bajar, conservaría su dignidad y aguantaría un día más.



El museo estaba en el más absoluto silencio justo antes de abrir. En unos segundos, los ecos de las voces llenarían el lugar y las miradas devorarían el arte de las paredes. Amelia acababa de entrar, dejando atrás a los primeros visitantes del museo y charlaba con Cecil quién debía abrir las puertas a la hora exacta.

El chico miró su reloj de bolsillo y se despidió de ella que subió por las escaleras. Antes de internarse por el pasillo del archivo, dio un vistazo hacia atrás. Unos pasos contundentes la habían alertado y le sorprendió comprobar que se trataba de Ernest Yust ni más ni menos, quien avanzaba hacia la recepción con aire feroz y un lienzo bajo el brazo.

Tenía poco tiempo que perder antes de ir a trabajar, aun así, Amelia no se amedrentó. Descendió por las escaleras y con paso ligero se acercó a Ernest. Le dio unos golpecitos en el hombro que lo alertaron.

—¿Qué hace aquí? —Se quitó y volvió a colocar el sombrero.

—Eso iba a preguntarle yo. Si quiere que le responda le diré que trabajo aquí.

Ernest pareció sosegarse un poco y desviando la mirada dijo:

—He venido a ver al señor Bates.

—¿A mi tío?

Una mueca en el rostro de Ernest Yust le irritaba que le preguntaran lo evidente.

—Sí.

—Es un hombre muy ocupado —dijo Amelia cruzando los brazos mientras lo observaba.

—Ya he conseguido una entrevista con él —dijo muy seguro de sí mismo y dio un vistazo a la chica de la recepción, señalándola.

Amelia también dirigió la vista hacia ella y esta se sonrojó.

—Sí, lo siento. Puede pasar. Está en la lista de visitas, Ernest Yust.

—¿Cómo ha conseguido entrevistarse con mi tío?

—He sido muy insistente —respondió él con un brillo de inteligencia en sus ojos azules.

—Vaya, eso quiero verlo. ¿Me permite que le acompañe al despacho?

—Por supuesto —respondió Ernest y se despidió de la recepcionista con un gesto.

Subieron las escaleras en silencio, lo que puso nerviosa a Amelia. Con la de cosas que quería saber, no podía permitirse permanecer callada.

—¿Qué obra lleva bajo el brazo? —le preguntó la chica.

—La copia que el museo tiene que pagarme —dijo Ernest con tono de enfado—. Su tío me dijo que la trajera a la entrevista, pero dejó claro que nunca la pidió. Creo que no va a pagármela.

—Para algo lo habrá hecho venir. Tenga esperanza —dijo Amelia.

—Claro.

—¿Es usted pintor como su padre?

—No. Estoy estudiando leyes en la universidad.

«Vaya… un abogado», pensó Amelia con curiosidad. Lo primero que se le ocurrió es en cómo podía pagarse sus estudios. Luego recordó que John Yust era profesor universitario.

—¿Y usted? ¿Cómo una señorita como Amelia Raines se rebaja a trabajar en un lugar como este?

«¿Rebajarme? ¿Acaso la galería Whitergold le parece un sitio indigno?».

—Una tiene que mantenerse ocupada, supongo —dijo sin entrar en detalles, escondiendo lo molesta que se sentía en realidad. No quería hablar de sus motivaciones y sus verdaderos pensamientos sobre su trabajo y su futuro. No era momento, no era lugar y, por supuesto, no era la persona adecuada para hablar del tema.

Estuvieron en silencio hasta que llegaron a la puerta del despacho y Amelia la golpeó de forma rítmica dedicándole una sonrisa no correspondida al visitante.

La secretaria del señor Bates les abrió y ambos pasaron por la antesala donde la mujer tenía su mesa y se adentraron en el despacho. La habitación estaba repleta de libros y cuadros en las paredes, tan

pegados los unos a los otros que apenas se veía el empapelado.

—Señor Yust —saludó el hombre y luego vio a su sobrina—. ¿Qué haces aquí?

—Acompañaba al señor Yust a tu despacho. Da la casualidad de que nos conocemos —dijo muy segura de sí misma—. Más o menos.

—Deberías estar en el archivo. El señor Gardiner va a enfadarse. ¿Quieres que vuelva a pedirme que te eche? Porque a la próxima lo haré. No habrá más avisos. —A Amelia le molestó ser reprendida delante de un desconocido, pero apretó los labios y aguantó el chaparrón—. Además, ¿cómo es posible que os conozcáis? —el hombre parecía tener verdadera curiosidad.

—Estuve investigando al copista del que te hablé. Por lo visto, es el padre del señor Yust.

No añadió nada más. Ni siquiera dijo que creía que el hombre había trabajado con los ladrones para conseguir el Rembrandt. Su tío ya sabía cuáles eran sus pesquisas y no quería hablar de ellas delante de Ernest.

—Vaya. Así que su padre.

—Exacto. Estoy aquí por eso. El museo le encargó esta copia a mi padre y el pago está pendiente.

—Amelia, deberías dejarnos —comentó su tío.

—No me voy a mover de aquí.

El hombre suspiró.

—Acabemos con esto —dijo con molestia—. Vamos a verlo. —Se puso unas gafas ridículamente pequeñas para el tamaño de su cabeza y posó su mirada en la obra.

Amelia estaba muy intrigada y se colocó al lado de su tío para poder ver el pequeño cuadro que Ernest cargaba.

Por un momento sintió que el corazón se le detenía. Se trataba de un *Retrato de Madame de Pompadour* de Boucher del siglo XVIII que colgaba del primer piso del ala oeste del museo. Le recorrió un escalofrío al pensar que había podido sustraer el cuadro de su posición cercana a una ventana, donde Amelia lo había visto toda su vida, pero

enseguida racionalizó sus temores. Se trataba de una copia, aunque era idéntico, no tenía nada que temer.

—Es impresionante —dijo el señor Bates.

—Lo sé —respondió Ernest—. Mi padre era un pintor prodigioso.

Amelia quería saberlo todo de John Yust. Y, como era evidente que Nellie no le daría detalles ahora que su pérdida era tan reciente, agradecía la poca información que podían darle quienes lo conocían.

—¿Sabe usted si estaba metido en asuntos turbios? —lo cuestionó Amelia.

—¿Por qué lo pregunta?

—Lo apuñalaron, ¿verdad? ¿Por qué sería?

—Lo asesinaron —respondió y apretó los labios tanto que se volvieron blancos por un momento. Parecía querer detener un llanto que nunca permitía salir—. No sé el motivo. No me contaba nada, pero no tenía por qué morir. No era nadie, solo un profesor frustrado.

—Lo siento —corrió a decir la joven.

—Amelia, deberías marcharte —dijo el señor Bates que se recolocó las gafas con nerviosismo.

Ernest no dijo nada, seguía con los ojos fijos en el director del museo.

—Tío, creo que podría ser útil —replicó la chica acercándose más.

—¡Amelia! No te comportes como una niña —la detuvo con las manos en sus hombros.

La joven miró a Ernest, a quien no le importaba la discusión familiar; sin embargo, no dijo nada más. No quería quedar frente al estudiante como una jovencita caprichosa con la cabeza hueca. Así que, con toda la dignidad que pudo aparentar, se recogió la falda y giró sobre sí misma para salir de la estancia sin dedicar ni una palabra más a los dos hombres.

Amelia se marchó, aunque no fue al archivo. Esperó junto a la escalera, saludando a cada trabajador del museo que tomaba ese camino. No fue hasta que Ernest pasó por allí, con el cuadro todavía bajo el brazo, que se movió. Salió a su encuentro con hambre de

información que sabía que su tío no iba a darle.

—Señor Yust —dijo interponiéndose en su camino—. Veo que mi tío no se ha quedado con el cuadro. La verdad es que es impresionante.

—Mi padre era un gran artista, no solo un buen copista —se quejó Ernest, harto de tanta charla infructuosa.

—Puedo hablar con mi tío de usted y de lo que pide.

—Asegura que nadie en este museo encargó el cuadro.

—Cualquiera le pagaría una buena cantidad por una copia tan perfecta —le aseguró Amelia—. A mí me ha sorprendido. Parece que lo hubiera sacado de la pared de la galería.

Ernest se detuvo y cogió del brazo a Amelia, quien resopló sorprendida.

—¿Y si es así?

—¿Qué? —preguntó casi sin voz la joven.

—¿Y si el cuadro que tengo en las manos es el original y tenéis colgada una copia?

Amelia lo miró fijamente a los ojos, asustada. Por un momento creyó que esas palabras llevaban consigo una confesión, sin embargo, Ernest sonrió y la soltó, dejándola tambaleante.

—Estaba bromeando —dijo él—. Pero, piénselo. Mi padre hizo más copias y, aunque no sé quién las encargó, empiezo a creer que fue alguien relacionado con este museo.

—¿Qué sabe? —preguntó ella, que se había puesto muy seria de repente. No iba a vacilar de nuevo ante ese hombre—. Hábleme del cuadro robado.

—Sé que mi padre pintó una copia de esa obra meses antes del suceso. La he visto, no obstante, no tengo buen ojo. No sé si es la original.

Amelia no rompió el contacto visual, ni siquiera cuando Ernest retrocedió intimidado.

—Yo solo quiero que me paguen esta obra. No sé nada más ni quiero meterme donde no me llaman.

Se fue y ella se quedó parada en el sitio durante unos instantes en los que su mente siguió dándole vueltas a las palabras que el hombre acababa de dirigirle. No fue hasta que un visitante se topó con ella que volvió al presente. Miró a su alrededor, pensando en si debía seguir hacia delante o retroceder. Llegaba muy tarde a su puesto, sin embargo, en ese momento no podía importarle menos el archivo y el señor Gardiner, así que volvió a subir por las escaleras que llevaban al despacho de su tío.

No golpeó la puerta esta vez. Cuando la secretaria la vio, quiso detenerla, pero Amelia andaba con decisión y llegó al escritorio antes de que pudiera hacerlo.

—Tío —dijo a modo de saludo, irrumpiendo en la estancia, poniendo ambas manos sobre la oscura madera.

—Deberías estar en el trabajo —le dijo con aparente calma.

—Ernest Yust se ha ido con el cuadro. Asegura que el museo lo encargó.

—No digas esas cosas, no haces más que fomentar cotilleos —dijo el hombre tamborileando los dedos—. El museo no le encargó ni el *Retrato de Madame de Pompadour* ni el Rembrandt.

—¿No crees que es extraño que el hijo de ese hombre asegure que sí?

—Su padre acaba de morir, solo quiere obtener dinero vendiendo la obra.

—Podría venderlo en cualquier parte, la calidad es excelente. Aun así, acude al museo. Deberíamos investigar si la copia que tenemos ahora la pintó él, cuántos cuadros más de la galería copió y dónde están esas copias. ¿Has visto esa Madame de Pompadour? ¡No sabría distinguirla de la original!

El señor Bates ya había tenido suficiente. Se puso en pie aprovechando un silencio de Amelia, quien se dio cuenta de que su rostro había empezado a enrojecer.

—¡Ya basta! —Dentro de su actitud moderada había llegado a su límite de enfado, lo comprendió al ver que sus ojos se abrían más que

nunca—. Ese entrometido se presentó en casa del señor Whitergold y me pidió que lo atendiera para silenciarlo. No puedo pagarle, sería aceptar que nosotros se lo pedimos. Nadie debe saber lo que reclama ese chico ni el porqué, ¿entendido?

—Pero, tío… —replicó Amelia.

—Si fuera cierto que alguien relacionado con el museo ha pedido copias de esos cuadros, no queremos que nadie lo sepa o empezaron los rumores. ¿Comprendes?

—¿No ve que alguien del museo podría estar trabajando con los ladrones? —expuso ella—. Tendríamos que hablarlo con la policía. Igual de ese modo serían capaces de encontrar…

—Nada de eso —la interrumpió su tío—. No podemos permitirnos que se sospeche de nadie del museo. Está en juego nuestra integridad. El señor Whitergold me ha dejado muy claro que no debemos alentar el chismorreo.

Amelia bufó molesta y su tío le dedicó una mirada de reprobación. No podía discutir las órdenes del señor Whitergold, el propietario de la galería.

—No deberías comportarte de este modo —la reprendió el hombre —. De hecho, tendrías que estar en casa ayudando a tu madre o buscando un marido que te soporte.

A pesar de que las palabras le dolieron a Amelia, no lo exteriorizó. Se armó con una dura coraza de desafío en forma de una mirada que lanzó a su tío. Quería expresar sin palabras cuál era su opinión al respecto.

—Quiero que te quedes en casa una semana —terminó por decir el director y tomó asiento de nuevo—. Deja de fisgonear, busca ocupaciones más concordes a tu edad y estatus.

—¿Qué estatus? —se quejó Amelia molesta—. Estoy harta de cómo esta familia pretende aparentar más de lo que es. Sabe que mi padre…

—También eres hija de tu madre —le dijo con voz pausada—. Y, por su parte, eres más que una simple trabajadora.

—Las cosas no funcionan así.

—No, no funcionan así. —El señor Bates se puso en pie y con calma puso las manos sobre la mesa para inclinarse y ponerse al nivel de Amelia—. Por muy bajo que haya caído mi hermana, ni ella ni tú estáis en situación de tener que trabajar. Así que encuentra un marido. Ya me da igual si te casas por encima o debajo de tus posibilidades, pero céntrate en eso.

Amelia apretó los dientes y los puños, molesta. Los tiempos habían cambiado. Acababan de empezar una nueva década, ¡la última del siglo, ni más ni menos! Sin embargo, su tío le demostraba que todavía tenía un pie atado al pasado y quizá nunca podría deshacerse de esa cadena. No fue capaz responder porque sabía qué era lo que se esperaba de ella. Nada más. Su tío apartó la mirada para posarla en los documentos que tenía sobre la mesa, como si ella no estuviera allí. Eso le dio tiempo de pensar en sus próximas palabras que esperaba que su tío no pudiera rebatir.

—Aunque me eche, nada cambiará la sospecha que hay sobre el Rembrandt falso.

—De momento, esa duda nos ha dado publicidad. Mientras no tengamos el cuadro verdadero de vuelta, atraeremos visitantes con la copia. Cuida tus palabras, porque no mentimos si no lo hacemos pasar por un auténtico Rembrandt.

—Ni siquiera sabe quién lo pintó. Puede que fuera John Yust. Tiene una posible respuesta al alcance de la mano y…

—Dejarás de fisgonear —la cortó él—. Te irás a casa ahora mismo. Yo ya le diré al señor Gardiner que no acudirás al archivo durante una semana, después veremos qué hacer contigo.

—Mis padres me permiten trabajar.

—Yo soy el director del museo. Sea o no tu tío, tengo autoridad sobre ti y más aún sobre tu papel en este lugar. Y ahora mismo no quiero verte. Ya tenemos suficientes problemas.

Amelia salió del despacho cabizbaja. No era la primera vez que su tío la reprendía, no obstante, nunca la había expulsado de su lugar de

trabajo. Él rechazaba de forma contundente cualquier palabra de duda sobre el museo que pudiera pronunciar. Ella lo entendía, pero también estaba convencida de que había una sombra por encima de su tío, la del señor Whitergold, quien debía estar lidiando con la desaparición del cuadro y dando explicaciones a su dueño.



Llegó a casa y fue directa a su habitación. No quiso bajar para el té y hasta se negó a presentarse a la cena. Fue su madre la que acudió a Amelia, quien estaba enfurruñada y echada en la cama.

—¿Puedo pasar? —preguntó la señora Raines.

—Sí —respondió Amelia y se incorporó.

Su madre se sentó a su lado y la miró preocupada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó sin rodeos.

—El tío me ha echado del museo.

—¿Has perdido tu trabajo? —dijo con calma. Parecía que se alegraba de que pudiera ser así.

—Solo durante una semana.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó la mujer con verdadero interés—. Has estado muy rara últimamente.

—Tengo que explicarte algo —le dijo—. El tío no quiere que hable más de esto, así que no le digas lo que te voy a contar. Ni siquiera lo menciones.

—Mi hermano puede ser muy estricto a veces —dijo la señora Raines cogiéndole una mano a su hija—. No te preocupes, no le diré nada.

—Ni a papá —añadió a toda prisa.

—De acuerdo. Ni a tu padre, aunque no creo que fuera duro contigo. Espero que no te hayas metido en un lío.

—No me he metido en nada, pero quizá el tío sí esté en problemas y no lo quiera aceptar. Está evitando un asunto turbio porque no quiere que le salpique ni a él, ni al museo, ni al señor Whitergold.

Amelia le explicó a su madre cómo se había enterado antes que los periódicos de que el cuadro rescatado del robo era falso. Le habló de Nellie y de cómo ella le había dado la pista sobre el señor Yust, sin embargo, no mencionó su relación. Le había contado que el pintor había hecho una copia exacta del cuadro. Incluso confesó que ella misma había acudido a Chelsea a lo que su madre respondió con una expresión de desagrado, aguantándose soltar una reprimenda para que su hija no dejara de hablar. Le contó que quería ver a John Yust, sin

embargo, resultó que había muerto y su hijo aseguraba que el museo le debía dinero por una copia de un *Retrato de Madame de Pompadour*.

—¡Vaya! —terminó por decir la señora Raines—. Y yo que pensaba que tenías mal de amores.

—¡Mamá! —la reprendió—. ¿Entiendes lo que está sucediendo? Yo quiero averiguar dónde se encuentra el Rembrandt original. Si el señor Yust todavía estuviera con vida, quizá nos podría contar algo al respecto. Y el tío no quiere que investigue más. Teme a los rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó la madre.

—Considera que el público puede creer que los ladrones nunca se llevaron el cuadro verdadero, sino que el falso ha estado colgado en las paredes del museo desde vete a saber tú cuándo.

—¿Que el museo ha hecho pasar una copia por un original? —preguntó la mujer alarmada.

—No es cierto, mamá. Es solo que el tío y el señor Whitergold deben de estar en un aprieto por haber perdido el Rembrandt.

—¿Quién lo prestó al museo para la exposición temporal?

—Opino que un coleccionista francés —respondió Amelia que ni siquiera se había preocupado por indagar en ello.

—Tu tío debe estar bajo mucha presión —dijo con suavidad la señora Raines.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que quizá tendrías que hacerle caso y dejar esto en manos de la policía y de los hombres al cargo del asunto. Seguro que saben más que tú.

—¡Ese es el problema! —exclamó ella frustrada—. No quieren saber.

—Sé que puede ser frustrante, pero…

—¡Amelia! —Una voz llegó desde el piso de abajo, se trataba de su padre.

—Ve —le dijo la señora Raines con una sonrisa—. Y hazme caso. A veces puede resultar molesto ser una espectadora más, sin embargo, ese papel también tienes que saber interpretarlo.

Asintió, nada convencida, y descendió por las escaleras a toda prisa. Cuando vio a su padre, este mostraba una expresión molesta y tenía los brazos cruzados. Ninguna de las dos cosas era buena señal.

—¿Qué ocurre? —dijo, pensando a toda prisa cuál había sido su error esta vez.

—Has recibido una carta —dijo su padre.

Amelia se giró hacia la mesilla donde descansaba un sobre y un papel escrito.

—¿Por qué la has abierto? —dijo molesta.

—¿Por qué quiere verte? Firma como Cecil. ¿Realmente es alguien a quien conoces? ¿Por el nombre?

—¡Pues claro que conozco a Cecil! —se quejó Amelia—. Y lo llamo por su nombre porque me lo presentaron siendo casi un niño. No deberías haber leído la carta.

—Es un desconocido.

—He dicho que lo conozco. Del museo.

—Por eso mismo no deberías trabajar. ¿A quién se le ocurre dar su dirección de casa a un cualquiera?

—Acabo de decirte que no se trata de eso. Es Cecil —repitió Amelia—. Y no es un pretendiente, si eso es lo que te preocupa. Dame la carta —pidió tendiendo una mano para recibir el sobre.

El señor Raines cerró el puño aplastando el papel y respondió con un silencio contundente que Amelia se atrevió a interrumpir:

—Puedes estar tranquilo, no iré al museo durante una semana. El tío me lo ha mandado.

—Si no te comportas, volverás con la tía Victoria al campo y esta vez te quedarás una buena temporada.

Ella no respondió, se giró y subió las escaleras para encerrarse de nuevo en su habitación, de donde no saldría hasta el día siguiente.

Su padre había tocado el tema del campo. La casa de su tía y la compañía de su prima no era el peor castigo que sus padres pudieran imaginar, pero sería un fuerte golpe a su libertad. Allí no podía ir a ninguna parte, hablar con nadie ni ir a trabajar, por supuesto. El señor

Raines sabía lo que suponía para ella el castigo en el campo y, aun así, lo había sacado a relucir. Estaba furiosa. Era una amenaza a su modo de vida y también a su personalidad. ¿Si su padre quería reprimirla de aquel modo, significaba que su propia hija no le caía bien? No, Amelia no quería explorar esa posibilidad. Prefería pensar que era la sociedad la que hablaba a través de su padre y él, al fin y al cabo, solo quería que ella encajara en ella.

Capítulo 6

Había derramado lágrimas durante los últimos días y, al final, Roger y su suegra se habían dado cuenta. Ella le contó que una amiga de la infancia había muerto, aunque no quería hablar de ello. Su marido fue comprensivo y le dejó su espacio.

Le hubiera gustado poder quedarse en su cama para llorar. «Solo un día más», se decía, pero la angustia seguía oprimiéndole el corazón. Tenía que obligarse a levantar la cabeza porque alguien había matado a John y esa mañana se había despertado con la seguridad de que el robo de obras de arte tenía mucho que ver con su asesinato.

La señora Vance no se atrevía a abalanzarse sobre Nellie hasta que su hijo se iba. Jamás le levantaba la voz cuando Roger estaba presente, así que Nellie escogió el momento adecuado para salir de casa: justo antes de que su marido se marchara a la escuela.

Llegó a la galería sin sus útiles de pintura y se dirigió al ala este para estudiar el falso Rembrandt. Había mucha gente y, como era más bien corta de estatura, le costó echarle un buen vistazo para determinar lo que ya suponía: era una copia de John. Las pinceladas sutilmente cargadas de aceite de trementina creaban empastos de pintura que imitaban a la perfección las originales si se observaban desde cierta distancia. Aun así, de cerca se notaba que el pintor había batallado para no sacar a relucir su propia técnica. Ahí estaba, la falta de disolvente robaba transparencia a las capas de pintura y Nellie pudo ver, sin ningún tipo de duda, en su grueso y dirección, la impronta de John.

Necesitaba informar a Amelia y decirle que quería seguir

indagando, pero no la encontró en el archivo. Así que se dispuso a salir de la pequeña biblioteca cuando algo llamó su atención. Uno de los cuadros que ella había reproducido la observaba desde las hojas desgastadas de un libro abierto. Se acercó a él y pasó algunas páginas. Se trataba de un catálogo de una exposición temporal antigua, de 1875. Decidió detenerse a hojearlo y se lo llevó a una mesa. Disfrutaba de este tipo de publicaciones. Pocos museos las tenían y Nellie no había pensado que la galería Whitergold fuera uno de ellos. Olvidó su misión por un momento, al fin y al cabo, ¿qué más podía hacer? Pronto al primer ejemplar se le unieron dos más y en una hora tenía una montaña de catálogos de los cuadros que habían sido expuestos en el museo.

No era algo habitual y, aun así, la galería Whitergold tenía un registro con fotografías de cada obra que había pasado por sus paredes en el ala de exposiciones temporales. A Nellie le gustaba hojear y ver las imágenes, por mucho que en estas no se pudiera apreciar el color ni los detalles de la obra original. Recordó las exposiciones de un par de catálogos, sin embargo, la mayoría eran anteriores a su llegada a la ciudad. Por otro lado, reconocía muchos de los temas a pesar de no haber visto nunca las obras. Le encantaba ver todo el arte que había allá fuera, y ahora que vivía en Londres, lo tenía muy fácil.

Había cerrado la mayoría de los catálogos, considerándolos ya revisados, cuando dio un respingo. Se topó con una fotografía que reconoció. Al principio se preguntó si se trataba del mismo cuadro que ella había visto en persona y se recreó en los detalles. Algo fallaba, aunque Nellie no podía decir el qué. Estuvo frente a ese cuadro en persona cientos de veces, pero su corazonada solo era eso, una intuición. Necesitaba estudiar la obra de nuevo para estar segura.

Con toda la determinación que pudo reunir, le pidió al señor Gardiner si podía llevarse el catálogo con la fotografía que la estaba haciendo dudar y sospechar que algo iba mal en el museo. Recibió un «no» por respuesta, a pesar de eso no se desanimó. En su lugar, salió del edificio y se dirigió a Holborn sin dudar de sus pasos.



El tiempo pasó al otro lado de la ventana, sin embargo Amelia vivía la misma monotonía día tras día sin mucho que hacer. Ese miércoles se encontraba en su salón pensando en si tenía hambre o solo necesitaba distraerse. Había considerado pasarse por el museo aunque no pudiera trabajar, claro que estaba enfadada con su tío y no quería verlo.

Cuando golpearon la puerta, no esperó a que abrieran por ella. Se levantó rápidamente, ávida de entretenimiento. Le alegró encontrarse a Nellie.

—Amelia —dijo nada más verla—. ¡Qué bien encontrarte en casa!

—No tengo otro sitio donde ir —se quejó—. ¿Cómo estás?

Nellie no contestó. Amelia la dejó pasar y esta se deshizo del abrigo nada más entrar.

—Tengo que contarte algo sobre *La chica en la ventana* que hay en la galería. —Las palabras todavía se quedaban encalladas en su garganta. Tenía que pronunciar su nombre—. Pienso que la ha pintado John. Además, no lo vas a creer: intuyo que hay más pinturas falsas suyas repartidas por el mundo. Sin duda, esto tiene relación con su muerte.

Nellie contuvo el aliento. Estaba bastante segura de sus sospechas, pero sabía que a Amelia le sentarían como un jarro de agua fría.

—¿Cómo? —preguntó Amelia sin entender—. ¿Más pinturas falsas?

—Creo que han robado más cuadros de las exposiciones temporales y los han intercambiado por copias. En algún lugar deben tenerlas todas o las han vendido en el mercado negro. —Apenas respiraba, intentando pronunciar esas palabras lo más rápido posible —. Quién sabe, John podría ser el autor de todas ellas.

Amelia quería saber, sin embargo, antes de interrogar a su amiga la dejó entrar al salón y pidió a Sally que preparara un té para ambas. Cuando ya estaban sentadas y se aseguraron de que no había nadie alrededor que pudiera escucharlas, Amelia se apresuró a preguntar a qué se refería la chica con sus graves afirmaciones.

—Acudí a la biblioteca del museo esta mañana y estuve

consultando catálogos de exposiciones pasadas. Me encontré con la fotografía de una obra que conocía.

—¿La habías visto antes?

—Sí —respondió Nellie—. En mi universidad.

—¿Allí tenéis obras de arte? —preguntó Amelia todavía con expresión de sorpresa.

Asintió.

—Hay una pequeña galería. Por lo que deduje, un cuadro fue prestado al señor Whitergold en 1865. Noté la foto del catálogo algo diferente. —Nellie no estaba convencida de sus palabras—. Creo que ocurrió lo siguiente: el cuadro original llegó a Londres, lo fotografiaron y al terminar la exposición, se devolvió una copia a Holloway, la universidad. Sospecho que debe haber ocurrido con varias obras.

—¿Entonces tú viste el cuadro falso cuando estudiaste allí?

—Exacto —Nellie estaba acelerada, pero intentó pausar su explicación para que Amelia tuviera tiempo a asimilarla—. Están devolviendo cuadros falsos desde el museo.

—¡Eso sería un escándalo! ¿De verdad crees que los ladrones se dedican a esto desde hace tanto tiempo?

—Deberíamos preguntar a Ernest Yust si su padre copió ese cuadro en su momento.

—No sé si podría acordarse. —Amelia lo consideró.

—Creo que hablar con él es imprescindible. Si su padre estuvo copiando cuadros, algo tendría que saber.

—Estoy de acuerdo. Lo citaré. Si lo que dices es cierto y se destapa una trama turbia, dejaría en muy mal lugar al museo. Nadie querría poner una obra de arte en nuestras manos.

—Es importante que hablemos con él, claro, pero creo que hay otro modo de comprobar si John de verdad pintaba falsificaciones —dijo Nellie muy segura.

—¿Cómo? —preguntó Amelia interesada por la idea de su amiga.

—Podríamos ir a la universidad, sin embargo, antes

necesitaríamos una fotografía del cuadro para compararlo. Aunque no sé cómo, no han dejado que saque ningún catálogo del museo —se lamentó.

—Quizás yo pueda. Si se lo pido al señor Gardiner… —empezó a reflexionar y detuvo sus palabras—. No, no me lo dejaría. Tendré que hacerme con él por las malas.

—¿Vas a robarlo? —Nellie contuvo el aliento.

—Voy a cogerlo prestado —aclaró la joven—. Si lo hago yo, no tendré problemas. Puedes estar tranquila. Les diré que creía que podía llevármelo.

—Entonces, ¿vas a venir conmigo a Holloway?

—¿A dónde? —preguntó Amelia.

—La universidad de Holloway. Es donde estudié.

—Por supuesto. Estoy deseando hacer esa visita, no obstante, primero deberíamos hablar con Ernest Yust.

Nellie no se quedó mucho más tiempo, lo suficiente como para terminarse el té, así que no acordaron cuándo y cómo quedarían con Ernest Yust. Sí que decidieron marchar a Holloway en tren el viernes. Ambas se despidieron con un cosquilleo de emoción en la barriga.



En cuanto oyó cerrarse la puerta la señora Raines bajó las escaleras. Amelia se giró para encontrar la expresión interrogante de su madre.

—Hay avances en la investigación —dijo la chica.

—Cuéntamelo todo.

Lo hizo, pensando en que podría invitarla a sentarse con ellas la próxima vez. Su madre era tímida y le daba reparo imponer su presencia cuando su padre traía invitados. En el caso de las amigas de su hija, aunque pocas, no debería de haber ningún problema de ese tipo. Pensó que ahora que su madre estaba enterada de su pequeña investigación, podría acompañarla al museo, a Holloway o, de ser necesario, a ver a Ernest.

—¿Yo? No soy como tú, querida, no me atrevería. Y tú tampoco deberías. Tu padre se disgustaría mucho.

—No se lo cuentes.

—Se va a enterar —la advirtió la mujer—. Además, ¿no te da miedo hacer este viaje sola?

Amelia lo pensó un momento y luego dijo:

—¡Pues claro! Es aterrador y por eso también me resulta emocionante. —La señora Raines negó con la cabeza, no estaba convencida—. Además, no estaré sola, iré con Nellie. No nos pasará nada malo.

—Si estuvieras en peligro…

—Pero no lo estoy, todo esto es de lo más inocente. Solo intento ayudar.

—No me gusta la idea de que vayas a esa universidad.

—Es una universidad de mujeres. ¿Dónde iba a estar más a salvo?

—Si lo supiera tu padre, lo prohibiría. Por muy permisivo que sea contigo, eso es pasarse de la raya.

—Lo sé —respondió Amelia—. Por eso no vamos a contarle nada.

—Bueno —dijo la mujer, nerviosa—. Supongo que no te irá mal afianzar lazos con esa amiga casada tuya.

—¡Mamá!

—Piénsalo, a pesar de su situación, parece bastante libre, ¿no crees?

Amelia no le prestó ni un momento a ese pensamiento. No iba a esperar por más tiempo a seguir con su investigación. El viernes se acercaba a toda prisa y ella todavía tenía cosas por hacer. Tras la comida a solas con su madre, se despidió asegurándole que solo iría al museo a por el catálogo sin mencionar el detalle de que tenía la intención de robarlo.

Fue fácil. Se presentó y Helen la saludó sorprendida por su presencia.

—Creía que estaba enferma —le dijo con una sonrisa—. Me alegra que no sea así.

—Para nada —respondió Amelia—. Solo estaré lejos unos días, pero echaba de menos el museo y he pensado hacer una visita.

El señor Gardiner la miró por encima de sus gafas, ni siquiera saludó. Parecía algo enfadado y, sin embargo, no soltó prenda. Amelia se sentó delante de Helen que seguía trabajando, dándole vistazos de ver en cuando.

—Mi amiga Nellie vino ayer —dijo, intentando no poner demasiada intención en sus palabras y sonar casual—. Estuvo viendo unos catálogos, ¿verdad?

—¿Era una amistad? No nos dijo nada de eso.

—Es un poco reservada —dijo insegura.

Aunque la verdad era que apenas la conocía, Amelia solía crear lazos con rapidez que solían cortarse a la misma velocidad.

—Parecía buena persona.

—Lo es —volvió a intervenir.

Tras un silencio que Helen aprovechó para meter un par de archivos en una carpeta, Amelia volvió a hablar.

—Estuvo mirando catálogos —repitió—, ¿no es así?

—Sí, estaba muy interesada en los registros de las exposiciones temporales.

—Hizo estudios artísticos en la universidad.

—¿La universidad? ¡Vaya! —dijo Helen impresionada.

—Señorita Raines, deje de entretener a mi asistente, ella sí que trabaja esta semana —protestó el señor Gardiner.

—Ahora la dejo tranquila. Solo me gustaría ver las publicaciones que ojeó ella. ¿Dónde están?

Pronto, Amelia salió de la biblioteca con el catálogo correspondiente a una de las exposiciones temporales que había tenido lugar en el año 1865. Se marchó sin despedirse mientras el señor Gardiner y su compañera trabajaban y ninguno de los dos vio cómo se llevaba el ejemplar. Sonrió para sí cuando consiguió salir del museo sin que nadie la detuviera. ¿Por qué iban a hacerlo? Nadie sabía de lo que se trataba.

Volvió a Holborn andando con el catálogo quemándole en las manos. Deseaba llegar a casa para esconderlo. Debería de haber traído una bolsa de viaje tan grande como para ocultarlo durante su camino a casa. Pero en cuanto giró la última esquina se olvidó de la vergüenza por su pequeño hurto cuando reconoció al hombre que había frente a la puerta de su casa y su rostro enrojeció.

—Señorita Raines —dijo él mirándola con una sonrisa torcida.

—¡Señor Sands! —exclamó Amelia confusa—. ¿Se puede saber qué hace aquí?

Él se recolocó el sombrero sin dejar de mirar a la joven.

—Estos días no la he encontrado en el museo y se me ocurrió…

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? —preguntó molesta, mirando a lado y lado, por si entre el barullo de coches y caballos veía a algún conocido que pudiera malinterpretar la presencia de Ferdinand Sands.

—Soy periodista. Investigo y tengo mis métodos.

—¿Fue alguien del museo? —susurró la pregunta, como si alguien pudiera oír sus palabras sobre la algarabía del tráfico.

—No voy a desvelar mis fuentes, señorita —dijo el señor Sands consiguiendo que Amelia hiciera una mueca de contrariedad.

—Déjeme pasar y márchese.

—No he venido para nada —Sands no parecía dispuesto a moverse.

—Ya le dije que no sé nada del robo. No sé dónde está el Rembrandt.

—Según la policía, es imposible que los ladrones se llevaran el cuadro.

Ferdinand Sands se acercó a ella incomodándola. Amelia se apartó, molesta.

—Pues claro que se lo llevaron.

—Los guardias nocturnos los detuvieron antes de salir del museo —explicó el periodista—. ¿Dónde cree que pudieron esconderlo?

—¡No lo sé! —respondió Amelia exasperada—. Por favor, váyase.

—Verá, tengo la intuición de que sabe algo, señorita. Es más, creo que ha estado investigando y que ha descubierto la verdad, o parte de ella, y eso molestó a los peces gordos del museo, por eso hace tanto que no se le ve por allí.

—No hace tanto —replicó la chica—. Además, no sé nada.

Por supuesto, sí estaba enterada de quién era el pintor con el que debían de haber trabajado los ladrones. También era consciente de que, era muy probable que no fuera la primera vez que actuaban de ese modo. Pero no iba a decirlo, no ahora que estaba cerca de saber si había más obras del mismo copista.

—Empiezo a pensar que el cuadro falso lo puso ahí la organización de la galería o el propietario de la obra y que todos ustedes están dispuestos a esconder el engaño para proteger vaya usted a saber quién.

—Está tan lejos de la verdad… —dijo sin pensar Amelia. No quería ni siquiera considerar el punto de vista que él le presentaba. Tenía que haber otra explicación.

—Entonces usted la conoce.

—Váyase —volvió a decirle con voz autoritaria.

Ferdinand Sands hizo un gesto de rendición con las manos y se apartó a un lado para que pudiera pasar. Esta lo hizo con precaución,

sin fiarse de las intenciones del hombre.

—Ya sabe que puede llamarme cuando quiera —dijo el periodista —. Quizá cuando se le caiga la venda de los ojos, por fin quiera hablar o intentar silenciarme. Sea como sea, señorita, tendrá que verme.

Capítulo 7

El viernes llegó más despacio de lo que la impaciente Amelia hubiera querido. La señora Raines estaba nerviosa cuando salió esa mañana de casa, asegurando a su padre que se dirigía al museo y que iba a pasar todo el día ahí. Había prometido guardarle el secreto, aunque dudaba de que pudiera aguantar sin decirle una palabra al respecto.

Su madre estaba preocupada y asustada, nunca había hecho un viaje así y temía lo que podría pasarles a las chicas estando tan lejos de casa. Amelia, en cambio, se encontraba segura de sí misma y veía esa como una oportunidad de vivir una aventura. Creía que la compañía de Nellie era suficiente y ella estaba convencida de la seguridad del viaje que iba a hacer con la excusa de visitar a una antigua profesora y amiga.

La calesa paró ante la puerta de la casa de Nellie quien salió con un sencillo, pero bonito, conjunto azul marino a juego con el sombrero que lucía en su cabeza. Roger la despidió con un beso en la mejilla y le dijo que tuviera cuidado. Dado que había vivido en el campo antes de mudarse a Londres estaba más acostumbrada a recorrer distancias como la que separaba la ciudad de la universidad de Holloway.

La estación estaba tan cerca que podrían haber llegado a pie dando un paseo, sin embargo, Amelia no quería prescindir de las comodidades que podía permitirse. Como era habitual, había confiado en Sally para que se encargara de alquilar el transporte. De este modo, precedidas por tres caballos y un conductor, pasaron por el puente de Waterloo y se apearon.

El tren ya estaba en el andén cuando ambas llegaron con los billetes en mano y Amelia sintió un cosquilleo de emoción en el estómago al subir los escalones del vagón.

—No puedo creer lo que estoy haciendo —dijo Amelia que miraba por la ventana a la espera de que el tren se pusiera en marcha. Nellie sabía que para su amiga hacer algo así, a espaldas de su padre, suponía una aventura de lo más emocionante, por mucho que para ella fuera una visita de cortesía de lo más común.

—No tienes de qué preocuparte —dijo, aunque no parecía que su amiga necesitara que la tranquilizaran—. La señorita Jones vendrá a buscarnos a la estación y de ahí podemos ir a la universidad dando un paseo.

La chica estuvo de acuerdo.

—Todavía no puedo creer que seas universitaria.

—Lo fui. En cuanto supe que existía, empecé a soñar con acudir y estudiar Letras.

El tren no se había puesto en marcha aún, pero ella ya tenía la mirada perdida más allá del cristal.

—Y cumpliste tus sueños.

—Sí… —dijo tras un suspiro.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada por la actitud de su amiga.

—Nada —Nellie negó con la cabeza, sin embargo, Amelia insistió —. Lo echo de menos —dijo al fin.

—¿A John? —Puso la mano sobre la de su amiga cuando vio que sus ojos se humedecieron. Esta se giró hacia ella justo en el momento en el que se pusieron en movimiento.

—También, pero me refería a mi tiempo en la universidad.

—Ah.

—Antes vivía en Berkshire, a las afueras de Reading.

—¿Vivías en el campo? —preguntó interesada.

—Sí, me mudé a Londres cuando me casé, después de que John fuera expulsado de la universidad y yo volviera a casa de mis padres.

—Tu vida es apasionante —dijo sin atisbo de burla.

—Para nada —respondió Nellie—. Antes de conocer a John, mi intención era quedarme en Holloway, estudiar un posgrado y ser profesora ahí.

Un pensamiento ensombreció el semblante de Nellie.

—¿Querías casarte con John? —preguntó Amelia que leía el pesar en el rostro de su amiga.

—Acababa de enviudar, era mi profesor y mucho mayor que yo. Nada propiciaba nuestra relación y no me dejaron volver a verlo ni comunicarme con él ya de vuelta en casa. No supe de él hasta que lo vi en la galería.

—Pero justo antes encontraste a tu marido. ¿Te arrepientes?

Para entonces, las lágrimas de Nellie bajaban por sus mejillas y Amelia sacó un pañuelo para que pudiera secárselas.

—Quiero a Roger, no puedo decir que mi vida vaya a ser mejor con él o que no fuera peor con John. No creo que ninguna de las opciones fuera preferible. Ambas podrían haber sido mi vida, al final hice lo que me dijeron que era lo debido y por eso nunca sabré qué pudo ocurrir si me hubiera fugado con John.

Se quedaron en silencio. Ninguna de las dos sabía cómo animar a la otra o a sí misma. No podían tenerlo todo, nadie podía y, aun así, sabían que tenían suerte de poder elegir, de ser capaces de vivir sin el miedo de caer en el abismo de la incertidumbre y en la pobreza. Eran afortunadas, sin embargo, las dos sabían que no era suficiente. Querían más y quizá por eso estaban rebelándose contra lo que debía hacer una mujer en sus circunstancias durante este pequeño viaje. Nellie volvía a visitar su anhelado pasado y, por su parte, Amelia se soltaba de las riendas que la ataban a la protección de su hogar y su familia con la ansiedad que trae la libertad.

Tardaron más de una hora en llegar a su destino, aunque según Nellie el tren no solía ser tan lento. Amelia la creyó, ya que ella no tenía mucha experiencia viajando en ese medio de transporte.

La señorita Jones estaba en la estación, tal como había prometido, junto a un coche de caballos que sorprendió a Nellie.

—Podríamos haber ido a pie —dijo ella tras agradecer el gesto.

—No podía dejar que os mancharais los zapatos de barro. Ayer llovió bastante y los caminos están hechos un desastre.

—Gracias por la consideración —dijo la otra.

Mientras Nellie las presentaba, Amelia observó a la señorita Jones, una mujer que no debía ser mucho mayor que su amiga y que vestía con sencillez; con una falda de color negro de lo más aburrida y una camisa blanca de cuello alto que podía ver bajo un abrigo marrón.

Amelia estuvo pendiente de la mujer y de Nellie en lugar de prestar atención al paisaje y, por eso, cuando atisbó el edificio de la universidad, ya estaban bastante cerca. Se inclinó hacia delante, impresionada. Parecía una fortaleza de color terracota con pináculos. Se dijo que no podía estar segura de que no estuviera viendo un verdadero castillo de otra época. Tendría que creer a su anfitriona, quien aseguraba que el promotor de la institución todavía vivía.

Entraron en los terrenos de la universidad con el coche de caballos que las dejó justo delante de un arco de entrada, entonces Amelia apreció el blanco del mármol situado en ventanas y balaustradas. De cerca pudo percibir que el imponente edificio estaba construido con ladrillos que eran los que daban un aspecto anaranjado al conjunto.

Aquella entrada desembocaba en un enorme patio interior al que llegó con la boca abierta. Era cuadrangular y cuatro caminos dispuestos en forma de cruz dividían los amplios parterres de hierba. Avanzó por uno de ellos, ajedrezado de blanco y terracota, y se dirigió al centro, ignorando a su amiga y a la profesora. Alzó la cabeza y se protegió los ojos del sol con una mano para poder ver la escultura de mármol que ocupaba el centro del espacioso patio. Thomas Holloway, el fundador de la universidad, era representado posando una mano sobre el hombro de una joven estudiante en actitud protectora.

—Esto es precioso —pudo decir Amelia dándose la vuelta para encontrar a sus acompañantes.

Agradecía el cielo despejado que, con aquel sol tímido y típico de finales de otoño, les daba la bienvenida. Por un momento se olvidó de

que se encontraban ahí con un propósito y se permitió disfrutar del día, de la brisa, de la arquitectura y de la compañía de las dos mujeres que se ponían al día de sus vidas en tono alegre. Le gustaba ver sonreír a Nellie.

Pronto estuvieron en el salón privado del que la señorita Jones disfrutaba en ese edificio. Según la profesora, incluso las alumnas disponían de una cámara de semejantes características, además de su dormitorio privado. Se sentaron y la mujer les sirvió el té sin dejar de hablar. De vez en cuando lanzaba alguna pregunta a Amelia, que respondía sin reservas. De este modo, las jóvenes se conocieron un poco más, sorprendidas por algunas de las palabras que pronunciaban en respuesta a la curiosa profesora. No parecía que lo distendido del ambiente fuera a espesarse, pero entonces la señorita Jones preguntó por Roger.

—Sí, nos mudamos a Londres. Es profesor en una escuela pública.

—Nunca hubiera imaginado que terminarías casándote con un profesor. —La mujer no parecía ser consciente de cómo afectaron sus palabras a Nellie, quien se echó hacia atrás y cruzó los brazos—. Claro que en aquel entonces, tus gustos no eran muy distintos.

Soltó una risilla a la que Nellie respondió con una sonrisa incómoda. Amelia no iba a permitir que siguiera avergonzándola.

—¿Y usted? ¿No va a casarse? ¿O acaso su profesión está reñida con el matrimonio?

La señorita Jones se quedó perpleja y ella aprovechó para trasladar la conversación a los asuntos que las habían traído hasta allí, poniendo una mano sobre el brazo de Nellie.

—Estoy deseando ver la galería del señor Holloway y si lo que dicen de ella es cierto.

Habían acordado no revelar nada respecto a sus intenciones en la galería de la universidad, aunque la profesora sabía que ambas habían ido expresamente para ver la colección de arte.

—El señor Holloway estaría encantado de saber la fama que tiene su galería. Dicen que quieren ver un cuadro en concreto. ¿De cuál se

trata? —preguntó la señorita Jones.

—*Los dos príncipes en la torre de Londres*, de Millais —respondió Nellie.

—No me extraña que sea el cuadro que vienen a ver. Millais es el pintor más famoso de la colección y ese cuadro la estrella de la galería.

—Tengo curiosidad —dijo Amelia—. Me encanta Millais y he visto muchas de sus obras en Londres, sin embargo, jamás había oído hablar de esta.

—Es una pintura preciosa, ya verás —le dijo Nellie.

—El tema te rompe el corazón —reflexionó la señorita Jones en voz alta—. El miedo y la valentía se reflejan en los rostros de los dos niños.

—Estoy deseando verlo —dijo Amelia, impaciente por terminar con la cortesía y pasar a la visita a la obra.

La señorita Jones las guio por los pasillos del edificio y bajaron las escaleras hasta la galería de arte, donde los cuadros enmarcados en dorado abarrotaban las paredes, colgados los unos sobre los otros. Amelia tuvo que tomarse tiempo para observar a su alrededor. Hubiera querido buscar la obra de los dos príncipes nada más llegar, pero la belleza que la rodeaba la hizo detenerse ante más de un cuadro.

—Es una colección magnífica, ¿verdad? —dijo la señorita Jones.

—Lo es —respondió Amelia—. Debe de haber costado mucho reunirla.

—El señor Holloway consigue todas sus obras en Christie’s. La galería existe prácticamente desde que la universidad abrió sus puertas.

—Y aquí está el cuadro de Millais —dijo Nellie, que se había dirigido a él sin dudar.

Amelia se giró y fue hasta su amiga. Observó el cuadro recreándose en la belleza de los trazos y los sentimientos que conseguían transmitir las expresiones en los rostros de los dos jóvenes

príncipes. Tardó en recordar por qué estaban ahí y entonces miró la pintura de forma distinta, intentando rememorar la imagen del catálogo que llevaba en la bolsa. De memoria no podía identificar las diferencias. Se pasaron largo rato delante, no podían hacer más que observarla e intentar encontrar alguna pista que les indicara que era falsa. La señorita Jones terminó por alejarse, contemplando otros cuadros, y cuando Amelia estaba a punto de sacar la fotografía, se dio cuenta de que Nellie le hacía señas y se acercó un poco más a ella para poder hablar en susurros.

—¿Qué quieres?

—Estoy casi segura de que se trata de un cuadro de John, pero tengo que ver la obra por detrás. No puedo hacerlo con la profesora por aquí.

A Amelia se le ocurrió algo antes de que Nellie pudiera proponerle una solución.

—Déjamelo a mí.

Nellie asintió y mientras esta se quedaba ante *Los dos príncipes en la torre de Londres*, Amelia se acercó a la señorita Jones fingiendo timidez.

—Perdone, podría indicarme dónde está el baño.

—Por supuesto. Si sale por esa puerta y sigue el pasillo lo encontrará —dijo indicándole con gestos exagerados.

—Disculpe, ¿podría acompañarme? Tengo tendencia a perderme —mintió y se salió con la suya.

Se fueron de la galería dejando a Nellie atrás. Esta las vio desaparecer por el rabillo del ojo y no perdió ni un segundo. Pronto se abalanzó sobre el cuadro y lo inclinó hacia delante, separándolo de la pared. Se metió en el hueco y observó la parte posterior de la obra en busca de pistas: alguna etiqueta o sello, una marca; algo que lo distinguiera como original de Millais, pero no vio nada.

Debería haberlo sabido. Ni el bastidor ni la tela podían darle pistas porque se trataba de un cuadro muy reciente con algo más de diez años. Por supuesto que la tela era moderna y la madera seguía en

buen estado.

Salió de detrás del cuadro y lo dejó como estaba para volver a contemplarlo, debía confiar en sí misma, en su capacidad de reconocer a John por sus trazos, como lo había hecho ante el falso Rembrandt. En este caso, el aceite había diluido más la pintura, a pesar de eso las pinceladas libres mostraban esa desviación que caracterizaba a su John. Nellie se quedó mirando la obra y se le saltaron las lágrimas. No solo porque fuera el lugar en el que había estado tantas veces a solas con John, sino por su impronta en el lienzo. Además, esa era la prueba que necesitaba. Lo había pintado él. No tenía duda.

Cuando Amelia volvió, Nellie asintió con la cabeza. Esta entendió el mensaje y volvió a su lado junto con la señorita Jones.

—Veo que estabais muy interesadas en este cuadro. Prácticamente, habéis ignorado el resto de la colección —la profesora rio.

Las otras dos sonrieron y fue Amelia quien se decidió a hablar de la instantánea que llevaba en el bolso al tiempo que la sacaba.

—Tengo esta imagen de la obra —dijo enseñándosela a la señorita Jones—. El cuadro pasó hace unos años por el museo de mi tío y allí la fotografiaron.

—Es muy buena. Lástima que no se aprecie el color ni la textura.

Amelia asintió y le pasó a Nellie el papel para que sus ojos, mucho más expertos, compararan ambas imágenes. La señorita Jones ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía su antigua alumna, ya que Amelia la entretuvo hasta que ya no hubo más cuadros de los que hablar ni chismes e historias que contar. Cuando salieron de allí, aseguraron que debían irse. La visita fue corta, pero no podían permitirse llegar muy tarde a casa; en especial Amelia, quien había ocultado a su padre su pequeña aventura. Los movimientos de la joven eran rápidos y nerviosos. Necesitaba comentar sus pesquisas. Nellie tuvo que detenerla poniéndole una mano en el brazo y dedicándole una mirada de advertencia.

No fue hasta que el coche de caballos las dejó en la estación, que

la señorita Jones no se despidió de ellas. Lo hizo con un abrazo a Nellie y un apretón de manos que sorprendió a Amelia.

Cuando por fin estuvieron solas, el silencio se rompió. Impaciente, Amelia preguntó preocupada:

—¿Has podido ver algo en el cuadro?

Nellie sonrió, cogiendo por sorpresa a Amelia que pensaba que todos sus esfuerzos habían sido en vano. El cuadro era falso, pero estaba muy bien copiado.

—Por atrás es como cualquier otra obra moderna, aunque he podido detectar las señales de que John lo creó en el anverso.

Amelia aplaudió a pesar de que las palabras de su amiga implicaban que tenían razón.

—Además, hay un brillo en el colgante de uno de los príncipes que es diferente en la fotografía del catálogo. Es distinto. Lo que hemos visto hoy es una falsificación. Estoy segura.

—Entonces, ¿quieres decir que el señor Holloway prestó el verdadero a la Whitergold, le hicieron una fotografía para el catálogo y después, John copió el cuadro, los ladrones lo robaron y dejaron el cuadro falso en su lugar hasta que finalmente volvió a la pared de la universidad?

—Más o menos. ¿No te das cuenta de que algo falla?

—¿Cómo?

—No estoy segura de que lo robaran unos ladrones comunes —confesó Nellie—. ¿Y si el museo hubiera contratado al copista, a John, para dar el cambiazo con no una, sino varias obras?

—¡Baja la voz! —pidió Amelia acercándose más a su amiga—. ¿Para qué iba a hacer eso mi tío? —prosiguió; empezaba a sentirse contrariada por las sospechas de su amiga.

—No lo sé, pero según el hijo de John, el museo pidió la copia del Rembrandt.

—Eso solo es una casualidad. Seguro que el señor Yust se equivoca. Fueron los ladrones. Tenemos que acudir a la policía para decirles que no han robado un solo cuadro. Si no, por lo menos, un

par.

A pesar de que Nellie todavía no estaba convencida, no dijo nada. Las dos subieron al tren con una sensación de haber hecho un buen trabajo y a la vez sabían que no era suficiente. La locomotora se puso en marcha y pasaron su viaje en silencio, reflexionando para sí sobre lo que habían descubierto y lo que significaba para cada una.

Capítulo 8

El señor Raines no era de los que gritaban, por eso le dedicó una mirada reprobatoria a Amelia en cuanto entró por la puerta.

—¿Dónde has estado? —preguntó en un tono que no admitía, sino exigía, una respuesta larga y detallada.

La señora Raines se encontraba detrás con mirada preocupada. Amelia se preparó para mentir, pero su madre parecía querer decirle con su alarmado silencio que no lo hiciera.

—Te dije que estaría en el museo —respondió en su lugar, de ese modo no mentía ni revelaba la verdad y tanteaba lo que sabía él en realidad.

—Eso me ha dicho tu madre también.

El hombre dejó que el silencio volviera a extenderse entre ellos, esperando una explicación por parte de su hija. Ni ella ni su madre hablaron. Fue el señor Raines quien cortó el silencio con una pregunta inquisitiva:

—¿Crees que si llamo al museo van a confirmar que has estado ahí todo el día? ¿Hasta después de la hora de cierre?

Amelia pensaba con los labios apretados y la mandíbula en tensión, cerrando los puños porque sabía que la habían pillado.

—¿Dónde has estado? —insistió el hombre con voz grave.

Ella empezó a asustarse, nunca había visto tanta dureza en la mirada de su padre.

—He salido de la ciudad —confesó entonces.

El hombre se giró hacia su esposa.

—Tú lo sabías. —No era una pregunta—. Y me lo has ocultado.

—Le pedí a mamá que guardara el secreto —dijo Amelia

dirigiéndose a él—. No es su culpa.

Quería explicarse, pero su padre no quería saber por qué le había mentido ni lo que había hecho durante ese día.

—Jovencita, eres lo bastante mayor para saber que cada cual carga con las consecuencias de sus actos. Tú has tomado tus decisiones y tu madre ha tomado las suyas.

Hablaba con los ojos puestos en su esposa y una mirada de resentimiento.

—No ha hecho nada malo —replicó la joven.

—Eso lo decidiré yo —respondió su padre—. Ahora quiero que te marches a tu habitación. Hoy no cenarás y mañana espero que bajes esas escaleras con una disculpa.

No quería escuchar, solo castigarla por ocultarle sus intenciones.

—Ya no soy una niña.

—Si sigues comportándote como una, yo continuaré tratándote como si lo fueras. ¡Por Dios! ¡Tendrías que estar buscando marido, no viajar por tus propios medios, sola y sin permiso! Debería hablar con la tía Victoria, sin duda.

Amelia cogió aire y lo retuvo en la boca como una cría que se niega a respirar, pero rápidamente lo soltó y profirió una queja por lo bajo.

Odiaba.

Odiaba.

Odiaba que mencionara a la tía Victoria. El campo. El exilio.

No le quedaban ya ganas de responder; estaba tan cansada por el viaje que ni siquiera podría explicar a su padre sus motivaciones. Y, como una adolescente rebelde, tuvo que retirarse a su habitación para reflexionar sobre lo que había hecho.



Nellie hizo el camino a pie hasta Saint Pancras. Todavía no había oscurecido y no estaba tan cansada como su amiga después del día de

aventura y revelaciones.

Cuando llegó a casa, su suegra la estaba esperando y abrió la puerta antes de que tuviera tiempo de hacerlo ella misma. La sorpresa quedó relegada al miedo cuando la mujer la agarró con fuerza del brazo y tiró de ella hacia el interior.

La joven buscó con la mirada a su marido, esperando que estuviera ahí para detener a su madre, sin embargo, como cada vez que la señora Vance la trataba de ese modo, no había ni rastro de Roger.

—¿Se puede saber dónde te has metido todo el día? —preguntó la mujer con rabia.

—He ido a hacer una visita —respondió Nellie que no tenía nada que esconder—. Se lo he dicho a Roger, ¿no se lo ha comunicado él a usted?

Soltó su brazo, pero la huella de los dedos huesudos de su suegra persistía.

—Mi hijo ya me ha comentado que has salido de la ciudad —dijo ella—. ¡Pobre hijo mío! Tener que aguantar a una mujer que actúa con tanta ligereza.

—A él no le ha parecido mal y no me he comportado de forma reprobable.

—Fuiste sola en tren a tu antigua universidad —dijo como si cada palabra significara la acción de un pecado imperdonable.

—No he ido sola —fue lo único que se atrevió a replicar—. ¿Dónde está Roger?

—Tu marido —dijo la mujer, poniendo énfasis en la última palabra— todavía está en la escuela, trabajando para mantener a una desagradecida como tú.

Nellie no podía creer que le estuviera dedicando estas palabras aprovechando que su hijo no estaba en casa y se indignó; no estaba dispuesta a dejarse acobardar. Se creía capaz de sobreponerse a su propia timidez y sumisión, a pesar de ello no contó con el último gesto de su suegra quién levantó la mano y la estampó en su rostro.

Se cubrió la cara con los ojos húmedos. El pulso le sonaba en los tímpanos, no oía nada más, ni siquiera las palabras de la mujer que volvía a reprenderla. Tenía la boca abierta por la sorpresa, aunque se sintió incapaz de pronunciar una palabra más. Dio un paso atrás para escapar de la agresora que seguía hablando como si Nellie todavía fuera capaz de escucharla.

No pudo recobrarse y subió las escaleras para encerrarse en la habitación que compartía con su marido. Durante unos minutos deseó que Roger llegara pronto para poder decirle lo que había pasado y refugiarse en sus brazos. Pero el tiempo pasó y no oía la puerta de entrada abrirse. Los minutos se sucedían y cada vez se sentía más avergonzada por lo que había ocurrido. ¿Cómo se había dejado poner en ridículo de ese modo? Se imaginaba explicándole a su marido, sin embargo, empezó a encontrarse absurda en sus quejas y acusaciones. Se sentía como una niña pequeña y no quería que la viera así. Por eso, cuando al fin oyó cómo llegaba a casa, ya se había convencido a sí misma de guardar silencio y esperar que su suegra no mencionara la discusión y la bofetada que había recibido de su parte. Con suerte, ambas serían discretas y Roger nunca sabría lo débil que en realidad era.



El lunes se presentaba igual que el resto de días de castigo para Amelia. Ahora, además de estar limitada por su tío, se sentía presa por

su padre. No esperaba que nada rompiera la quietud en la que estaba sumida por imposición, por eso la carta de Ernest Yust la cogió por sorpresa. No se imaginaba qué podía querer, así que tomó el sobre de manos de Sally con curiosidad. Esperaba que su padre no se enterara de que recibía correspondencia de hombres y se alegraba de que Sally no pensara que el señor podría molestarse. Lo abrió e hizo una lectura rápida para después repasar cada renglón.

«Señorita Raines,

Necesito verla. Me gustaría hablar con usted sobre lo que está sucediendo en la galería Whitergold. Me pareció que tenía información de primera mano acerca de este tema.

Debo hablarle de una carta anónima que recibí anoche. Es una amenaza de muerte para que deje de investigar sobre las obras de mi padre y quién las encargó. Estoy convencido de que quien la envió trabaja para el museo. Por eso es de importancia que nos reunamos.

Respóndame con una hora y lugar, y allí estaré».

A Amelia le hubiera gustado replicar y decirle que era imposible que alguien en la galería estuviera implicado. Todavía se resistía a la idea y estaba convencida de que tenía que haber otra explicación. Sacudió la cabeza, moviéndola rápidamente de un lado a otro para apartar esos pensamientos. No contaba con que a Ernest le faltaba parte de la información. A su parecer, él no sabía que había más cuadros que habían sido copiados y reemplazados. Cuando ella se lo contara, era posible que cambiara de idea. Reflexionó y se dio cuenta de que el estudiante ya le había dicho todo lo que podía por carta. Había llegado el momento de verse las caras. Así que, después de convenir el parque de Lions Square en el que había visto a Sands como punto de reunión, le envió una carta a Nellie. Citó las palabras de Ernest Yust y cómo había respondido ella. Invitó a su amiga a acudir también al encuentro y esta aceptó de forma escueta, como si hubiera escrito su misiva con prisas.

Capítulo 9

«Señor Yust,
Esta carta es una advertencia. Ha estado hurgando en asuntos que no le convienen y hay personas a las que ha molestado con esta actitud. Por lo que le insto a que abandone sus pesquisas y no vuelva a hablar con nadie de asuntos que solo conciernen a personas ajenas a usted. Recuerde lo que le sucedió a su padre. La tragedia podría repetirse de nuevo con una nueva víctima.
No habrá más advertencias».

Ernest Yust estaba en pie, delante del banco en que se sentaban las damas. Amelia tenía la amenaza de muerte en sus manos. El papel era de buena calidad y venía en un sobre amarillo sin ninguna referencia. Se la pasó a Nellie para que también la leyera.

Ernest encontró la carta en el buzón dos días atrás y se sorprendió al leerla. Hasta el momento había creído que la muerte de su padre podría haber sido un incidente casual, como tantos otros asesinatos con robo en Londres, pero ahora empezaba a cuestionárselo seriamente. La nota no dejaba mucho lugar a la interpretación.

—¿Ha acudido a la policía? —preguntó Nellie alarmada por el contenido de la nota y devolviéndosela a Ernest.

—Sí. Se rieron de mí por considerar esto una amenaza de muerte. Además, no hay manera de identificar al remitente. Lo único que puedo hacer ahora es dejar la investigación. Por eso quería verla. —Se dirigió a Amelia—. A usted no la amenazarán porque la conocen.

—Está otra vez suponiendo que mi tío está implicado en esto —Amelia estaba a la defensiva, con los brazos cruzados y una expresión de desconfianza.

—¿Quién más podría ser?

—Los ladrones que trabajaban con su padre —respondió Amelia, no tan segura de sí misma como hubiera querido.

Ernest miró a Amelia con los ojos entrecerrados, cualquiera diría que capaz de echársele encima.

—Antes de llegar a una conclusión, deberíamos enseñarle esta nota a Ferdinand Sands, el periodista que se puso en contacto con Amelia —interrumpió la conversación Nellie. No quería pensar que John tuviera un papel protagonista, que representara el de víctima ya era lo suficientemente doloroso—. Él sabrá qué hacer.

—¿Un periodista?

—Trabaja para *The Daily Telegraph*. Escribió ese horrible artículo que alertó de que el cuadro que les requisó la policía a los ladrones era falso —explicó Amelia.

Se levantó y sacó una tarjeta de su bolsa, la que le había dado el señor Sands cuando se habían conocido.

—La verdad es que no quiero tener nada que ver con él, pero sabe cómo ponerse en contacto con los ladrones que están en la cárcel y quizá sacaría algo en claro de esa nota.

Ernest alargó la mano para recibir la tarjeta. La miró interesado y la sostuvo, deseando quedarse con ella. Durante unos minutos, el hombre escuchó comentar a las jóvenes si era conveniente o no hablar con el periodista. Él ya sabía que concluirían con un no, así que no se apresuró a hablar, solo lo hizo cuando entendió que tenía toda la atención de las dos mujeres.

—Quería verlas para enseñarles la amenaza que he recibido, pero también para que oyeran cuál es mi teoría. He estado investigando bastante sobre una corriente académica que se ha extendido en las últimas décadas y de la que el señor Whitergold es defensor desde hace unos años.

—¿De qué está hablando? —preguntó Amelia que no sabía si le gustaba el camino que estaba tomando la conversación—. ¿Por qué nombra ahora al dueño del museo?

Complacido con la atención que le dedicaban, Ernest se inclinó hacia delante, aprovechó para guardar la tarjeta en el bolsillo interior de su abrigo. Tenía mucho que contar y tenía que asegurarse que le dejarían explicarse.

—Porque creo que es el culpable de todo lo que ha estado pasando.

—Si ha venido a…

—He venido para decirle la verdad sobre lo que está ocurriendo. No puede acusarme de haberle dicho ni una sola mentira.

Amelia enderezó la espalda y se alisó la falda. No quería marcharse, no aún; necesitaba saber, aunque eso significara escuchar afirmaciones que no le gustaran. Ernest tenía razón, se había mostrado sincero con ellas, mostrándoles la amenaza que había recibido sin reservas.

—Si me permiten que les explique la corriente de la que hablo, entenderán por qué creo que tiene relación con el caso.

Amelia miró a Nellie quien asintió a su silenciosa pregunta, luego se volvió hacia el señor Yust y dijo:

—Adelante.

Yust no empezó de inmediato; pasó su peso de una pierna a otra, preparándose para ser escuchado.

—Se trata de una idea que nació de la academia, de un grupo de jóvenes implicados tanto en las artes como en la ciencia y que estudian el deterioro de las obras de arte. El paso del tiempo daña de forma irreversible las obras y estos estudiantes empezaron a plantearse cómo evitarlo. Pronto llegaron a la conclusión de que lo que más afectaba a las obras en un entorno donde ya se regulaba la humedad era la luz y que, por tanto, la mejor manera de conservar las obras de arte era guardándolas en un ambiente oscuro.

—Es evidente que el mejor modo de proteger una pintura es mantenerla oculta, pero ¿así cómo iban a verla los visitantes? —preguntó Amelia.

—Esta corriente puso énfasis en que es mucho más importante la

pervivencia de las obras de arte que su exposición en museos.

—¿Qué quiere decir? —Nellie parecía confusa—. ¿Que decidieron que es ético guardar las obras de arte para unos pocos?

—O para nadie —respondió Ernest—. Abrieron el debate conservación vs. acceso.

—Eso no tiene sentido. ¿Para qué vas a proteger algo que no puede verse? —Amelia parecía ofendida.

—Para ellos, la conservación de estas joyas es mucho más importante que su función en la sociedad. Pero como esta es exigente, optaron por dar una solución que contentara a los visitantes. Esta solución sería mostrar copias de las obras de arte en exposición. Según defiende esta corriente, los visitantes no pueden notar la diferencia a no ser que se les diga.

—¿Cree que están haciendo eso en la galería Whitergold?

Las implicaciones de lo que Ernest Yust les estaba explicando iban más allá de lo que Amelia estaba dispuesta a creer, pero no distaba mucho de lo que Nellie pensaba. El museo sería culpable de un fraude que iba más allá de toda duda. Ambas se miraron antes de recibir la respuesta.

—Sé que lo han hecho al menos con una pintura y puede que haya más que mi padre se encargó de pintar.

—Pero usted no tiene pruebas —corrió a decir Amelia que no quería abandonar su postura.

—Encontré un artículo del señor Whitergold de cuando era joven. He investigado mucho y ahora sé que él fue una de las primeras mentes tras este pensamiento. En un artículo suyo pude comprobar cómo defendía la total oscuridad como cobijo de las obras más importantes de la humanidad para evitar su deterioro.

Amelia negaba con la cabeza para nada convencida y Nellie, mirándola, esperaba a que dijera algo.

—Todo lo que les he dicho es cierto y pueden comprobarlo.

—¿Está usted insinuando que el museo está robando obras de arte para guardarlas en la oscuridad en sus almacenes? ¡Eso es ridículo!

—Hay personas capaces de cualquier cosa por defender sus ideas, señorita.

Amelia volvió a negar con la cabeza.

—Sigo pensando que no tiene sentido.

Ernest miró a Nellie esperando que se pronunciara, pero la chica no lo hizo, solo desvió la mirada. Amelia había querido decirle a Ernest que había por lo menos otro cuadro que había sido reemplazado, pero se mantuvo en silencio. Sin duda, el señor Yust iba a malinterpretarlo y fortalecería su teoría de que el museo se estaba haciendo con una colección selecta de obras ajenas.La actitud de Amelia no permitió que siguieran la conversación.

—No estoy aquí para que me cuestionen, así que, señoritas. No hay más que hablar.

Ernest Yust se levantó con la tarjeta que hábilmente había guardado en el bolsillo, sin que se la pidieran, pero todavía se sintió rechazado.

Nellie se puso en pie y no volvió a tomar asiento ni cuando el hombre abandonó el parque.

—¡Estoy cansada de las acusaciones! —exclamó Amelia volviéndose hacia su amiga—. ¿Estás bien? —le preguntó al verla con la vista fija en el suelo.

—Amelia…

—Dime —dijo cruzándose de brazos, como si supiera lo que iba a decirle.

—Creo que el hijo de John tiene razón —dijo sin mirar a su amiga por miedo a su reacción—. Cada vez hay más pruebas que apuntan a que es el museo el que está reemplazando esos cuadros.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó Amelia sintiéndose traicionada.

—El señor Whitergold escribió en su juventud sobre mantener obras de arte ocultas al público y ahora pasa esto en la galería. De hecho, puede que haga mucho que esté ocurriendo.

—Mi tío nunca haría algo así. Es engañar al público —aseguró

Amelia.

—Quizá ni siquiera lo sabe —sopesó Nellie.

—Mi tío lo sabe todo sobre el museo —defendió Amelia molesta.

Ambas compartieron un silencio incómodo que hizo plantearse a Nellie marcharse, pero no quería dejar a medias una discusión que podía enquistarse y envenenar su amistad.

—Hay algo que podemos hacer —empezó a hablar con cautela—. Podemos mirar en los almacenes del museo, buscar esas obras.

—No sé cómo podríamos encontrar los cuadros ahí, sería como buscar una aguja en un pajar —replicó Amelia.

—Se trata de obras especiales que alguien ha querido preservar de la luz, estarán en algún sitio donde la humedad propia de los sótanos no pueda llegar.

Amelia lo pensó.

—Hay algunos almacenes bien acondicionados, pero ahí cualquiera podría verlos —razonó Amelia—. Sería imposible. Si los cuadros se encontraran en el museo, alguien se habría dado cuenta.

—¿Y podrían estar ocultos en los despachos?

Amelia no respondió. No quería dar la razón a Nellie, aunque era cierto que había un despacho donde nadie entraba. El del señor Whitergold.

Cuando se despidieron, Amelia estaba agotada de la conversación. Poco a poco empezó a darse cuenta de lo sola que estaba. No tenía amigos, siempre se había contentado con las visitas de supuestas amistades de la familia y ahora que había forjado una conexión con Nellie esta se ponía en su contra. Y lo peor era que quizá tenía razón.



A la mañana siguiente, Amelia se dio cuenta que nunca había recuperado la tarjeta del periodista. Se la había llevado Ernest Yust. Un temor empezó a comerla por dentro. ¿Y si el periodista y Ernest se aliaban y se dedicaban a difamar a su tío y a la galería? No pudo ahuyentar el nerviosismo cuando pensó en las horas que pasarían hasta que el estudiante recibiera una carta suya. Se marchó al museo acompañada de ese malestar entre sus costillas.

La mayoría de trabajadores no se habían dado cuenta de la semana que se había ausentado de su trabajo. Cecil se presentó en la biblioteca tras oír los rumores sobre la vuelta de la joven y la saludó con un tímido «buenos días, señorita Raines».

Amelia se alegró de verlo, era precisamente con quien quería hablar; pero no era momento.

—Ambos tenemos que trabajar —dijo Amelia mostrando un sentido de la responsabilidad que apenas sentía—. Pero luego necesito que me acompañes a un sitio.

—Claro —dijo dubitativo Cecil.

—Prométeme que volverás a la hora de la comida.

Cecil lo pensó un momento mirando a un lado y Amelia se atrevió a interrumpir sus pensamientos:

—Por favor.

No era del todo necesario ir con el chico, pero pensó que, aunque la conociera todo el personal, llamaría menos la atención con Cecil a su lado; además, no le vendría mal otro par de ojos para lo que se proponía.

Ya casi era la hora convenida cuando distinguió el uniforme de Cecil tras la puerta entornada de la biblioteca. Inquieta, miró el reloj. Quedaban diez minutos. Al principio no sabía si sería capaz de vencer los nervios de la expectación, pero Helen la distrajo con una pregunta relativa a un archivo perdido y, mientras resolvía sus dudas, el tiempo pasó muy rápido. Cuando el las manecillas marcaron la hora en punto, Amelia ni siquiera se dio cuenta. Fue Helen la que le llamó la atención sobre el vigilante de seguridad que estaba mirándolas desde la puerta.

Cecil sonrió cuando Amelia salió del archivo y la saludó con un gesto.

—Señorita Raines.

—Cecil, gracias por esperarme.

—Debo decirle algo.

—¿Qué ocurre?

—No he querido pronunciarme antes, pero yo no hago una pausa para la comida. —Amelia abrió los ojos con sorpresa, aunque antes de que pudiera decirle a Cecil que podía volver a su puesto de trabajo, este la tranquilizó—. No hay ningún problema. Creo que ayudar a la sobrina del director puede considerarse parte del trabajo. Si me necesita, no hace falta que esté recorriendo las galerías a una hora en la que apenas hay visitantes.

—Si yo me marchara así de mi puesto…

—No ocurriría nada —la interrumpió Cecil con una sonrisa—. Lo ha hecho más de una vez.

Amelia se rio por la falta de delicadeza del chico.

—Tiene razón.

—Y entonces, ¿a dónde debo acompañarla?

Bajaron las escaleras sin miedo a que los vieran acudir a los sótanos del museo. Todos conocían a Amelia y la mayoría a Cecil, por lo que no les pareció extraño que accedieran a los almacenes.

—Señorita Raines, me gustaría hablarle de la carta que le envié. Espero que no la considerara como una invasión a su intimidad. —Tenía la vista fija en el suelo y ella temió que pudiera chocarse con algo.

Amelia, que no le había dado importancia y apenas recordaba la misiva que su padre había interceptado, le habló como si sintiera profundamente no haberle respondido:

—Lo siento, Cecil. Mi padre se puso furioso en exceso al leerla y la destruyó. No pude responder a unas palabras que no he leído. —Amelia sonrió, esperando que el chico se sintiera mejor si le ocultaba información y Cecil asintió. Parecía conforme y ella se enorgulleció de

su habilidad de palabra—. ¿Qué contenía esa carta?

—Solo le decía que me había enterado del castigo impuesto por su tío. —Cecil sonaba titubeante—. Quería mostrarle mi apoyo, ir a verla a su casa, de ser posible.

Cuando Cecil pronunció las últimas palabras la conversación se apagó, ambos ya habían entrado en el primer almacén. Los cuadros se guardaban en enormes estanterías en un orden cuestionable. Amelia torció el gesto al ver unos cuadros almacenados de pie en el suelo. En muchos, la tela había empezado a desprenderse del bastimento y formaba unas ondulaciones en la pintura de lo más preocupantes. En los sótanos se encontraban la gran mayoría de las obras que poseía el museo y no le extrañó que fueran incapaces de mantenerlos todos a salvo. Se preguntó qu debía de estar pensando Cecil ante el lamentable espectáculo.

La mayor parte de las habitaciones permanecían abiertas; con otras tuvieron que usar una llave del manojo que llevaba Cecil, pero más de una permaneció cerrada.

—Aquí no encontraremos nada —profirió Amelia después de sopesarlo.

Habían explorado cada sala, y aunque tenía curiosidad por las que permanecían cerradas, no había modo de acceder a ellas.

—¿Qué buscamos?

No se atrevía a explicarle a Cecil cuáles eran las teorías de sus compañeros, pero sí podía darle una idea de sus intenciones.

—El Rembrandt robado. No creo que encontremos nada. Aun así, no está de más comprobarlo.

—¿Cree que los ladrones pudieron esconderlo aquí?

—Piénselo. Cuando los detuvieron, no lo llevaban encima y todavía se encontraban en el museo. Solo pudieron dejarlo en los almacenes.

—Si no miramos obra por obra, no sabremos si se encuentran aquí. Además, la policía lo hubiera encontrado, ¿no cree? Y si no fuera así, después de tantos días, seguro que los ladrones se lo han llevado.

Amelia suspiró. Tenía razón. Seguir obsesionada con su teoría solo la llevaba a un callejón sin salida. Sabía que debía explorar las ideas de Ernest, con las que su amiga estaba de acuerdo, así que, antes de dejar volver a Cecil a su puesto de trabajo, lo hizo subir las escaleras. Se detuvieron justo delante del despacho del señor Whitergold.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Cecil ansioso, pero Amelia no respondió.

El chico miró a ambos lados del pasillo. Sabía que estaban haciendo algo malo, aunque no estaba seguro de por qué. Se mostraba ansioso, pero Amelia apenas le prestaba atención mientras se acercaba a la puerta y, sin precauciones, intentó girar el pomo, encontrándolo bloqueado.

—¿Tienes la llave? —Amelia le acució.

—Por supuesto que no —respondió en un susurro—. ¡Es el despacho del señor Whitergold!

—¡Lo sé! —respondió ella

Por un momento se miraron. Los ojos de Cecil le decían la locura que parecía aquello mientras los de Amelia respondían con testarudez. Tan absortos estaban en esta silenciosa conversación que apenas escucharon los pasos que se acercaban a ellos y solo en el último momento levantaron las cabezas y se giraron en la dirección de la que provenían.

Una mujer se acercaba a ellos. Amelia la conocía, y no por ello se quedó menos sorprendida. Su elegante presencia los dejó paralizados como si por estar quietos pudieran volverse invisibles.

—Señorita Raines —dijo Rose Whitergold y Amelia soltó el pomo de pronto.

—Estaba… —empezó a explicar Amelia, pero no encontró las palabras. Hizo una reverencia como si estuviera ante la realeza para luego negar con la cabeza como queriendo eliminar lo que acababa de hacer.

—Creo que no deberían estar aquí —dijo la señorita Whitergold con tono severo pero extremadamente educado, algo que parecía que

solo podía hacer ella.

—Por supuesto —respondió Cecil. Cogió del brazo a Amelia que seguía embobada sin saber qué decir y tiró de ella, alejándola de aquella bochornosa situación.

Capítulo 10

Después de varias horas, su corazón todavía recordaba con vergüenza la situación ocurrida aquella mañana y se aceleraba solo de pensar en cómo la señorita Whitergold los había pillado intentando entrar en el despacho de su padre.

Necesitaba contárselo a alguien y había estado tentada de hablar con Helen. Su compañera habría preguntado por qué se encontraba en la puerta del señor Whitergold si le explicaba su encontronazo con Rose.

Fue a Saint Pancras en lugar de dirigirse directamente a su casa, allí había alguien que la entendería y por eso no pudo evitar ir a verla tras su jornada de trabajo. El hogar de Nellie se encontraba en Regent Square. Apenas había podido apreciar el entorno cuando había dejado a Nellie el día que pasaron en la universidad y en las veces que había recorrido esas calles. Pero esta vez se fijó y comprobó que se trataba de un barrio bonito con casas cuidadas, aunque de aspecto humilde a ojos de Amelia.

La chica no había avisado de su visita, esperaba que no hubiera ningún problema. Al fin y al cabo, Nellie estaba casada y llevaba su propia casa, o eso creyó Amelia.

Golpeó la puerta con energía y pronto la abrió su amiga quien se asomó con una expresión preocupada en el rostro.

—Ah, Amelia —dijo y miró hacia atrás.

—Buenas tardes, Nellie. He venido a contarte algo que no vas a creerte.

Nellie volvió a mirar tras de sí. Intentaba sonreír, pero había algo que impedía que la alegría se asentara en su cara.

—Lo siento, ahora no puedo recibirte —dijo en voz baja.

—No importa, te lo diré aquí mismo y luego podrás volver con tus visitas.

Nellie quiso decirle que no tenía invitados, que sus preocupaciones eran algo distintas, sin embargo, no se atrevió a hacerlo por miedo a tener que dar más explicaciones.

—De acuerdo —aceptó al final Nellie.

—Verás, fui a los almacenes del museo y busqué, como dijimos.

Nellie la miró con interés, por un momento pareció olvidar aquello que la inquietaba tanto.

—¿Encontraste algo?

—No. Por eso luego fui al despacho del señor Whitergold.

—¿Y?

—Ni siquiera pude entrar. Lo que sí hice fue toparme con Rose Whitergold. Su hija.

—¡Vaya!

—No puedes imaginar la vergüenza que he pasado —dijo Amelia llevándose las manos a las mejillas como si se estuviera ruborizando otra vez—. Estaba intentando abrir la puerta cuando me cogió desprevenida. A saber qué pensará ahora de mí.

—Me parece que eres muy valiente —dijo entonces Nellie cortándola—, pero ahora no puedo hablar de esto.

—De acuerdo, vuelve a tus asuntos —dijo sin ningún rencor Amelia.

Antes de que Nellie pudiera cerrar por propia voluntad, una mano apareció desde el interior de la casa y se posó sobre su hombro.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó la señora Vance y miró a Amelia con curiosidad.

—Estaba hablando con una amiga —dijo Nellie; de pronto su rostro había perdido todo su color—. Tengo que dejarte —le dijo a Amelia con tono de disculpa.

—Claro —respondió ella confusa.

La puerta se cerró sin que a Amelia le diera tiempo de despedirse



de la señora o de su amiga y bajó las escaleras de la entrada extrañada por lo que acababa de presenciar.



Cuando el señor Gardiner le dijo que tenía un visitante pensó que se trataba de Cecil. Pero la persona que la esperaba apoyada en la barandilla junto a la entrada no iba uniformada como su amigo, sino que vestía de modo informal y la observaba por debajo del ala de un sombrero desgastado. Lo reconoció de inmediato.

—¡Señor Yust! —dijo sorprendida, mirando en todas direcciones por si hubiera alguien que pudiera oírlos.

—Señorita Raines —dijo con los ojos puestos en el suelo, intentando evitar mirarla a la cara.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con cortesía. No tenía presente el modo en que había terminado su conversación la última vez que se habían visto.

—He estado investigando —dijo después de aclararse la voz con un carraspeo—, y he llegado a la conclusión de que todas mis sospechas tienen su fundamento.

—¿Cómo dice? —preguntó ella reticente.

—He estado hablando con el periodista que mencionó.

—La tarjeta, nunca la devolvió.

—Lo siento, necesitaba citarme con él —se disculpó el hombre, con un gesto de la mano como queriendo evitar un tema que no era relevante en ese momento—. Muchas cosas me han quedado más claras. Nos hemos dado cuenta de que nuestras teorías sobre el caso coincidían.

—¿Por qué me explica todo esto? —preguntó ella confusa—. Si tienen estas ideas y están tan seguros de ellas, ¿no tendrían que ir a la policía?

—No nos harían caso. Los únicos que podrían demandar al señor Whitergold serían los propietarios de las obras reemplazadas y ellos no son conscientes.

—¿Obras? —interrumpió Amelia comprendiendo que ahora ellos también sabían que no solo había un cuadro desaparecido sino varios.

—Sí. Creo que todas las pinturas que copió mi padre en el museo desaparecieron a plena vista.

Amelia estaba nerviosa. Ernest Yust se estaba acercando demasiado a la verdad y mezclándola con sus propias ideas. Las estaba haciendo más creíbles y eso ponía en riesgo la galería.

—¿A qué se debe su visita? No creo que quisiera hablarme de sus teorías sin más.

—Sí, quería que lo supiera para ver si conseguía que la venda cayera de sus ojos, pero en especial quería que supiera que voy a revelar toda esta información mañana.

—¿Cómo?

—Ferdinand Sands me ha ofrecido un espacio en su periódico para que cuente todo lo que sé sin reservas y eso es lo que voy a hacer.

—¿Por qué no lo ha hecho sin más? ¿Por qué avisarme? —preguntó Amelia que conseguía a duras penas mantener a raya su miedo.

—Porque no quiero que la pille por sorpresa. No sé por qué motivo me fío de usted —dijo mirándola con intensidad a los ojos hasta que ella se sonrojó—. Por eso le he traído el artículo.

Ernest le alargó un sobre marrón que ella cogió sin estar segura de querer leerlo. Al fin y al cabo, sabía lo que encontraría.

—No lo haga —le pidió Amelia atreviéndose a poner una mano en su brazo—. Puede terminar con la reputación del museo y de mi tío con ese artículo.

El señor Yust se apartó con lentitud y los dedos de Amelia lo soltaron uno a uno. Tenía una sonrisa triste en sus labios, parecía convencido de lo que había escrito, aunque lamentaba que no creyera en él. ¿Por qué iba a hacerlo? Después de todo, era un desconocido.

—Es una copia —terminó por decir el hombre—. Puede quedársela.

Mientras lo veía alejarse, Amelia tuvo la tentación de correr tras él, pero sus pies no parecían responder a estos deseos. En lugar de eso, incluso tras verlo desaparecer, se quedó en el sitio durante unos segundos con el sobre quemándole las manos, quería leer lo que fuera que iba a ser publicado al día siguiente, sin que ella pudiera hacer

nada para evitarlo. ¿Debía hablar con su tío al respecto o mantenerse al margen? Antes de decidirlo necesitaba leer el artículo; por eso, aprovechando que no había nadie en los pasillos superiores, sacó del sobre una única hoja de papel mecanografiada.

Sus ojos se pasearon con rapidez por las líneas. Para ser un estudiante, Ernest descuidaba mucho la presentación de sus escritos, o por lo menos de este. No había nada nuevo, ninguna afirmación que sorprendiera a la joven. Amelia ya conocía los razonamientos y las pruebas que aportaba Ernest que, junto a los testimonios y conocimientos del periodista, resultaban de lo más verosímiles. Por un momento incluso dudó y parte de esa incertidumbre se quedó con ella por mucho que no quisiera creer que todo eso era cierto.

Con un estilo sencillo, Ernest Yust exponía cómo el señor Whitergold había fundado la galería años atrás y había empezado a recibir obras de otros museos e instituciones. Defendía que su padre, John Yust, se encargaba de copiar los cuadros más relevantes que pasaban por allí y que el propietario se dedicaba a reemplazar de forma sistemática para montarse su propia colección privada.

Amelia se dio cuenta enseguida del vacío que había en cuanto a las pruebas. Por muy convincente que sonara, seguían siendo suposiciones, por eso arrugó el papel, enfadada, cuando acabó de repasar por enésima vez las emborronadas líneas. Al entrar de nuevo en el archivo se arrepintió de lo que había hecho con la única copia del artículo de la que disponía, así que la alisó tan bien como supo, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Esa tarde se la llevó a casa, pero ni siquiera se la enseñó a su madre. Por supuesto, no iba a compartirla con su tío, quien pensaría que ella había tenido algo que ver. Como decía el hombre, debería dejar de entrometerse en temas que no la incumbían. Quizá sería mejor si su tío ni siquiera oyera hablar del artículo. Quizá pasaría tan desapercibido como tantos otros que se imprimían solo para ser usados para limpiar cristales.

Se refugió en su habitación toda la tarde, nerviosa, todavía insegura sobre su decisión de guardar silencio. Quería hablar con

Nellie, no obstante, decidió que a partir de ese momento dejaría de lado su investigación; había traído más mal que bien. No había descubierto nada sobre dónde podría estar el cuadro robado y había destapado una turbia trama que, independientemente del culpable real, salpicaba al museo al que ella tenía tanto cariño. Emborronar la reputación de una persona o una institución era más fácil de lo que habría podido imaginar y, al fin y al cabo, ella solo era una cría. ¿No había dicho eso su padre?, ¿no estaría de acuerdo su tío? ¿Cómo podía alguien tan pequeño hacer tanto daño? Debía parar, desentenderse. Solo le quedaba esperar que nadie sufriera mucho por su culpa, que la dejaran seguir con su vida.



La mañana siguiente salió de casa antes del desayuno. Por suerte, su padre todavía dormía y su madre no supo cómo decirle que no. Resguardada en su abrigo, llegó al quiosco más cercano y pidió un ejemplar de *The Daily Telegraph*.

No podía quitarle el periódico a su padre antes del desayuno o se daría cuenta. Seguro que no le haría gracia que su hija lo leyera, pero tenía que verlo con sus propios ojos. Por eso, de vuelta a casa subió las escaleras y buscó el artículo. Como no lo encontró a tiempo antes de presentarse a la mesa del desayuno donde sus padres la esperaban, tuvo que dejarlo en su habitación, escondido bajo el colchón.

—¿Dónde has ido? —preguntó su padre mientras Sally le servía los huevos revueltos.

—Quería dar un paseo y airearme —mintió.

—Podría ser peligroso —la reprendió su madre, y volvió enseguida a su plato.

—Quería hablarte de algo —dijo el hombre y carraspeó.

—Ahora no es el momento —interrumpió la señora Raines.

—Dime —Amelia tenía más curiosidad tras esas palabras.

—Es sobre los amigos con los que te reuniste el otro día —empezó el señor Raines, Amelia miró a su madre como si la hubiera traicionado—. No me parece mal que seas amiga de una mujer casada, pero ¿qué hay del joven que estaba con vosotras? No es un conocido de la familia. Deberíamos saber quién es, al menos antes de que tú te reúnas con él a solas.

—No estaba sola. Nellie estaba ahí.

—Antes de que vuelvas a verlo, quiero conocerle. ¿A qué se dedica? ¿Qué hace su familia? ¿Dónde vive? ¡Ni siquiera sabemos su nombre!

—Su nombre es Ernest Yust —dijo Amelia, aunque no pensaba que volviera a verse en la situación de tener que citarse con él otra vez y menos después de publicar ese artículo.

Apenas volvió a abrir la boca en respuesta a las exigencias de su padre y dejó pronto la mesa del desayuno, antes de terminarse el té,

para que le diera tiempo a echar un vistazo al periódico. Quedó frustrada cuando no supo encontrarlo y llegó la hora de salir de casa. Lo hizo con él escondido, dispuesta a dar con el texto en el museo, sin embargo, una vez allí tampoco consiguió ubicarlo entre las grandes páginas que pasaba una y otra vez. Empezaba a aprenderse la composición y las secciones de las diversas planas cuando llegó a la conclusión de que Ernest no había publicado nada. No se permitió sonreír hasta repasarlo otra vez, empezaba a tener una apariencia desvencijada.

Después del insomnio, la preocupación y la inquietud, no había ocurrido nada. Su tío nunca sabría lo que Ernest había estado investigando. Se preguntó si en parte era a causa de su reacción cuando le había explicado que publicaría ese artículo. Quería darle las gracias. Recordó las palabras de su padre, era mejor que no volvieran a verse y ahora ya no tenían motivo para hacerlo, no obstante no podía quitarse de la cabeza que estaba en deuda con él por no hacer públicas sus suposiciones. Por eso estaba convencida de que tenía que ir a verlo. Amelia dejaría de investigar y esperaba que Ernest hiciera lo mismo por su propio bien y por el del museo; sin embargo, para asegurarse también debía visitarlo. Podría haberle enviado una carta con anterioridad, aunque pensó que era probable que ella llegara antes que el cartero. Su preocupación no era que su padre no lo aprobara, sino que Sally fuera la que no se atreviera a pedir una calesa para ella. Por eso, esta vez fue en persona a los establos, que se encontraban más lejos de lo que ella esperaba. ¿Tanta distancia recorría Sally cada vez? Se sintió mal por pensar en la lentitud de la chica en los días que había tenido que esperar a su vehículo.

Con lo que no contaba era con el imprevisto que se encontraría esa misma tarde cuando se presentó en casa del estudiante. La llovizna empezó a caer antes de que llegara a su destino en Chelsea.

Los niños que jugaban bajo la leve lluvia casi la hicieron tropezar cuando bajó del carruaje y tuvo que apoyarse más de lo deseado en la mano del cochero. Los miró alejarse y una sonrisa se instaló en sus

labios.

Las escasas gotas caían frías como proyectiles en su piel y cabello. Presagiaban lo que iba a encontrar. Ajena a ello, la joven no dudó en plantarse ante la puerta donde había conocido al hijo de John Yust. Golpeó la aldaba con la energía que se había instalado en ella desde que se había dado cuenta de que no tenía que preocuparse por la reputación del museo ni por lo que dijera su tío.

La puerta tardó en abrirse y cuando lo hizo, a Amelia se le desdibujó la expresión de felicidad. Un policía uniformado apareció ante ella esperando a que le diera una explicación sobre su presencia.

—Soy Amelia Raines. Estoy buscando a Ernest Yust.

No estaba segura de por qué la voz le había salido tan débil. Había algo que no iba para nada bien.

—Señorita Raines, soy el agente Jones. Pase, por favor.

Ella obedeció automáticamente, con la mente llena de preguntas que no era capaz de formular.

Amelia nunca había entrado en esa casa y no estaba lista para responder las preguntas de los tres agentes de policía que pisaban el suelo como si fuera suyo. Se sentía incómoda.

—He venido a ver a Ernest Yust —repitió—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han robado alguna obra?

—No lo sabe —comprendió el policía.

Ella negó con la cabeza incapaz de decir nada más.

—Siento informarle que el señor Ernest Yust ha muerto.

En un principio no lo entendió. Era imposible, ¿verdad? Lo había visto el día anterior y no parecía que le pasara nada malo. Aunque había el asunto de la amenaza de muerte anónima.

—Creo que se ha equivocado. Fue su padre quien murió —explicó Amelia con convencimiento en sus palabras.

—Me temo que el hijo ha corrido la misma suerte, señorita. —Los ojos del policía la escrutaban, quizá buscando signos de debilidad o intentando averiguar si había tenido algo que ver.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Amelia que empezaba a notar un

nudo en la garganta.

—Lo asesinaron en un callejón. ¿Sabe algo al respecto?

No estaba sorprendida, sino que cada vez se sentía más enfadada. Dio un paso al frente y el policía reculó por instinto.

—Recibió una amenaza de muerte hace unos días y lo denunció —dijo casi en tono de reproche.

—Era anónima, no pudimos hacer nada —expuso el agente excusando al cuerpo, dejando claro que conocía el caso.

—¿Murió como su padre? —preguntó interesada.

—¿Por qué quiere saber una señorita un detalle tan escabroso? —El policía cambió su escrutinio por una expresión de sospecha—. ¿De qué conocía al señor Yust?

Amelia boqueó un momento, no podía explicarle toda la historia de los cuadros desaparecidos al agente, así que se centró en lo que podía demostrar. Además, a pesar de que había sido informada de su muerte y que lo entendía, había algo en ella que rechazaba ese hecho.

—Su padre era copista en el museo de mi tío. Cuando murió, hace solo unas semanas, vino a reclamar el pago de una de las copias que quería quedarse la galería Whitergold.

No se trataba de todo lo que había descubierto y mezclaba suposiciones con la verdad, pero no sabía qué más decir. ¿Qué unía a Amelia y a Ernest Yust? Nada. Sin embargo, ella empezaba a sentir que las lágrimas querían brotar por sus ojos y rodar mejillas abajo. Se contuvo, no era momento de mostrar debilidad.

El policía le ofreció un asiento y ella lo agradeció. Enseguida fue consciente de que no debería de estar allí. Si su padre la viera en ese momento, montaría en cólera, sí, él e incluso su madre. La sacarían a rastras, quizá eso era precisamente lo que necesitaba, marcharse.

Se sentía tan aturdida que no estaba segura de si el policía que se sentó ante ella era el mismo que le había abierto la puerta. Supuso que sí, por su seguridad y porque no volvió a presentarse. Había dicho que se llamaba Jones, ¿verdad?

—¿Por qué ha venido a visitar al señor Yust hoy? —le preguntó el

hombre con severidad, consiguiendo acaparar toda su atención.

Amelia no quería mostrarse temerosa, pero la situación la superaba y se encogió. Tuvo la tentación de mentir, no quería hablarle al policía de las sospechas de Ernest. Aunque había sido asesinado, así que, ¿qué más daba ya? No despertaría de entre los muertos solo para difamar al museo.

—Vine para agradecerle no haber publicado un artículo que dejaba en muy mal lugar a la galería Whitergold.

Mientras pronunciaba estas palabras se dio cuenta de lo mal que sonaban. ¿Y si alguien del museo quería silenciar al estudiante? Por lo menos, esa sería la teoría de Ernest, de seguir aquí. Quizá sería bueno darle una oportunidad investigándola. Por eso no se arrepintió de lo que había dicho, aunque el policía no le prestara demasiada atención. De hecho, pasó por alto su respuesta, como si ya hubieran investigado la posibilidad de una conspiración que tenía como objetivos a Ernest Yust y a su padre. O por lo menos eso le pareció a Amelia que, ajena a todo, vio cómo el hombre se levantaba dejándola en esa solitaria silla.

Se sentía como en una nube, lejos de todo, pero en su ensimismamiento pensaba y consideraba opciones, porque no era justo. Y lo que el policía pudiera creer improbable para ella se estaba convirtiendo en real. Por muy absurdo que pareciera, a Amelia cada vez consideraba más probable que se tratara de una conspiración.

Se vio a sí misma oyendo sin escuchar a ese policía, mientras que las implicaciones de la muerte de Ernest la abrumaban. Se levantó casi sin darse cuenta y solo entonces se atrevió a hablar:

—¿Han encontrado el artículo? —preguntó. De pronto se sentía con disposición de ayudar a la policía. Aunque ellos no hacían mucho caso a sus palabras.

—No hemos encontrado ningún escrito fuera de esos montones de papeles caligrafiados. Al parecer, Ernest Yust era estudiante y tomaba nota de todo a juzgar por la cantidad de folios que llenó de tinta. —El hombre se rio—. Venga, adelante. Si encuentra algo, háganoslo saber.

Ella miró al lugar donde señalaba el agente y vio un desorden de

papeleo. Sería difícil encontrar el original entre tantos apuntes sobre leyes. Se dirigió hasta la mesa y empezó a explorar la pila bajo la atenta mirada de la policía. Parecía que se reían de ella y no pudo encontrar lo que buscaba antes de que la incomodidad de esos ojos sobre ella la hicieran detenerse. Entonces, con el permiso y diversión de los policías, avanzó hasta otra habitación que resultó ser el estudio del difunto John Yust. Ahí solo había papel para bocetos y proyectos del pintor. Sintió como si todavía estuviera vivo; aunque nunca lo había conocido, pudo percibir su esencia.

Amelia no quería dar más explicaciones, así que paseó la mirada por la estancia en busca de alguna obra de arte que le hablara sobre lo que había sucedido con la familia Yust, sin embargo no había ningún cuadro. Quien fuera el asesino debía de haberlo robado. O eso es lo que empezaba a aceptar como una posibilidad.

—Tengo que irme —dijo finalmente al darse cuenta de que estaba dándole vueltas a la idea de que hubieran matado a Ernest por su culpa, por no haber sabido callarlo en su momento. Su rostro estaba lívido y sus manos temblaban.

—Señorita, ¿no cree que debería pedir permiso? Al fin y al cabo investigamos un asesinato.

—En ese caso, ¿puedo irme? —Amelia intentó parecer segura, pero su voz tembló.

—¿Ha encontrado algo útil? —preguntó el otro policía aguantándose la risa.

Su compañero le dio un codazo en las costillas, sin embargo, Amelia ya estaba muy incómoda.

—Se puede ir, señorita Raines —dijo el policía que la había atendido. Sabía que no iba a sacarle a la jovencita nada que pudiera interesarle—. Si hay algo que crea que deba decirme, póngase en contacto directo conmigo —dijo alargándole una tarjeta con la dirección y un número de teléfono, al que no podría llamar por no tener uno en casa—. También necesito sus señas para ponernos en contacto con usted de ser necesario.

Amelia aceptó porque creyó que no le quedaba otra opción, aunque esperó que no se presentaran en casa. Si su padre estuviera o se enterara de lo que había estado indagando, iba a enfadarse mucho con ella.



Se sintió como un fantasma de vuelta a casa. Pasaba de largo viandantes que no significaban nada para ella y para los que Ernest no era nadie. La realidad de este hecho empezó a hacerla pensar que pasaría lo mismo si ella muriera de forma inesperada. Todas esas personas seguirían paseando sin percatarse de que alguien que antes tenía un futuro, había desaparecido.

Por desgracia, cuando rompió a llorar en la entrada, su padre ya había llegado. Amelia no quería tener que dar explicaciones, así que se retiró a su habitación esperando que todo quedara ahí. Su madre no tardó en acudir. Empezaba a cansarse de tener que justificar sus sentimientos, ya que ni ella misma era capaz de entenderlos. Aun así, respondió a sus preguntas, comenzando por la más dolorosa.

—Ernest Yust ha muerto —Amelia volvió a sollozar.

—Vaya. Ese era el hombre con el que te reuniste el otro día, ¿no es así?

—Sí.

—Entiendo —dijo la mujer poniendo una mano en la espalda de su hija que la miró con extrañeza.

—No, no lo entiendes —dijo la chica apartándola.

—Pues claro, estabas enamorada de ese hombre. Por eso te ha afectado tanto.

—Nada de eso —respondió Amelia poniéndose en pie.

—Aunque lo niegues, tus lágrimas hablan por ti.

Amelia negó con la cabeza. Aun así, su madre parecía convencida. Se levantó de la cama.

—Llora todo lo que necesites.

Abandonó la habitación, dejando a Amelia confusa entre lágrimas. ¿No podía estar abatida por la muerte de un conocido, a pesar de que hiciera poco que hubiera aparecido en su vida y no significara mucho para ella? Su madre creía que no, pero Amelia se sabía sensible, al menos lo suficiente como para llorar a una persona que se le había acercado en los últimos días y quizás por esa proximidad había terminado muriendo. ¿Se sentía culpable? Amelia no quería explorar

aquella perspectiva. La oscuridad se encontraba muy cerca de la superficie y, si rascaba un poco, daría con ella y terminaría por abrumarla.

Necesitaba dejar a un lado su miedo y seguir luchando para volver a sentirse ella misma, pero estaba asustada. ¿Y si la siguiente era Nellie? Empezaba a temer que Ernest tuviera razón. ¿Eso convertiría a su tío en un asesino?

Capítulo 11

No bajó a cenar esa noche. Amelia comprendió que su madre la dejara llorar, pero no entendía cómo había convencido a su padre para que no insistiera en que los acompañara en la cena. No podía imaginarse lo que conllevaría el día siguiente, cuando la señora Raines llamó a su puerta y la despertó de un sueño agitado. Abrió las cortinas, dejando entrar los haces de luz solar hasta cada rincón de la habitación, y Amelia se desperezó intrigada por la presencia de su madre.

—Tienes que apresurarte a hacer las maletas —dijo la mujer dejándola sin palabras—. Tu padre ha decidido que pasarás unos días en casa de la tía Victoria.

No entendía a qué venía este repentino cambio de los acontecimientos y no sabía si preguntar, quejarse o dejar claro su punto de vista. Al final no decidió, sino que pronunció las primeras palabras que acudieron a su boca.

—No puedo presentarme en casa de la tía sin avisar.

—Le escribimos una carta ayer y hace unos instantes ha llegado su respuesta, estará encantada de recibirte.

Amelia apretó los labios en un gesto de desacuerdo.

—Pero ¿qué hay de mi trabajo? Ahora que he vuelto no puedo dejar mis obligaciones tan rápido.

—Tu padre habló con tu tío. Está de acuerdo en que necesitas un descanso.

—¿Cuándo? No le ha dado tiempo.

—Se ve que lleva unos días planeándolo, cariño.

—¿Esto es un castigo? —preguntó la joven molesta—. ¿Qué he

hecho?

Tenía miedo de que le respondiera con la verdad: que había estado metida en asuntos que no eran de su incumbencia. Aunque se oponía a creerlo, no pudo evitar que se le pasara por la mente que quizá la muerte de Ernest había tenido algo que ver con su destierro al campo. ¿Y si su tío la apartaba para que no se metiera en la investigación del asesinato provocando que todos los dedos apuntaran a él?

—Es por tu bien, querida. —La señora Raines le cogió las dos manos y la miró fijamente—. Has estado muy alterada y la muerte de tu amigo supuso un golpe del que queremos que te recuperes.

—No tengo que recuperarme, estoy bien —replicó Amelia, que empezaba a volver a tener lágrimas en los ojos—. Ni siquiera era mi amigo, solo un conocido.

—Tu padre ha dejado claro que quiere apartarte del ambiente cargado de la ciudad, una temporada en el campo te irá bien. No hay más que hablar.

En cuanto su madre salió de la habitación, lo primero que hizo no fue vestirse, sino escribir con caligrafía apresurada una carta a Nellie para que supiera dónde podía dirigirse para seguir en contacto.

Quizá si no quisieran alejarla del museo y de sus misterios, ella no habría estado tan interesada en desvelarlos. Después de la muerte de Ernest se hubiera quedado quieta porque, al fin y al cabo, no era tan valiente. Ahora la habían tocado de lleno, golpeando con más fuerza su trabajo y, con él, su libertad.

La sorprendió lo organizado que estaba ya el viaje. Durante el desayuno, su padre le anunció que el coche de caballos llegaría a las once y la apremió a terminar de comer lo antes posible mientras la sirvienta ayudaba a la señora Raines con su equipaje. Amelia no se dio prisa; de hecho, apenas comió, mirando a su padre y pensando en qué podría decir o hacer para que cambiara de opinión. La joven intentó levantar la voz más de una vez, sin embargo, se echaba atrás cada vez ante las réplicas secas del señor Raines otras veces tan permisivo.



El trayecto fue de lo más aburrido. Entre la hora y media que necesitaron para salir de la ciudad a causa del tráfico y otra más de viaje hasta llegar a Berkshire; Amelia llegó cansada. La casa de campo de sus tíos se encontraba a las afueras de Bracknell, no muy lejos de Londres, pero lo suficiente como para que a Amelia no se le ocurriera volver de forma inesperada.

Amelia sabía que en el campo estaba tan aislada como para pararle los pies una buena temporada. No era la primera vez que la enviaban allí para intentar aplacar su espíritu. Cuando había decidido empezar a trabajar, sus padres le hicieron pasar un tiempo en casa de su tía para que pensara bien en sus opciones. Al final, el tedio de la vida en aislamiento la convenció todavía más de que necesitaba mantenerse ocupada. Fue su madre la que claudicó y le pidió a su marido que la dejaran trabajar.

El señor y la señora Raines pensaban que esta vez sería diferente. Que solo hacía falta apartar a la chica de su ambiente para que eligiera nuevas amistades con las que no preocuparse más que por los vestidos, la esfera social y los hombres. Especialmente, estaban interesados en que encontrara marido pronto. Amelia lo sabía, pero de lo que no era consciente era que sus progenitores ya tenían un candidato en mente y la habían puesto en su camino.

Ajena a esto, llegó con esperanzas de olvidar las últimas semanas. Habían matado a los Yust, padre e hijo. Un pequeño sentimiento de temor estaba empezando a anidar en su estómago. Era más seguro no estar en Londres dadas las circunstancias. Quizá no era tan mala idea como había creído en un principio, alejarse de todo.

—Amelia, estás hermosa. Cada día más —dijo su tía Victoria, acercándose con los brazos abiertos, dispuesta a rodearla con ellos.

Agradeció el cumplido. Después aceptó su gesto y saludó a su tío ocultando su preocupación por un momento. No iba a mostrarse desagradecida de que la acogieran, al fin y al cabo, sus tíos no tenían la culpa de que la hubieran castigado.

—¿Dónde está Anne? —preguntó, mirando a su alrededor

mientras los numerosos sirvientes bajaban sus maletas del coche de caballos.

—Está de visita en casa de los Hargreaves. Ya los conocerás. Su hijo menor suele pasarse muy a menudo por aquí.

A Amelia le hubiera gustado ser guiada a su habitación y descansar un rato, sin embargo, le ofrecieron té y pastas en la sala. Deseaba que su prima llegara pronto, pero tardó más de dos horas en las que tuvo que oír los chismorreos que se irían repitiendo y extendiéndose a lo largo de los días que pasaría en el campo.

Cuando Anne volvió, no lo hizo sola; un caballero joven la acompañaba. Se lo presentaron como Charles Hargreaves y ella lo saludó por cortesía. Se despidió sin más cuando el joven se fue tras una charla insustancial. No pretendía quedarse mucho en el campo ni entablar nuevas relaciones, pensó que ahora podría hablar con tranquilidad con su prima y aligerar un poco el peso que sentía sobre sus espaldas. Sin embargo, la tía Victoria no se separó de ellas ni un momento antes de la cena y Anne parecía encantada de que la charla girara en torno a los vecinos. No hacía mucho que se habían mudado y Amelia se dio cuenta enseguida de que eran el tema de conversación favorito de sus familiares.

Cuando la llevaron a su habitación, suspiró aliviada. Necesitaba estar sola con sus pensamientos, entonces Anne llamó a su puerta y pensó que hablar de ellos tampoco era una mala idea.

La invitó a pasar y esta se tomó la libertad de sentarse en la cama. De pronto notó que esta informalidad entre ellas le resultaba incómoda. De pequeñas se comportaban como hermanas, pero ahora había algo distinto en su relación. Anne parecía haber cambiado y Amelia entendió que ella también era diferente a la niña que era solo hacía un par de años. Había crecido y sus prioridades y sueños no eran los mismos. Viéndola sentada en su cama, sintió nostalgia por algo que no podrían recuperar.

—Amelia, ¿estás bien? Pareces muy seria.

Ella asintió.

—No es nada —aseguró—. Solo estoy cansada.

—Los viajes siempre son agotadores —comprendió Anne—. Sin embargo, antes de dejarte descansar, tienes que contarme por qué estás aquí.

Los ojos de su prima brillaban de curiosidad y daban a entender que estaba hambrienta de algún cotilleo jugoso.

Amelia la miró con una sonrisa forzada.

—No creo que deba decírtelo.

—¡Vamos! —Anne puso una mano sobre su brazo y la miró a los ojos—. La última vez confiaste en mí y yo te ayudé a poner a mi madre de tu parte.

—Lo sé, pero…

—No me moveré de aquí hasta que me lo cuentes.

Amelia se mordió el labio, indecisa, y apartó la mirada.

—Esta vez la tía no debe enterarse. Es un secreto, ¿de acuerdo? Nadie puede saber de él.

—Muy bien —aceptó Anne echándose hacia delante deseosa de oír lo que su prima tuviera que contarle.

Aunque tenía recelos, Amelia decidió confiar en ella por el pasado, por todo lo que habían vivido y las confidencias compartidas durante tantos años. No sabía qué reacción obtendría, pero no tuvo ninguna pista en lo que duró su relato porque Anne se quedó callada, escuchándola atentamente. En algún momento pensó que la estaba aburriendo. Había sopesado dejar de hablar; sin embargo, siguió hasta que tocó mencionar la muerte de Ernest con la que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Anne la abrazó. A pesar de que fue incómodo y duró poco, había comprensión y tristeza en su gesto.

—¡No puedo creerlo! —exclamó cuando Amelia hubo terminado —. Eres mucho más valiente de lo que pensaba. ¡Viajaste en tren tú sola!

A Amelia la sorprendió que después de todo Anne estuviera impresionada por su viaje a Holloway.

—Iba con una amiga —replicó Amelia molesta al ver que su prima había dado más importancia a sus transgresiones antes que a la muerte de un hombre.

—Aun así. ¡Vaya! Pensaba que la última vez que viniste habías sido valiente al pedir que te dejaran trabajar y lo conseguiste. ¿Qué harás ahora? Vas a seguir indagando, por supuesto.

Amelia suspiró. Quizá era inteligente dejar el trabajo a la policía. Aunque quería saber lo que había sucedido, era evidente que la situación la sobrepasaba.

—Esta vez puede que el descanso me venga bien —admitió, y Anne la miró extrañada.

—Después de todo lo que has hecho, ¿vas a detenerte?

—Han muerto personas —le recordó Amelia.

—Claro —Anne desvió la mirada.

Anne trató de llenar el incómodo silencio que se extendió entre ambas con la charla insustancial sobre el vecino. Amelia participó en la conversación con fingido interés. Pronto no supieron qué más decirse y se separaron, dejando un enorme vacío entre ellas.

Capítulo 12

Solo los sirvientes despertaron antes que Amelia aquella mañana. Era temprano, así que la chica decidió esperar en su habitación a que el resto de la casa amaneciera. No tenía con ella ninguna lectura que la pudiera acompañar durante el tiempo que estuvo a la espera de un ruido al otro lado de la pared, así que empezó a curiosear cada rincón de esa habitación. En un cajón de una de las cómodas descubrió unas acuarelas y pensó que podría aprender a pintar. La pintura al agua le parecía mucho más sencilla que los óleos. No encontró nada más que le despertara interés.

Cuando por fin oyó un ruido proveniente del pasillo, abrió la puerta con cuidado. Ya estaba completamente vestida, por lo que no le importó llamar la atención de su tía que acababa de salir de su habitación.

Bajaron juntas y se sentaron en la sala a esperar a su tío, el señor Bates, y a Anne, que no tardaría en despertar. A su prima siempre se le habían pegado las sábanas y una sirvienta tenía que descorrer sus cortinas cada mañana.

Como era habitual en la casa, el desayuno era abundante. Amelia no se sorprendió, estaba acostumbrada a los pequeños lujos que se permitían allí. Sin duda, en el campo se vivía de otro modo. Sin olvidar la tranquilidad que daba la riqueza de esa parte de la familia. El ritmo de la vida se ralentiza cuando la naturaleza abunda y el caos del tráfico se deja atrás. Fue como cerrar una puerta tras la que estaba la ciudad y se abriera otra que la llevaba a otro mundo. Era increíble como aquel ambiente la había despojado de gran parte de la inquietud y pena que no la habían abandonado desde que se había enterado de

la muerte de Ernest.

—¿Qué haréis hoy? —preguntó la tía Victoria mientras una doncella servía unas tostadas a su tío.

Amelia no estaba segura, así que dio un sorbo a su té con sus dedos envolviendo la fina porcelana.

—He pensado que podríamos ir de paseo cerca del pueblo —dijo Anne mirando a su prima esperando a que esta aceptara su plan.

—Claro —respondió no muy convencida—, pero también me gustaría aprender a pintar.

—¿Pintar? ¿Y quién va a enseñarte? —preguntó Anne negando con la cabeza—. Si quieres, yo puedo ayudarte con el dibujo, no con la pintura.

—Las acuarelas que encontraste eran de Anne —explicó la tía.

—Ah, ya veo.

—Lo dejé porque me resultaba demasiado difícil controlar el agua sobre el papel —dijo Anne antes de llevarse un trozo de manzana a la boca—. No te esfuerces. No vale la pena.

—Igualmente, me gustaría intentarlo —insistió Amelia.

—Dejad a la niña que pinte —se interpuso el señor Bates que no había intervenido en la conversación, escondido detrás del periódico del día.

Quiso aclarar que no era una niña, aun así calló porque Anne asintió y la señora Bates bajó la mirada hacia el desayuno. El tema quedaba zanjado. El paseo fue de lo más agradable, aunque a Amelia le hubiera gustado que su prima no hablara tanto para disfrutar del sonido de la naturaleza. Este, a pesar de sus amplios matices, seguía siendo silencio para Amelia comparándolo con la polifonía que ofrecía la ciudad.

Había estado otras veces en el pueblo, pero esta vez todo parecía distinto, más pequeño, más oscuro. El aroma del pan recién hecho no lograba eclipsar el olor a excrementos. Casi como la peste de alcantarilla en gran parte de Londres.

—¡Mira! Es Charles Hargreaves —dijo Anne despertándola de sus

pensamientos.

—Ya veo —respondió Amelia reconociendo al joven a lo lejos.

—Vamos a saludarlo —resolvió Anne cogiendo el brazo de su prima y tirando de él.

—Muy bien —dijo a desgana, ya que no estaba de humor para socializar.

A medio camino, Charles se dio cuenta de que las chicas iban en su dirección y sonrió a modo de bienvenida. Cuando llegaron a su altura, él y su acompañante las saludaron amigablemente.

Amelia imitó la expresión del caballero y actuó como era requerido, aunque le resultara incómodo. Por eso sabía que no estaba cumpliendo del todo con la norma social. Veían algo extraño en ella. Ellos no sabían el qué y fingían no darse cuenta, no obstante, ella entendió que no encajaba ahí.

—Esta tarde pasaré por su casa, entonces —dijo Charles animado —. ¿Qué le parece tenerme como profesor, señorita Raines?

—¿Perdón? —preguntó Amelia que, distraída con sus propios pensamientos, no había oído más que la última frase.

—Ha dicho que va a ayudarnos con las acuarelas —explicó Anne, avergonzada porque su prima no estuviera pendiente de la conversación.

—Estupendo —contestó a toda prisa Amelia con una sonrisa forzada, pero Charles no debió identificar la falsedad de la joven porque la que él le devolvió sí fue sincera.

De regreso a casa de sus tíos, no hizo falta mucho tiempo de conversación para que Anne le confesara a su prima el interés romántico que tenía por el hombre.

—Pórtate bien con él, por favor. No puedes dejar que solo me enseñe a mí a pintar, no sería apropiado.

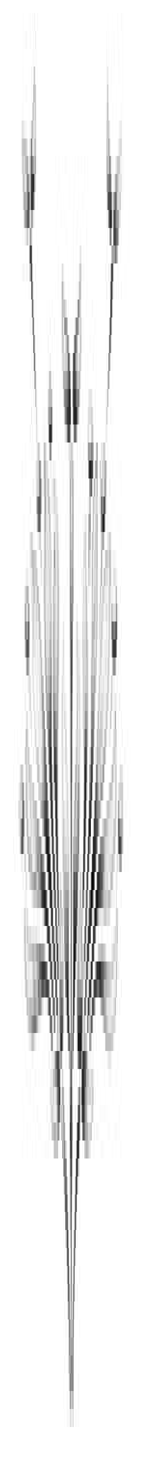
—Creía que no tenías interés en la pintura —replicó Amelia.

—Eso era antes de que Charles se ofreciera a enseñarnos. Venga, por favor.

—Quería pintar a solas —se quejó Amelia y Anne le dedicó una

mirada suplicante—. En fin, supongo que puedo aceptar los consejos que Charles pueda darme.

—¡Gracias! —exclamó con alegría Anne.



Hacía dos días que Nellie no acudía al museo. Roger le había preguntado si se encontraba mal en más de una ocasión,

sorprendiéndose por la negativa de su esposa.

—Parece que algo te inquieta —le dijo esa mañana antes de salir.

—Estoy preocupada por una amiga —se sinceró Nellie, había recibido una nota de Amelia contándole por qué abandonaba Londres por un tiempo. También le hablaba de Ernest y el motivo de su muerte: ese artículo que el señor Sands tenía que ayudarle a publicar. Sin embargo, no quiso mencionar a Ernest ni su asesinato.

No es que no confiara en su marido, sino que quería evitar que su suegra se enterara de que estaba relacionada, aunque de lejos, en un asunto tan turbio —ni siquiera le parecía bien que saliera de casa—. No podía permitir que la mujer montara una escena y que Roger se diera cuenta de hasta qué punto las dos mujeres se llevaban mal.

Por eso, a pesar de que todavía no estaba preparada para volver al museo, se ausentaba de su hogar cada día. Eso enfurecía a Bertha Vance, sí, pero no podía imaginar nada peor que pasar el día a solas con ella en ese lugar que se le antojaba minúsculo cuando estaban solo ellas dos.

Roger ya se había ido a trabajar y su suegra discutía con Theresa como era habitual. Nellie pensaba que no había sonido que le gustara más a esa mujer que su propia voz enojada. Sin embargo, no era de gusto para ella, así que salió de casa dispuesta a caminar por la ciudad y adentrarse en un parque en el que poder pasear toda la mañana. Nellie no pudo bajar siquiera los escalones hasta la calle cuando un individuo se puso delante de ella, cortándole el paso. Por un momento tuvo miedo a pesar de encontrarse en la entrada de su propio hogar, y se giró dispuesta a volver a entrar. Solo las palabras que pronunció el hombre consiguieron que se detuviera.

—Eres amiga de Amelia Raines, ¿verdad?

Nellie intentó adivinar quién era ese hombre, pero hasta que no tuvo su tarjeta entre las manos, no supo que se trataba de Ferdinand Sands, el periodista con el que había hablado Amelia.

—Está fuera de la ciudad —dijo Nellie.

—Necesito hablar con ella. Es urgente —pidió. Nellie no reaccionó

y volvió a girarse hacia su puerta, así que el periodista la cogió del brazo, consiguiendo llamar su atención—. Un hombre ha muerto —le dijo pensando que la sorprendería. Al ver su reacción, o la falta de ella, la agarró más fuerte—. Lo sabe.

—No sé de qué me habla —dijo Nellie cada vez más nerviosa—. ¡Suélteme!

Nellie consiguió deshacerse de su agarre, sin embargo el hombre no se rindió.

—Necesito información. Todo lo que sepa o lo que pueda saber la señorita Raines. Dígame cómo ponerme en contacto con ella.

Hablaba demasiado alto porque ella se había alejado, su suegra podría oírlo todo, así que Nellie exclamó:

—¡No lo sé! ¡Déjeme en paz y a Amelia también!

—Un hombre ha muerto. Ernest Yust —repitió—. Quiero saber por qué. Además, sé que la señorita Raines tenía una copia del artículo que escribió. La necesito.

—No sé nada.

—Sé que lo conoció. No lo niegue.

—No lo hago ni tengo por qué dar explicaciones.

—Si no me da nada, estoy dispuesto a acudir a la policía. —dijo entonces el periodista acercándose a Nellie y arrinconándola.

—¿A la policía?

—Va a perjudicarme, la historia ya no será una exclusiva y tendré menos información de primera mano, pero no me importa. Ernest Yust no me lo dijo todo y nunca llegué a leer su artículo, aun así creo que a la policía le interesará saber lo que yo sé.

A pesar de que se notaba que el señor Sands esperaba una reacción por parte de Nellie, esta se cruzó de brazos y dijo:

—Bien, hágalo.

El periodista dio un paso atrás.

—¿Está segura de que la señorita Raines y usted no tienen nada que esconder? —dijo sin creerlo.

—Nada.

—¿Y su tío?

Nellie reflexionó y no pudo responder. Sabía que Amelia tenía reservas sobre acudir a la policía por los problemas en que podía meter a su tío y a la galería. No habló y el señor Sands sonrió entendiendo que había dado en el clavo. De todas formas, no quiso mostrarse débil, así que intentando sonar despreocupada soltó:

—Haga lo que tenga que hacer.

Declaró y lo apartó de un empujón antes de marcharse fingiendo seguridad. Aunque creía que iba a oír su voz, el hombre no la siguió ni gritó para llamar su atención. Suponía que no había modo de evitar que la policía metiera las narices en el asunto. De lo que no estaba segura es de si eso era algo tan malo en realidad.



Amelia tuvo que esperar dos aburridos días para pintar. Charles se había disculpado por escrito, al parecer le había surgido un

imprevisto. Anne se negó a que pintaran y Amelia tuvo que leer, charlar y pasear por el campo más de lo que era capaz de soportar.

El día en que por fin fueron informadas de que el señor Hargreaves se presentaría, bajó las pinturas después del almuerzo y con la ayuda de su tía preparó los dos caballetes. Encontraron un pequeño montón de papel ya usado que decidieron utilizar por la cara que permanecía en blanco. Amelia entendió, sin que su tía se lo dijera, que se trataba de obras incompletas de Anne, quien no había tenido la paciencia para aprender.

Esta, mientras su madre y su prima hacían los preparativos, miraba al camino a la espera de que apareciera Charles. Cuando se hizo visible a lo lejos, Amelia ya había empezado a mojar los pinceles, todavía sucios de la última vez que se usaron. En cuanto dio la primera pincelada, el hombre ya estaba detrás de ella y la sorprendió con un consejo:

—Deberías diluir más la pintura para las primeras manchas de color.

Asintió, aunque ella solo quería experimentar para aprender por sí misma. Por suerte, pronto Anne requirió tanto su atención que Amelia pudo dedicarse a pintar trazos que no imitaban el paisaje que intentaba plasmar, pero que armonizaban de alguna manera sobre el papel. Pensó en Nellie, ella era una artista de verdad, por mucho que negara ser profesional. Le hubiera gustado aprender de su amiga.

Fue una agradable tarde y casi olvidó lo que había dejado en la ciudad: el misterio, el crimen y la muerte. Parecía que todo eso perteneciera a un mundo distinto y se permitió disfrutar de la sensación. Por un momento era una persona diferente. Una joven que no trabajaba, que pasaba ociosa las tardes y que se sentía conforme con el lugar en el mundo que la vida le había dado. Sonreía ajena a lo que acontecía en la ciudad, los hilos que se estaban moviendo y las acciones de sus amigos, familiares y enemigos esquivos. La vida seguía, aunque su mundo se hubiera detenido y pilló a Amelia desprevenida cuando Tessa, una de las sirvientas, se acercó a ella y le

anunció que había recibido una carta.

Leer la letra de su madre fue como viajar a un universo que Amelia había abandonado no hacía muchos días. La tensión volvió a hacerse con su cuerpo y notó que el nudo en su garganta amenazaba con hacerla llorar.

«Querida hija:

No debería estar escribiendo esta carta. Si tu padre supiera, me pediría que no te hablara de esto cuando estás descansando de todo lo que ha pasado.

Esta tarde ha venido a verte un joven. Me dijo que te transmitiera su nombre. Se trataba de Cecil. No me ha comunicado su apellido. Quería hablar contigo. Me hizo prometer que te diría que ha venido porque te echó en falta en el trabajo. Ya le dije que estás pasando una temporada en casa de tus tíos. Espero que esto no suponga una preocupación y que puedas escribirle en caso de que quieras ponerte en contacto con él».

Más abajo, su madre había anotado la dirección de Cecil, tal como él le había pedido.

El nerviosismo de Amelia no hizo más que aumentar cuando terminó la carta. Enseguida la joven volvió a su caballete, pero no pudo concentrarse en lo que estaba haciendo. Se había abierto una puerta de vuelta a la ciudad en su mente y no consiguió volver a cerrarla para disfrutar del sosiego de la vida en el campo.

Capítulo 13

Charles Hargreaves empezaba a resultar un incordio para sus sesiones de pintura. Ya había pasado una semana desde que había llegado y Amelia no quería admitir que estaba aprendiendo gracias a él y Anne comenzaba a sentirse desplazada cuando el joven le dedicaba atenciones. Hacía días que se veía fuera de lugar en aquella casa y estaba deseosa de volver a la ciudad. El aislamiento la estaba poniendo nerviosa. Las visitas a la iglesia eran de lo más tediosas y las lecturas en voz alta la hacían bostezar, así que tres días atrás había escrito a Nellie invitándola. Esta le había contestado encantada que acudiría. Y por fin había llegado la fecha indicada.

Llegaría en cualquier momento. Por eso la joven no podía concentrarse en las manchas de color y el papel que tenía delante.

—Tu amiga se retrasa —dijo la tía Victoria enfurruñada—. No hay cosa que me irrite más que la impuntualidad.

El reproche molestó a Amelia, pero no le dio tiempo a protestar porque un sirviente salió al jardín trasero y les anunció una visita. La chica se dio prisa en soltar los utensilios de pintura y quitarse la bata prestada que llevaba encima del vestido. Con paso rápido no tardó en llegar a la sala de estar donde se encontraba Nellie con una sonrisa tímida. Pronto aparecieron sus familiares y Charles Hargreaves.

Le hubiera gustado hablar en privado con Nellie, quedarse a solas en aquel mismo momento. Hubiera sido de mala educación excluir a su familia de la conversación. Por eso hablaron, aunque solo de temas frívolos, como las diferencias entre la vida en el campo y en la ciudad. Charles aseguró que estaba deseando pasar una temporada en Londres. Amelia arrugó el gesto, por suerte pasó desapercibido y,

cuando la conversación viró hacia el arte, mencionó sin dudar el gran talento de Nellie como pintora.

—Si vierais sus obras, os maravillaríais —comentó Amelia, a pesar de que apenas la había visto empezar una.

—¿Es mejor que Charles? —preguntó Anne con incredulidad.

—Por supuesto —dijo Amelia sin pensar que podía estar molestando al joven.

—Solo me dedico a copiar. —Nellie intentó desestimar las palabras de su amiga—. Seguro que el señor Hargreaves pinta mucho mejor que yo.

—No se preocupe. Sé que no soy un gran pintor. No me extrañaría que usted fuera mejor que yo. Al fin y al cabo, la pintura es un pasatiempo femenino.

—Eso es cierto. Tengo curiosidad. ¿Cómo se interesó en pintar? —preguntó la señora Bates.

—No es algo que me enorgullezca y hace mucho que no tengo tiempo para ello, no obstante, cuando se tienen tantas hermanas como yo, a veces uno adopta sus costumbres.

—Ya veo —comprendió Anne.

—No creo que deba avergonzarse —dijo Nellie y todos se giraron hacia ella—. Sé de muchos hombres que pintan profesionalmente, aunque de ninguna mujer que lo haga.

Nadie dijo nada. Amelia posó una mano sobre el brazo de su amiga para mostrar su apoyo, pero había quedado en evidencia que venían de clases sociales muy distintas. Nellie vivía en un mundo en el que un hombre era alabado por ejercer un trabajo manual como el de pintor. Mientras, en la familia de Amelia y Charles Hargreaves, estaban acostumbrados a concebir la pintura como una actividad femenina de ocio o un producto elaborado por hombres de una clase social muy inferior. La joven había insultado sin saberlo a Charles, comparándolo con pintores profesionales. Se cambió de tema sin que Nellie entendiera qué había hecho mal, sin embargo no pudo evitar sentirse incómoda durante el resto de la conversación.

Amelia no tardó en proponerle a Nellie ir a dar un paseo. Charles, Anne y la tía Victoria también fueron invitados; sin embargo, tal y como esperaban las dos chicas, ninguno quiso unirse. Parecía evidente que se sentían igual de incómodos que Nellie en su compañía.

—Amelia, estaba muy preocupada por ti —dijo Nellie en cuanto dejaron atrás al resto del grupo.

—Estoy bien —le aseguró—. Aquí he podido pensar.

Nellie pronto preguntó:

—¿Sobre qué?

—Sobre mi responsabilidad en todo lo que ha ocurrido —respondió Amelia muy seria en cuanto cogieron el camino que llevaba al pueblo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nellie.

—A Ernest y a su muerte.

—Fue él quien quiso exponerse publicando el artículo —le recordó.

—No debería haber muerto —dijo Amelia deteniéndose un momento.

Nellie puso una mano sobre el hombro de su amiga.

—Lo sé, aunque no es culpa tuya.

—Ya —respondió y volvió a ponerse en marcha—. ¿Por qué no me reprochas que cometí un error? —dijo entonces sorprendiendo a Nellie.

—¿A qué te refieres?

—¡Al artículo! Si mataron a Ernest por él, algo debía de haber de cierto.

Nellie miró a su alrededor e inspiró ese aire tan puro que había echado de menos viviendo en la ciudad y se serenó. Fijo sus ojos en Amelia; debía decir algo. Estaba preocupada por su sentimiento de culpa, pero, por otra parte, se alegraba de que su amiga hubiera aceptado lo evidente.

—Lo importante ahora es protegernos. Quizá tendríamos que acudir a la policía —tanteó Nellie.

Amelia se sorprendió por la propuesta, aunque enseguida dijo:

—Claro. Supongo que es lógico. ¿Habías pensado ir tú sola?

Nellie negó con la cabeza, se detuvo y agarró a su amiga del brazo, consiguiendo que la mirara y centrara toda su atención en ella un momento.

—No. ¿Sabes qué? Ferdinand Sands vino a verme y me amenazó con presentarse en la comisaría si no le dábamos más datos. Quería la copia del artículo que tienes tú. Puede que ya haya informado sobre todo lo que sabe.

Amelia no pudo evitar la ansiedad que la embargó por un momento, no obstante, la apartó con palabras de lógica:

—La policía dará con la verdad. No hay nada de lo que preocuparse. —Le sonrió a su amiga para tranquilizarla—. Mejor no hablemos más con el señor Sands.

—¿Quieres dejar de investigar? ¿O quieres colaborar con la policía? —preguntó Nellie confusa.

La joven estaba a punto de contestar cuando oyeron el sonido de caballos. Un carruaje se acercaba. Ambas se apartaron del centro de la calzada y en cuanto hubo pasado, Amelia contestó al fin:

—Quiero colaborar, dar toda la información que la policía necesita, pero no todavía.

—Porque tu tío tendría problemas, ¿verdad? —preguntó Nellie con cautela.

Amelia bajó la mirada, estaba avergonzada por lo que tenía que decir.

—Si le muestro a la policía el artículo de Ernest, conectarán su muerte con lo que sea que haya ocurrido con las obras de arte y las falsificaciones. Mi tío estará en problemas y sé que no ha hecho nada malo.

—Eso no lo sabes —se quejó Nellie de forma tan brusca que las sorprendió a ambas.

—Por favor, solo déjame un tiempo más para conocer la verdad.

—¿Cómo? ¿Tienes pensado volver a la ciudad?

—Sí —dijo Amelia, segura de sí misma.

—¿Lo saben tus padres?

—Todavía no. Les enviaré una carta de inmediato para que me hagan una visita y te garantizo que no volverán a casa solos —Amelia sonrió—. Venga Nellie, en unos días estaremos sobre el terreno de nuevo.

La joven dudó.

—No sé si quiero seguir investigando —empezó a decir insegura —. Esto se está volviendo peligroso y creo que no estoy dispuesta a arriesgar tanto por tu tío.

—Por favor. ¡Vamos! Hazlo para hacer justicia a John y a su hijo.

—¿Sabes qué? No le diré nada a la policía, no quiero meterme en líos. Siempre seré tu amiga, pero no quiero saber más sobre el asunto. Ha habido suficientes muertes. Me gustaría que tú fueras precavida. No quiero que te ocurra lo mismo que a Ernest.

Amelia pensó sus próximas palabras y se detuvo para ponerse frente a Nellie.

—Me parece bien. Gracias por tu ayuda hasta el momento. No dejaremos de ser amigas, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿No vas a contarme nada sobre Charles Hargreaves?

—Ay, Nellie, no me hagas hablar —Amelia se rio con ganas.

Ambas retomaron su paseo de vuelta a la casa entre risas y bromas, no volvieron a hablar de John ni de las obras de arte robadas. Después, Amelia tuvo que despedir a Nellie antes de que se hiciera demasiado tarde para volver a la ciudad. Quedaron en que se verían pronto.



El aburrimiento pasó a ser el estado de ánimo predominante desde que Anne apenas le hablaba. Charles seguía acudiendo, pero su prima se había cansado de las acuarelas y Amelia las abandonó también. Por eso, los jóvenes pasaban el rato charlando en conversaciones vacías e incómodas.

Charles tenía interés en cualquier cosa que Amelia pudiera contar, y hablaba de visitar la ciudad pronto, sin embargo Anne solo se dirigía al joven. Ella no tenía mucho interés en participar, así que no estaba disgustada por su comportamiento. Desde la visita de Nellie, su mente estaba muy lejos de esa casa y se entretenía pensando en cuál sería el siguiente paso en su investigación cuando volviera a la ciudad.

Las jornadas se le habían hecho eternas, y no se creía que solo hubiesen pasado tres días desde la visita de Nellie. Los padres de Amelia llegaron a tiempo para el té de la tarde. La señora Raines abrazó a su hija con entusiasmo, como si hiciera meses que no se vieran. El señor Raines, en cambio, la saludó sin una sola sonrisa. Seguramente seguía enfadado con ella y no quería que lo olvidara.

Por fortuna, Charles Hargreaves no se encontraba con ellos. Amelia se había alegrado al saber que el joven tenía que acudir a una cita de negocios con su padre. Así, su mentira se sostendría mejor. Ya se estaba cansando de las atenciones del hombre y de los problemas que estaban provocando entre ella y su prima.

Ahora Anne se sentaba al lado de su madre, evitando la conversación y respondiendo con monosílabos. Cuando la señora Raines puso sobre la mesa la posibilidad de que Amelia volviera a casa, no tardó en dar su opinión al respecto.

—Aquí nos aburrimos mucho. He visto que Amelia cada día está más apagada. Yo creo que el campo no es para ella. ¡Incluso diría que se está poniendo enferma! —exclamó exagerando la situación para satisfacer sus propios deseos—. El ambiente de la ciudad es mejor para ella.

El señor Raines carraspeó nervioso, pero ella se apresuró a seguirle la corriente a su prima. A pesar de llevarse mal, estaban de

acuerdo en dos cosas. La primera, que Amelia no debía estar con Charles Hargreaves; y la segunda, que tenía que volver a la ciudad, fuera del alcance del joven.

—Es verdad, madre —dijo Amelia con expresión apesadumbrada —. Yo he intentado encajar, pero este lugar me parece deprimente.

—¿Qué tiene de triste el campo? —preguntó su padre.

La señora Raines, perspicaz, pidió a su hija un paseo por el jardín, que en realidad solo tenía como objetivo que hablaran a solas. Se detuvieron pronto junto a un rosal y Amelia se dedicó a acariciar los pétalos rojos. Su madre no hizo caso a que su hija le rehuyera la mirada y se pronunció con voz insegura, llevando la conversación hacia donde la joven deseaba.

—Estábamos hablando de esto antes. Yo le decía a tu padre que debíamos llevarte de vuelta a Londres y él dijo que no te haría ningún mal quedarte aquí. Quedamos en hablarlo y decidir cuando viéramos cómo te había sentado el campo.

—La niña está fingiendo —intervino el señor Raines sobresaltando a su hija que no esperaba su presencia en aquel rinconcito—. Mira el color en su cara y lo energética que está. Incluso parece que ha engordado.

Amelia no hizo caso y su madre también fingió no haber oído al hombre que se quedó callado. Era muy inapropiado que se hubiera unido a la conversación, pero tenía todo el derecho de estar presente en la toma de decisiones que afectara a las personas que vivían bajo su techo y tutela.

—Hay un motivo por el que tengo que volver ahora. Habéis venido en el momento preciso. —Amelia estaba tramando una mentira que confiaba que la llevara de regreso a casa.

—Habla —pidió su padre, cansado de esperar.

—Es Charles Hargreaves —soltó sin más.

La señora Raines sonrió.

—Vaya.

—¿Qué pasa con ese muchacho? —inquirió su padre, aunque

tenía sus sospechas.

—No hace más que hablar de pasar una temporada en Londres. Allí podríamos socializar sin…—le dolió tener que decirlo, pero era por una buena causa—: Anne.

Su tía se lamentó por tener que despedirse de Amelia tan pronto. Avisó a una sirvienta para que le echara una mano a su sobrina a hacer las maletas. La joven agradeció la asistencia, sin embargo aseguró que podía recoger sus cosas por sí misma. Ni siquiera aceptó la ayuda de Anne, que se ofreció por cortesía.

Sonrió sin reservas cuando se quedó sola y en cuanto cerró la puerta de su habitación, se permitió soltar un grito de alegría. Se dio prisa en sacar toda su ropa y el resto de sus pertenencias de las cajoneras y baúles. No tardó en recoger su escaso equipaje y lo cargó con ambas manos, dispuesta a bajar las escaleras sin ayuda. Pero en cuanto salió de la habitación se dio cuenta de que había alguien que no pertenecía a la casa ahí.

El equipaje se le cayó de las manos.

—¿Qué hace arriba? —preguntó sin detenerse a saludar.

¿Por qué estaba Charles Hargreaves en el primer piso? Es más, ¿qué hacía siquiera en la casa? Podía destruir la ilusión que Amelia había construido con tanto cuidado con su última conversación.

El hombre la miró de arriba abajo antes de contestar, haciéndola sentir incómoda.

—Me han indicado que se encontraba aquí y me han invitado a subir para ayudarla con su equipaje.

—No lo necesito —aseguró.

—Era una excusa —admitió sin esconderse—. He venido a hablar con usted.

Amelia negó con la cabeza. No quería oír nada que pudiera decirle.

—Hoy ha llegado a mis oídos el motivo por el que le parezco tan indiferente —dijo sin más.

—¿Sí?

—Está enamorada. —Amelia lo miró con extrañeza—. Se trata de un hombre que murió. Lo sé todo.

Estaba claro que el joven no sabía nada en realidad, pero se mordió la lengua.

—Ya ve que no puede haber nada entre nosotros —dijo en lugar de la verdad.

—Sí puede, solo tiene que pasar un tiempo para que su corazón sane.

Amelia suspiró exasperada.

—Claro. Dejemos esta conversación para más adelante —dijo esperando que llegado el momento se hubiera encaprichado de otra chica o a ella se le ocurriera una excusa más sólida.

Dejó que Charles cargara con la bolsa de viaje y la bajara al piso de abajo, donde sus padres ya estaban abrigándose y poniéndose el sombrero. En el rostro de ambos apareció una expresión divertida, mientras que el de Amelia se tornó rojo. La tía, Anne y Charles salieron a despedir a la familia Raines. Amelia se dio cuenta de la cara de fastidio de Anne, que permanecía apartada de Charles, molestas por su comportamiento. Suponía que le había enfadado que hubieran tenido ese momento de intimidad que ella quería para sí.

—Querida, di adiós a tu prima —dijo la tía empujándola con suavidad hacia donde estaba Amelia.

Se despidieron con una sonrisa cortés, a pesar de ello no se dieron el abrazo que habrían compartido años atrás cuando eran las mejores amigas y se escribían cartas casi a diario.

Una vez en el carruaje, la señora Raines le puso una mano en la rodilla a su hija.

—¿Seguro que esto es lo que quieres? Es verdad que el señor Hargreaves está muy interesado en ti y, no me interpretes mal, me alegro. Sin embargo, pienso que… He visto molesta a tu prima.

—Lo está —aseguró Amelia, feliz de poder pronunciar alguna palabra verdadera.

Antes de decir nada más, el señor Raines que había estado dando

directrices para colocar el escaso equipaje de su hija, subió al carruaje.

—Espero que estés segura de que te seguirá a la ciudad —protestó su padre—. Que este no sea uno de tus trucos.

—¡No seas tan desconfiado! Me dio a entender que me visitaría en Londres y ahí no habrá nadie entre nosotros —aseguró la chica.

Sus padres se miraron quedaron convencidos de que eso era lo mejor para el futuro de su hija. Amelia se marchó de esa casa despidiéndose no solo de las personas que la habitaban, sino también de una versión de ella misma que ya había dejado atrás y que ahora sabía que nunca recuperaría.

Capítulo 14

El lunes llegó al museo a su hora habitual, aunque no la esperaban en el archivo. Abrió sin avisar la puerta del despacho de su tío y se plantó delante de él sin hacer caso a su secretaria, quien intentó detener su avance.

—Está bien —dijo el hombre con un gesto a la señora—. Espérame en el ala este.

Enseguida, Amelia y su tío se encontraron solos en el despacho. La chica se acercó a la mesa ahora con paso más pausado.

—Por lo que veo, ya has vuelto de tu retiro. Espero que te haya dado qué pensar.

—Por supuesto —replicó Amelia—. Necesitaba distanciarme tras la muerte de Ernest.

El hombre arrugó el entrecejo.

—¿Quién?

Amelia negó con la cabeza.

—Sé que tú nunca harías una cosa así. Por eso tienes que ayudarme a encontrar al culpable.

Tras estas palabras se sentó en la silla que había frente al escritorio y miró con fijeza a su tío. Sintió que algo había hecho bien porque la expresión del hombre por fin contenía un punto de interés.

—¿Al culpable de qué? ¿Del robo?

—Y de la muerte de Ernest, por supuesto —expuso Amelia.

—No sé de qué me hablas.

El hombre parecía confuso, pero una sonrisa de suficiencia asomaba por sus labios. A pesar del interés, no se tomaba en serio sus palabras y eso hacía que se sintiera ridícula exponiéndole sus teorías.

Aun así, no se permitió rendirse con tanta facilidad. Tenía que contarle a su tío todo lo que sabía y, con suerte, tendría un gran aliado de su parte.

Con un gesto rápido, puso una hoja de papel arrugada sobre el escritorio, delante de él.

—¿Qué es esto? —dijo poniéndose las gafas.

—Tienes que leerlo —pidió Amelia—. Es lo último que escribió Ernest.

—¿Quién es ese Ernest? —insistió su tío.

—Es el hombre que vino a reclamarte el pago por el cuadro de Madame de Pompadour pintado por su padre.

—¡Ah! Ya me acuerdo. ¿Entonces ha muerto? ¿Qué tengo yo que ver en eso?

Amelia se apoyó con ambas manos en la mesa para acercar su cara a la de su tío.

—Ernest creía que la galería roba obras de arte sustituyéndolas por copias.

Al hombre le costó terminar de entender lo que le decía su sobrina y la observó en silencio hasta que bajó la mirada al artículo de Ernest. Lo leyó una y otra vez. Amelia esperó a que su tío se quitara las gafas y levantara la cabeza a pesar de lo nerviosa e impaciente que estaba.

—Si alguien se enterara de esto… —empezó a decir. Su tío la interrumpió.

—Nadie se enterará. No son más que un montón de barbaridades.

—Yo también lo creía, pero ahora no estoy tan segura de lo que está ocurriendo de verdad.

El señor Bates hizo una bola con el papel entre sus manos ante la mirada impotente de Amelia. Deseó que su tío lo tirara a la basura para poder recuperarlo más tarde, sin embargo, se lo guardó en uno de sus bolsillos sin dejar de mirar a su sobrina.

—No he conseguido que dejes esta investigación hasta ahora. No sé por qué pensaba que esta vez sería diferente. Creía que tu estancia en el campo te habría bajado los pies a la tierra, ya veo que no.

—Tío, no podemos ignorarlo —imploró la chica.

—Vamos a hacerlo, no obstante, para eso tienes que verlo con tus propios ojos. Visitarás los sótanos de la galería. Cada rincón de sus entrañas hasta que te des cuenta de que no hay ni un solo cuadro de más o de menos.

Amelia asintió sorprendida. Su tío debía saber que ya había recorrido los sótanos con Cecil y no había encontrado nada. Aunque todavía faltaban algunas cámaras por comprobar. En concreto, esa en la que no le permitían poner un pie.



Al día siguiente, el director de la Galería Whitergold vació su agenda toda la mañana para atender a su sobrina, quien se presentó con un conjunto que estaba desgastado del uso. Había planeado meterse en cualquier rincón y pensaba que necesitaría ropa que pudiera ensuciar sin sentirlo después. A su tío le molestó la vestimenta inadecuada y se lo hizo saber repetidamente durante la visita.

Juntos bajaron a los sótanos donde había más cuadros que en las paredes de la galería en los pisos superiores. Entraron en habitaciones que antes a Amelia se le habían antojado prohibidas y lo primero que le sorprendió ver fue que se trataba de cámaras que habían sido dañadas por la gran inundación que sufrió la galería.

—Por eso están cerradas —le dijo su tío.

Igual que la última vez, la joven vio que la mayor parte de las obras de arte se encontraban en el suelo, apoyadas las unas contra las otras, echándose a perder. No era extraño que muchas de ellas estuvieran identificadas con una etiqueta, pero otras habían sido descontextualizadas. Sin un experto que las estudiara, se perderían entre el mar de cuadros que esperaban ser atribuidos y datados.

Amelia sabía que era imposible llegar a cada pintura y comprobar si mirando por detrás podía identificar alguno de los cuadros que estaba buscando. De hecho, consideraba que aquel era el mejor sitio para esconderlos, para que nunca fueran encontrados: como un árbol en medio del bosque; sin embargo, cada vez estaba más convencida de que no había nada que encontrar. ¿Para qué robarían valiosos cuadros si luego iban a dejarlos degradarse en los polvorientos y húmedos almacenes de la galería?

—¿Estás convencida? —le preguntó el hombre a su sobrina tras cerrar la última puerta—. Ya no queda ninguna habitación en la que no hayas husmeado.

—Esa de ahí, ¿por qué no la has abierto? Está cerrada con llave, ¿verdad? —dijo Amelia recordando que ya había intentado abrirla con Cecil.

Su tío suspiró.

—Esta sala nunca se abre. Es donde están las cajas fuertes con objetos de valor incalculable: documentos, joyas, antigüedades únicas… Solo podemos entrar el señor Whitergold y yo.

—Pues ábrela.

Su tío negó con la cabeza mostrando su disconformidad, pero metió la llave en la cerradura y abrió para que su sobrina pudiera asomarse. Además de cuadros como los que había visto en las otras salas, había cajas fuertes en las que habrían cabido grandes paisajes.

—Tengo que ver qué hay dentro.

—Amelia, ya basta.

La chica no se echaba atrás, así que cerraron la puerta de la habitación tras de sí con discreción y el señor Bates abrió una por una las cajas fuertes, dejando ver a Amelia los objetos y cuadros más valiosos y antiguos que hubiera visto nunca. Pero sus ojos no percibían esas maravillas, pues su mente seguía obstinada en que no había ni rastro del Rembrandt.

Estaban a punto de marchar cuando se dio cuenta de que faltaba una caja fuerte por abrir.

—¿Y esa? —preguntó, aunque era muy estrecha, por lo que no hubieran cabido los cuadros robados.

—Es la caja fuerte privada del señor Whitergold. No puedo abrirla, por si te lo preguntabas.

—No hace falta. —Amelia tenía los brazos cruzados y miraba a su alrededor molesta. En esa caja no podrían caber todos los cuadros supuestamente perdidos.

Tenía que haber algo que se le hubiera escapado, o quizá en el museo no había nada. Podía ser que estuviera enfocando el problema desde un punto de vista equivocado. Si su tío no tenía nada que ver con el robo, ¿no estarían los cuadros en otro lugar? Ya ni siquiera pensaba en que podían estar en el despacho del señor Whitergold. Sería demasiado evidente, incluso teniendo en cuenta que ese lugar era inaccesible. Si la policía se presentaba, no tendría oportunidad.

—¿Ya estás convencida?

—Sí, tío —dijo con la mirada baja, todavía pensando en el siguiente paso.

El hombre parecía orgulloso por haber aplastado las esperanzas de su sobrina y le puso una mano sobre el hombro para consolarla con condescendencia.

—No pasa nada. Es normal que creyeras en las mentiras de ese pintor.

«No era pintor, era estudiante», pensó Amelia, pero se mordió la lengua. Tampoco dijo lo que estaba ideando: un nuevo plan para acercarse al señor Whitergold y sacarle la verdad. Con las pocas pruebas a su alcance, no podía acudir a la policía. Ni siquiera creía que Ferdinand Sands hubiera podido convencerlos de que se estaba cometiendo más de un delito.

Lo que empezaba a preocuparla era estar sola en la investigación. Se estaba planteando acudir al periodista ahora que ya no tenía a Ernest ni a Nellie a su lado, aunque era una locura pedirle ayuda a un hombre al que apenas conocía.

—¡No te lo tomes así! —exclamó su tío con una carcajada, pensando que Amelia estaba dándole vueltas a su fracaso en la investigación.

—Siento haberle molestado, tío. Supongo que es hora de dejarlo.

Cuando se separaron, el director lo hizo con una sonrisa de suficiencia. La joven ni siquiera lo vio, estaba demasiado sumida en sus pensamientos. De algún modo tenía que avanzar y para nada iba a rendirse, como había hecho creer a su familia.

Capítulo 15

Esperó hasta perder de vista a su tío y se dirigió al despacho del señor Whitergold. Tenía que hablar con el propietario de la galería del mismo modo que lo había hecho con su tío; la diferencia estaba en el poder que tenía cada uno. Después de lo que había averiguado Ernest y tras su muerte, estaba claro que el hombre tenía algo que ver en la desaparición de los cuadros. No podía moverse en la galería una sola pieza sin que el señor Whitergold estuviera enterado de ello. Por eso golpeó su puerta y se sintió frustrada cuando se dio cuenta de que no abría y, por tanto, que no había nadie dentro del despacho.

Bajó las escaleras hacia la recepción donde pidió que le dieran sus señas, pero se encontró con una risa de incredulidad.

—Si alguien puede conocer la dirección de la casa del señor Whitergold es usted y no yo, señorita Raines.

—Claro —respondió Amelia pensando que no podía pedirle la información que necesitaba a su tío después de la charla que habían tenido. Se giró un momento intentando pensar en cómo poder reunirse con él y se dijo que, si Ferdinand Sands había podido llegar a su tío, ella era muy capaz de hablar con el propietario de la galería. Su testarudez la hizo pensar a toda prisa sin rendirse al encontrarse con calles sin salida. Al final lo resolvió, se volvió y preguntó—: ¿Tiene las señas de su secretaria?

El señor Whitergold tenía varios negocios aparte del museo y, por tanto, su asistente personal no se encontraba allí.

La mujer primero dudó, pero acto seguido asintió.

—Claro. Un momento. —Buscó por debajo del mostrador—. Aquí tengo los contactos de emergencia. Es la primera a la que debo acudir

si ocurre alguna desgracia en la galería.

Amelia intentó ocultar su entusiasmo y esperó hasta estar fuera del museo para sacar el papel doblado donde la recepcionista le había apuntado la calle y número de Gwendolyn Green. No tardó en abrirlo y darse cuenta de que la mujer también vivía en Holborn. En realidad, la residencia de la mujer se encontraba muy cerca de su casa. Así que, con paso rápido, salvó los metros que la apartaban de esa dirección.

El edificio era estrecho, la fachada estaba recién pintada y la puerta era de un bonito azul. Amelia golpeó con nerviosa insistencia y se apartó para esperar que la abrieran. Una mujer con gafas y vestida con formal pulcritud la saludó:

—Buenas tardes —dijo sin abrir del todo, mirándola de arriba abajo. Parecía confusa porque una joven que le resultaba familiar, aunque no conocía, se presentara en su puerta.

—Buenas tardes, soy Amelia Raines. Me gustaría hablar con el señor Whitergold, por favor. ¿Puede concertarme una cita?

La mujer carraspeó molesta. Miró atrás un momento, como si tuviera algo más importante que hacer que estar atendiendo a Amelia.

—Siento comunicarle que el señor Whitergold no acepta visitas. Si quiere darme un recado, se lo trasladaré lo antes posible.

A Amelia le sorprendió el tono monocorde de estas palabras, como si estuvieran estudiadas y las pronunciara a diario.

—No, es algo que tengo que hablar con él en persona —dijo, mostrándose firme—. Si pudiera decirme cuándo estará disponible en el museo, yo iría entonces.

—Siento decirle que eso no va a ser posible. El señor Whitergold es un hombre muy ocupado. Si me da el recado —repitió en el mismo tono, a pesar del fastidio que destilaba su voz— y él lo considera pertinente, se lo hará saber lo antes posible.

La conversación siempre caía en la misma conclusión y Amelia se cansó de pedir obteniendo una respuesta idéntica una y otra vez. Al final, fue ella la que tomó una decisión y, sin dejar recado, se fue molesta con la mujer que, por otro lado, no tenía culpa de la situación

en la que se encontraba.

Aunque estaba dispuesta a volver a casa, cambió de idea. Apenas lo había pensado, pero durante lo que duró su paseo se convenció de que debía ir al periódico donde trabajaba Ferdinand Sands. Como recordaba haber visto en la tarjeta del periodista, el edificio se encontraba en Fleet Street, muy cerca de la galería Whitergold. Tendría que caminar lo justo, mucho menos que para visitar a Nellie.

El edificio era impresionante por su composición geométrica a base de columnas y ventanas que desafiaban las formas regulares de las construcciones de alrededor. El dorado y el negro destacaban sobre el color de la blanca piedra del que estaba hecho. Se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta e intentó corregir su postura, fingiendo que no se sentía intimidada. Todo el edificio albergaba oficinas, ¿cómo encontraría a Ferdinand Sands? Entró a pesar del pequeño rastro de inquietud que se había instalado en su estómago.

Una recepcionista le llamó la atención al entrar y Amelia dio un respingo. Tenía la esperanza de que la mujer no se hubiera dado cuenta y se acercó con paso seguro.

—Soy Amelia Raines, quiero hablar con Ferdinand Sands.

—Un momento —respondió la mujer consultando un listado—. ¿Para qué quiere verlo? ¿Tiene cita?

—Tengo información esencial de última hora —añadió.

La mujer la miró de arriba abajo y lo que vio debió gustarle, porque cogió el teléfono e intercambió palabras con alguien que debía estar en los pisos superiores. La recepcionista asintió y aseguró que la chica que tenía delante conocía a Ferdinand Sands. Amelia contuvo el aliento mientras esta soltaba monosílabos y pudo respirar cuando colgó y le señaló que debía ir al piso dos.

Subió las escaleras marmóreas a toda prisa y al llegar a su destino se quedó inmóvil. La planta estaba llena de mesas con, por lo menos, un trabajador diligente. Había esperado que alguien la viera y preguntara qué quería, pero no le llamaron la atención. El ruido de las voces y el tecleo de las máquinas de escribir creaban una atmósfera en

la que Amelia se sentía incómoda. En un rincón había dos teléfonos ocupados tras los cuales había una cola de hombres esperando su turno. Estos, ansiosos a la par que ociosos en ese momento, la miraban. Ese no era su lugar. Estuvo tentada de marcharse hasta que una voz la sorprendió.

—¿Sabe dónde está Ferdinand? —preguntó un hombre que vino desde la otra punta de la oficina con las manos en los bolsillos.

—Venía a verlo —aclaró ella.

—Pensaba que tenía información sobre su paradero.

—¿Disculpe? —dijo la joven confusa—. ¿A qué se refiere?

—Hace días que no acude a su trabajo. Si lo encuentra, dígale que está despedido.

El hombre se dirigió a su mesa de nuevo y Amelia se quedó unos segundos plantada, todavía pensando que de un momento a otro volverían a atenderla. No estaba conforme con eso, así que corrió tras el individuo que la había recibido y en cuanto llegó a su altura le dio un golpe en el hombro. Él se giró.

—No hemos empezado con buen pie —dijo Amelia sonriendo—. No sé si se ha quedado con mi nombre, soy Amelia Raines —dijo como si significara algo—. ¿Y su nombre es…?

El hombre carraspeó molesto, pero no contestó a la pregunta de la chica.

—Si no sabe el paradero de Ferdinand Sands, y yo tampoco, cuénteme: ¿cómo vamos a ayudarnos el uno al otro?

—Déjeme investigar. ¿Puedo mirar entre sus papeles?

—No sería adecuado —respondió cruzándose de brazos.

—Creo que puedo encontrarlo —insistió Amelia.

—¿Usted, señorita?

—Él tenía mucho interés en hablar conmigo. En cuanto sepa que lo estoy buscando, saldrá de dondequiera que esté.

Él la miró de arriba abajo y terminó por suspirar.

—La acompaño a su escritorio. No creo que encuentre nada, pero dará de qué hablar en la redacción.

A Amelia se le encendieron las mejillas; sin embargo, no contestó. El periodista la llevó a una mesa enterrada en folios mecanografiados y escritos a mano que se mantenían en un equilibrio casi mágico. La joven era consciente de que la estaban observando, aun así, no se rindió a causa de las miradas y los cuchicheos, sino porque tras lo que le parecieron horas, apenas consiguió encontrar nada relacionado con la galería. Solo dio con notas que, con seguridad, había usado Sands para los dos artículos sobre el robo y el cuadro falso que ya se habían publicado.

Al final, desistió. Por las risas que se oyeron cuando se alejó del escritorio, comprendió que no obtendría nada más de esos periodistas y que debía encontrar al señor Sands en otro lugar.

Al salir dio una vuelta por calles estrechas para llegar a su casa. Necesitaba un aliado. De repente se le ocurrió hablar con Cecil. No entendía por qué no había pensado en él antes. La había ayudado con anterioridad y sin conocer ninguna de sus pesquisas. Estaba convencida de que ahora era el momento de contarle al chico la verdad con todos los detalles de la investigación. Antes de continuar, necesitaba poder confiar en alguien ahora que Nellie se había distanciado. Estar sola podría suponer un gran peligro para ella, como lo había sido para Ernest.

Capítulo 16

Era la hora del desayuno cuando se coló una carta por la ranura de correo de casa de los Raines. Aunque pudieron oír el susurro del papel rozando el metal, ninguno de los tres levantó la mirada. Como era habitual, fue Sally quien cogió el sobre y, ante la despreocupación de la familia, se acercó a Amelia y se lo dio en mano.

Enseguida las miradas de los señores Raines se dirigieron a su hija y la de la chica quedó clavada en papel donde destacaba el nombre de Rose Whitergold.

«Señorita Raines:

Espero que tanto usted como su familia tengan buena salud.

Le escribo porque hay unos asuntos que me gustaría tratar con usted y la señora Vance y estaría encantada si aceptaran mi invitación para tomar el té en mi casa el viernes a las cinco».

Sus padres esperaban impacientes con los ojos fijos en ella, muertos de curiosidad.

—La señorita Whitergold me ha invitado a tomar el té —dijo y siguió con el desayuno sin más.

El señor Raines miró a su hija, pidiendo explicaciones, pero esta cortaba su tostada con mantequilla y mermelada como si en aquella carta no hubiera nada de especial interés. Se sintió satisfecha por haber provocado esa reacción en su padre y sonrió mientras masticaba con la vista baja.

Más tarde, Amelia escribiría preguntando a Nellie si quería acompañarla. Su amiga no quería seguir con la investigación, sin embargo, seguro que tendría curiosidad por ver el interior de la casa del señor Whitergold.



Amelia pasó a buscar a Nellie en una calesa alquilada por Sally por orden de su padre. Ambas estaban nerviosas por la invitación y también por el hecho de que con el tráfico de Londres llegarían tarde a la cita casi seguro.

—Dije que no quería saber nada más del tema —le recordó Nellie, a pesar de que ya se había comprometido a acompañarla.

—Venga, Nellie. Puede que no tenga nada que ver. Además, si no te hubiera invitado, yo misma te habría pedido que vinieras. Aprecio tu compañía y no querría estar sola con la señorita Whitergold.

La chica asintió. No hacía falta que volviera a convencerla, aun así quería asegurarse de que Amelia comprendía que este gesto suponía un esfuerzo para ella. No pronunció otra palabra, aunque le hubiera gustado expresar lo insegura que se sentía en la mansión del director de la galería Whitergold. Ya se había creído inapropiada en la casa de campo de la familia de Amelia, de todas maneras no quería recordárselo a su amiga porque estaba convencida de que ni siquiera se había dado cuenta.

Cuando se apearon, Nellie se percató de que había subestimado la envergadura de la fortuna Whitergold. La entrada a la opulenta mansión daba a Holland Park, en el barrio de Kensington, una de las zonas más exclusivas de Londres. El reflejo del sol en el encalado y el blanco mármol las deslumbró. Era un día soleado que resaltaba la grandeza de ese edificio protegido por altas vallas y espesos arbustos.

Fue Amelia la que se adelantó para abrir la verja, pero la asustó ver que al otro lado había un empleado con uniforme que la estaba observando. Una vez las chicas estuvieron en el jardín frontal, este habló:

—¿La señorita Raines y la señora Vance?

El empleado las miró a ambas esperando una respuesta, aun así Amelia se quedó muda y, contra todo pronóstico, fue Nellie la que respondió.

—Sí.

—Muy bien. Acompáñenme.

Las guio al interior con una expresión de lo más anodina y luego les señaló la escalinata que llevaba al primer piso. Allí, otro sirviente les esperaba para conducirlas al lugar donde serían recibidas.

Llegaron hasta una salita oscura, aunque ordenada, caldeada por una chimenea. Suponía que el señor Whitergold, quien podría haber pagado una instalación de gas moderna, prefería no quitarle a su hogar parte del encanto que otorgaba el fuego. Las paredes forradas de tejido azul, estaban repletas de pinturas de temática mitológica, el barniz de las cuales ya había oscurecido. Las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas de terciopelo y los suelos con alfombras con florituras y arabescos en azul y blanco que parecían recién sacudidas.

Cuando se quedaron solas a la espera de la señorita Whitergold, se miraron sin pronunciar una palabra. Ambas se sentían intimidadas por la opulencia del lugar en el que se encontraban y lo limpio que estaba a pesar de la gran chimenea y la cantidad de tejidos donde se podía acumular el polvo.

Dos sirvientes entraron con el té, los pasteles, las pastas, los sándwiches y las tostadas y los dejaron en la mesa de centro.

En el momento en que su anfitriona llegó a la sala, Nellie contuvo el aliento. La mujer rubia iba vestida con un conjunto blanco a rayas azul cielo y flores bordadas que combinaban con los lazos rosa de la falda.

—Señorita Raines, señora Vance, buenas tardes.

La voz de la mujer las alertó. La saludaron sin una palabra de más y ella las invitó a sentarse antes de hacerlo ella.

—Supongo que saben por qué están aquí —le preguntó a Amelia.

La joven aclaró su garganta, nerviosa, antes de contestar.

—No estoy segura de ello, señorita Whitergold.

Ambas estaban en tensión, sabían que la charla podía ir en su contra, sin embargo, las sorprendió que una joven como Rose Whitergold les dedicara las siguientes palabras:

—Me parece de muy mal gusto que no admitan saber lo que las ha

traído hasta este lugar —dijo molesta. Después, como si sus acciones no siguieran sus palabras, sirvió ella misma el té para las tres.

—Quizá es porque intenté ponerme en contacto con su padre —dijo Amelia después de agradecer su taza de té.

—Sí, por supuesto. En parte. Me comentó que su secretaria tuvo que batallar con usted en su propio domicilio.

—Pero no me dio cita con su padre.

—¿Después de lo que han hecho?

Amelia quiso preguntar de qué hablaba, Nellie se adelantó.

—¿A qué se refiere?

—La policía acudió a nuestra casa. Los vecinos pudieron verlo y ya se empieza a hablar de ello. Los chismorreos no son difíciles de evitar por una familia discreta. No obstante, en cuanto vuelan, se te escapan de las manos en una ciudad como esta.

—No hemos acudido a la policía —dijo Amelia sorprendida.

—Entonces, ¿de dónde sacaron una historia tan fantasiosa como con la que importunaron a mi padre? —El silencio de las jóvenes le dio pie a Rose para explicarse—. Afirman que nos han acusado de robar obras de arte prestadas al museo. ¡Eso es una locura!

—¿Lo es? —preguntó Amelia armándose de valor—. Hemos descubierto que algunas de las obras de arte que han estado en el museo por un tiempo fueron cambiadas por copias. Los originales están desaparecidos.

—¿Pero qué tipo de trama están inventando? Les pido que lo dejen ya. Si no, tengo que advertirles que las acusaciones pueden tornarse en su contra. Al fin y al cabo, la policía enseguida determinó que se trataba de una falsa alarma, que mi padre no tenía nada que ver.

—Sentimos haber molestado —dijo entonces Amelia, sorprendiendo a Nellie con su sumisión—. Estamos preocupadas por el robo de obras de arte, aunque no fuimos nosotras las que acudimos a la policía. Nunca acusaríamos a su padre.

Nellie tosió, disimulando una sonrisa. Amelia empezó a darle

vueltas a quién habría alertado a las autoridades y determinó que solo podía tratarse de Ferdinand Sands.

El silencio inundó la habitación tras una mentira tan descarada y Rose incluso pareció incómoda por un momento, cómo nunca la había visto Amelia, hasta que por fin tomó la iniciativa y se levantó.

—Me gustaría enseñarles una cosa. Por favor, acompáñenme.

Las dos jóvenes se pusieron en pie y salieron de la habitación lideradas por Rose Whitergold. Amelia empezó a alertarse cuando se dio cuenta de que se dirigían a unas escaleras ascendentes, y eso solo podía decir una cosa.

—¿Vamos al piso de arriba? —preguntó sin tapujos.

—Mis padres no se encuentran en casa, me aseguré de ello cuando las invité. Ya sé que no es habitual, no obstante estoy convencida de que sabrán guardar el secreto, no como otros. Al fin y al cabo, también resultarían perjudicadas. ¿Saben que son demasiado curiosas?

Las chicas la siguieron sin replicar y pronto se encontraron en el dormitorio de Rose. La cama con dosel dominaba la habitación. La colcha y las cortinas conjuntaban con el color del papel pintado y la moqueta. A diferencia de la sala de estar, en esta no había un abarrotamiento de obras de arte en las paredes. Un solo cuadro, algo más grande que un retrato, destacaba sobre la chimenea encendida. Rose se detuvo a su lado y lo señaló con la mirada para que las chicas lo contemplaran.

—Mi padre me regaló este cuadro por mi cumpleaños. Ya no suelo disfrutar del arte, he estado rodeada de obras de arte toda mi vida y me he llegado a hartar, pero hay algunos que valen su peso en oro.

Amelia pudo reconocer al autor. Había visto cuadros de ese mismo estilo inconfundible en la galería. El tema también era fácil de identificar: Proserpina sosteniendo una granada con la mirada fija en algún lugar fuera del cuadro. Se trataba de una obra que debía de haber visto en fotografía, porque le sonaba sobremanera. Sin duda era un cuadro valioso, solo al alcance de unos pocos.

—Es un Dante Gabriel Rosseti original —dijo con orgullo Rose.

—Es precioso —concordó Nellie—, pero ¿por qué nos lo enseña?

—Creía que querrían contemplar esta maravilla —bromeó la propietaria.

—Sin duda es hermoso y alejado de convencionalismos —Amelia lo observaba de cerca. Intentaba concluir si se trataba de un cuadro verdadero o una falsificación.

Rose no tardó en adivinar sus intenciones.

—Como he dicho, es un original —insistió—. No las he traído para que vieran una falsificación de gran calidad, sino para demostrarles que mi padre no necesita robar cuadros para nada. Puede comprar cualquiera que se le antoje. Han visto la sala. Está repleta de ellos, muchos de los cuales superan el valor de este. Por eso deben entender que mi padre no está haciendo nada de lo que lo acusan.

—Está muy convencida —dijo Amelia, sorprendida por la seguridad en las palabras de Rose Whitergold.

—Y usted muy equivocada. Si no les importa, me gustaría que ahora abandonaran mi casa —pidió—. Thomas las acompañará a la entrada.

El sirviente, que estaba en la puerta esperando a ser nombrado, sorprendió a las jóvenes, quienes enseguida se marcharon dando unos últimos vistazos al cuadro que Rose les había enseñado.

Capítulo 17

Amelia despidió a su amiga en Regent Square. El sol empezaba a ocultarse cuando Nellie golpeó su propia puerta. En lugar de ser bienvenida por Theresa, se encontró con los pequeños ojos de su suegra.

—¿Dónde has estado? —le preguntó agarrándola por la manga y arrastrándola hacia el interior.

Sorprendida, no pudo evitar la violencia con la que la empujó hacia la puerta para cerrarla. De ningún modo la mujer querría que vieran lo que sucedía en el interior de la casa.

—He ido a visitar a una amiga —dijo liberándose de la garra de su suegra.

—¿A una amiga? —preguntó incrédula—. ¿En una calesa? ¿Qué amiga iba a enviarte una calesa? ¡No me mientas!

—¡No miento! —gritó Nellie que había empezado a llorar de impotencia.

Cogiendo a la joven desprevenida, la mujer alzó la mano y Nellie cerró los ojos esperando la bofetada que no llegó. En lugar de eso, la mujer la agarró del pelo y tiró hacia abajo para poner los ojos de la joven a la altura de los suyos.

—¿Qué vas a hacer cuando le cuente esto a Roger?

La chica se sentía débil y no sabía cómo liberarse, así que se sujetó al brazo de la señora Vance para que no pudiera tirar de ella.

—¡Dígaselo! —gritó desesperada.

Era imposible que Theresa no hubiera oído las voces de ambas mujeres discutiendo y los quejidos de Nellie. Le hubiera gustado pedir ayuda; pero si la chica intervenía, podía enfrentarse a un despido y, en

parte, entendía que no se presentara. Aunque también sentía rencor por estar sola frente esa amenaza; y un segundo antes de que la mujer le soltara el pelo, decidió que le contaría a Roger lo que estaba sufriendo a causa de su madre.



La visita que recibió Amelia al día siguiente la sorprendió. No recordaba que su tío hubiera acudido jamás a su hogar. Las Navidades siempre se celebraban en la casa de él en Belgravia. Por eso, cuando su madre la hizo llamar, pensó que Sally se había equivocado con el nombre del visitante y bajó despreocupadamente por las escaleras. En el momento en que se encontró cara a cara con el hermano de su madre, paró en seco.

—Tío —pudo decir a pesar de la sorpresa—. ¿Qué hace aquí?

—Hola, Amelia —dijo severo.

—¿Pasamos a la sala? —preguntó la señora Raines, consciente de la tensión entre ambos.

Se sentaron a la espera del té que preparaba Sally para ellos. Al principio solo un silencio incómodo acompañó las miradas reprobatorias del hombre, hasta que Amelia no pudo aguantar más la tensión.

—Tío, ¿qué le trae a nuestra casa? No es que no me alegre de verle —se apresuró a decir—, es solo que no es nada habitual.

—Lo sé. Es que el asunto que me ha traído aquí tampoco es habitual.

—¿Y cuál es ese? —intervino la señora Raines.

—Tu hija —respondió el hombre.

En ese momento llegó Sally con el té y las pastas y los cuatro permanecieron en silencio hasta que la señora Raines le pidió a la chica que se retirara. Ella misma empezó a servir el té, esperando a que su hermano siguiera hablando.

—Amelia, he venido hasta aquí porque ha llegado a mis oídos que has estado investigando por tu cuenta.

—No desde que volví del campo —aseguró la joven—. No he hecho nada.

—Visitaste a Rose Whitergold —le dijo como si estuviera destapando un escándalo.

—Nos invitó a mi amiga Nellie y a mí a tomar el té —se defendió Amelia.

—¿Acaso no hablasteis de tus absurdas teorías?

—Rose quería contarme su punto de vista —dijo Amelia que no se creía que la estuvieran recriminando por algo que ella no había provocado—, eso es todo. Yo no hice nada más que escuchar.

—Pues ya basta —sentenció entonces el hombre—. Se ha acabado eso de conspirar y difamar.

—Yo no he hecho nada de eso.

—¿Y cómo es posible que haya llegado a mis oídos que el señor Whitergold recibió una visita de la policía por tu culpa?

—Amelia —susurró la madre avergonzada.

—Tío, yo no…

—¡Ya basta de disculpas!

—Pero, hermano, desde que ha vuelto del campo… —intentó intervenir la mujer.

—Ya lo sé. Y es probable que el aislamiento le haya ido bien, sin embargo, no es suficiente. He venido para decirte, Amelia, que no volverás a tu puesto en el museo nunca más. ¿Me entiendes?

—¿Y qué pasará con mi trabajo? —se quejó la chica.

—Lo llevará a cabo alguien con más competencia, alguien que realmente lo merezca y lo necesite. ¿Entiendes? —repitió esperando una respuesta afirmativa que no llegó.

Amelia se puso en pie, miró a su tío sintiéndose indefensa y luego a su madre intentando encontrar apoyo. La mujer apartó la vista y, viéndose derrotada, giró sobre sus talones, subió las escaleras tan rápido como pudo y se encerró en su habitación.



Roger se retrasó aquella tarde. Ya había anochecido, empezaba a hacer frío y Nellie esperaba a que su marido volviera sentada en un banco de Regent Square frente a la puerta de casa. Sabía que los vecinos habían empezado a hablar. Al fin y al cabo, llevaba horas fuera sin motivo aparente. Un par de ellos la saludaron y ella devolvió la cortesía, aunque ninguno se detuvo a hablar con ella y mucho menos a preguntarle qué le ocurría.

Fue Roger quien la sorprendió poniéndole las manos sobre los hombros por la espalda. Ella se giró con un salto, pero al verlo se relajó y sus ojos se llenaron de las lágrimas que había estado reprimiendo.

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó situándose frente a ella y le acunó el rostro con ambas manos—. Ya estoy aquí. Tranquila. Dime, ¿qué ha pasado?

Nellie negó con la cabeza

—Entremos en casa —propuso Roger— y me lo cuentas todo.

—No, a casa no —dijo Nellie que empezaba a sentirse avergonzada por lo que tenía que contarle.

—No podemos quedarnos aquí —le susurró con una sonrisa que no consiguió animar a su esposa—. Me estás asustando —añadió cogiéndole de las manos—. ¡Dios mío, estás helada! ¿Qué ha ocurrido? ¿Mi madre se encuentra bien? —Miró a la puerta de entrada, donde nada parecía diferente a cualquier otra noche.

—Tu madre está bien —fue lo primero que dijo Nellie cuando se atrevió a hablar.

—Dime qué está ocurriendo —pidió en voz baja para evitar que nadie más pudiera oírlos.

—El otro día me pegó —decidió empezar por ahí porque no sabía cómo describir lo que había ocurrido unas horas atrás.

—¿Quién? —se alarmó Roger.

—Tu madre —dijo por fin ella.

El rostro de Roger pasó del enfado a la incomprensión. Sus facciones no expresaron emoción alguna durante unos segundos y

entonces Nellie vio aparecer la incredulidad.

—¿Cómo que te ha pegado? Quizá has malinterpretado algún gesto…

Nellie empezó a llorar y Roger la agarró de los hombros.

—Hoy ha vuelto a pasar —dijo entre lágrimas—. No podía quedarme en casa después de eso. Roger, créeme. Por favor.

Las últimas palabras las susurró apoyándose en el pecho de su marido que la miraba sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó entonces y Nellie entendió que sí la creía.

Una cálida sensación de alivio invadió su pecho a pesar de no poder dejar de sollozar.

—Ahora estoy bien —y eso era tan cierto como que algo se había roto en su interior.

—¿Ha ocurrido otras veces?

—Solo me ha atacado dos veces, pero me grita siempre cuando no estás en casa. Todo lo que hago le parece mal. Roger, no puedo más —confesó con toda la fortaleza que fue capaz de reunir—. No puedo vivir con ella. No puedo… Roger, se tiene que ir. Se tiene que ir —repitió, convenciéndose—, o seré yo la que se marche.

Capítulo 18

Todas sus relaciones habían sido forjadas en la galería, donde ser familia del jefe suponía no estar muy unida a nadie. Confiaba en que Nellie seguiría considerándola de su confianza, pero ahora que había sido expulsada del museo, apenas coincidirían y temía que su amistad peligrara.

Habían pasado unos días desde su expulsión y se sentía abatida. Por eso, cuando la tarde anterior recibió una carta de Cecil, no dudó en decirle que le encantaría que la visitara. Tuvo que pedirle permiso a su padre y asegurarle que su madre estaría ahí con ellos, aun así valía la pena si podía conservar una relación de las muchas que terminarían desapareciendo.

Amelia miraba por la ventana de su habitación a la espera de que llegara el joven. Su padre, como era habitual, no estaba en casa y su madre estaba ultimando los preparativos del té con Sally. Cecil tardó en llegar, tanto que creyó que ya no acudiría. Todavía tenía la mirada puesta en la calle cuando el guardia del museo giró la esquina, así que se puso en pie al instante y bajó las escaleras con rapidez. Esperó a que él golpeara la puerta y a que Sally acudiera, y borró la sonrisa de su cara para que sus ansias de compañía no fueran evidentes.

La señora Raines saludó a Cecil cuando este hubo entrado en la salita y lo miró de arriba a abajo. Se notaba que él se sentía fuera de lugar. Sus ojos giraban en todas direcciones para volver a clavarse en el suelo a cada instante. Observaba a su alrededor, pero sin apenas mover la cabeza.

—Me alegra que hayas venido. Pensaba que te olvidarías de mí, como el resto, ahora que he dejado la galería —dijo Amelia con una

sonrisa de agradecimiento.

—Me sorprendió mucho cuando oí que ya no volvería.

Amelia apartó la mirada y luego su madre les instó a sentarse en los sillones de tapizado sobrio. La chica estaba sorprendida por el hecho de que Cecil hubiera ido a verla y por su aparente interés en el Rembrandt robado. Estaba tan animada contestando a todas sus preguntas que se le pasó por alto lo que Cecil sabía o no sabía y habló más de la cuenta, incluyendo partes que su madre desconocía hasta el momento. Lo que más les sorprendió fue conocer que había más de un cuadro robado y falsificado.

—Pero ¿por qué es importante ese artículo? —preguntó su madre. Cecil se mostraba de igual forma confuso.

—Demuestra que alguien en el museo es el responsable —explicó Amelia impaciente porque la entendieran.

—¿De qué? —cuestionó Cecil con voz queda, como si estuviera a punto de desvelar un secreto.

—De la muerte del propio Ernest, por supuesto.

El momento en que la señora Raines y Cecil se miraron fue de lo más extraño. Compartieron una expresión de incredulidad que hizo encender la sangre a Amelia.

—Yo tampoco quería creerlo, pero todo apunta a eso.

—Ya veo, señorita Raines —acabo por admitir Cecil.

Y, aun así, a Amelia le dio la sensación de que, cuando abandonó la casa, lo hizo sin estar convencido de la veracidad en sus palabras. Al verlo marchar, sintió un cosquilleo ansioso en su barriga, quería seguir hablando, tramando y sobre todo intentando averiguar la verdad del el asunto.

La señora Raines no se había negado a que los chicos hablaran de las teorías de Amelia, sin embargo en cuanto se quedaron las dos a solas le dedicó una mirada reprobatoria a su hija.

—Ese chico no me gusta para ti, claro que si te interesa, podemos pasar por alto su falta de apellido.

—¡Mamá! Cecil no me interesa, es un crío, además, ¡claro que

tiene apellido!

—Sea como sea, a tu padre no le hubiera gustado que siguieras con esas teorías tuyas. Puedes hacer mucho daño.

—Papá no lo sabrá. —Amelia pronunció estas palabras como una petición.

La mujer negó con la cabeza.

—No puedo negarte que tus pesquisas son interesantes y que, si fueran ciertas, se armaría un buen escándalo. De todas maneras, no creo que tengas derecho a difundirlas.

Amelia miró a su madre a punto de volver a replicar. Lo pensó.

—De acuerdo, mamá. Iré con cuidado —prometió.



La carta llegó por la mañana, debía de haber sido enviada tarde el día anterior. Amelia vio escrito el nombre de su tío en un lado y el de su padre en el otro.

Cuando le dio la carta al hombre, se marchó a la cocina para espiar lo que ocurriera en el salón. Esperó con la oreja atenta a cualquier conversación o ruido, pero no escuchó ninguna frase a medias ni una voz susurrada, sino un grito pronunciando su nombre. El sobresalto casi le hizo soltar una exclamación.

Salió de su escondite con prudencia. No sabía qué podía esperar y ya estaba cansada de riñas por su curiosidad o hablar más de la cuenta. ¿Podía ser que de algún modo su tío se hubiera enterado de lo hablado con Cecil y su madre?

En el momento en el que se dejó ver por su padre, este no mostraba una expresión severa, más bien parecía cansado.

—¿Cuándo dejarán de llamarme la atención por tu comportamiento? —El señor Raines se pasó una mano por la cara.

Amelia esperó a la bronca que le parecía inevitable, sin saber el motivo. Él se serenó y se sentó sin pronunciar palabra. Ella se acercó un poco y miró a su madre que tampoco sabía qué esperar. La chica decidió sentarse en frente de su padre para aguardar sin miedo lo que tuviera que decirle.

Cuando habló, las sorprendió a ambas con voz serena:

—Era de tu tío —anunció, aunque ya lo sabía—. El señor Whitergold se ha puesto en contacto con él y le ha hablado de ti.

—Esta vez no he hecho nada —se apresuró a decir Amelia.

—Lo sé, el señor Whitergold en el pasado ha reaccionado a tus impertinencias con serenidad. Podría haberte denunciado.

Ella lo miró incrédula.

—¿Por qué?

—Por difamación, para empezar.

—Pero no lo ha hecho. Entonces, ¿qué quiere? —preguntó la señora Raines que se frotaba las manos, nerviosa, en pie junto a su marido.

—Es un poco inusual, parece que el señor Whitergold quiere verte en su casa.

Amelia se quedó sin palabras. No la intimidaba tanto volver a la mansión de Kensington como tener una entrevista personal con el director de la galería.

—Me ha comentado que puedes llevar a tu amiga. La misma que te acompañó cuando fuiste a ver a Rose.

—Se llama Nellie —dijo Amelia.

—No me importa como se llame. —La severidad en su tono de voz le chocó—. Solo quiero que dejéis de meteros en asuntos que no os conciernen.

—¿Por eso quiere vernos? ¿Para soltarnos una regañina? Ya hablamos con la señorita Whitergold y nos dejó claro que su padre no está metido en nada turbio.

Querría haberse quejado más; decir que sus pesquisas habían llegado a un punto muerto y que ni Nellie ni ella sabían cómo seguir. Así que otra recriminación por sus investigaciones sería improductiva. A pesar de todo no dijo nada porque de repente tenía la oportunidad de hablar con el señor Whitergold y preguntarle si estaba escondiendo obras de arte y si había tenido algo que ver en las muertes de Ernest y su padre. Tenía que superar el miedo que podría sentir ante una figura así. ¿Sería capaz de actuar al mando de la situación?

—Tu tío me ha dicho que el señor Whitergold quiere que sepas que tiene que mostrarte algo y que no aceptará un «no» por respuesta a su invitación.

Amelia consiguió esconder tras una expresión impasible su sonrisa. Si querían que dejara de indagar, no deberían de meterla en la boca del lobo. Pero lo estaban haciendo y no podía sentirse más impaciente.

—Iremos.



—No lo veo claro, Amelia. Podríamos meternos en un lío —le dijo Nellie en cuanto le contó lo ocurrido en la puerta de su casa.

—No puedo acudir sola. No sería apropiado.

—¿Por qué no vas con tus padres? —preguntó Nellie.

—Eso es lo más extraño. El señor Whitergold dice que quiere enseñarnos algo y que no es asunto de nadie más. Solo podemos ir tú y yo.

—¡Qué escándalo! ¿Cómo van a permitir que te cites con un hombre a solas?

—Mis padres se fían del señor Whitergold. Es el jefe de mi tío al fin y al cabo y, además, no estaré a solas con él, vendrás conmigo.

—¿No estará Rose?

—No lo sé, la verdad —respondió Amelia que todavía esperaba la respuesta de su amiga.

—Supongo que podría ir —dijo entonces Nellie—. Necesito salir de casa.

—¿Estás bien? Suenas un poco…

—¿Apagada? Eso dice Roger.

—Mañana me lo cuentas todo —le prometió Amelia.

Capítulo 19

La noche estaba en calma. La lluvia disfrazaba el sonido del escaso tráfico nocturno. Amelia no podía dormir. Ya había empezado a plantearse si se estaba poniendo en peligro al aceptar la invitación. Se decía una y otra vez que sus padres sabrían dónde se encontraba y que Nellie estaría a su lado, aun así se preguntaba por qué tan poco después de haber visitado a Rose su padre volvía a reclamarlas en su casa. Algo no la convencía y no conseguía averiguar el qué.

Por eso, cuando los rayos de un tímido sol empezaron a entrar por la ventana, todavía estaba despierta. Se levantó de la cama pensando que todos dormían en la casa y se llevó una sorpresa al encontrar a Sally desayunando en la cocina. En cuanto se vieron, se levantó de la silla para saludar a Amelia.

—Come tranquila, no hace falta que te levantes —le dijo.

—Tendré que prepararle el desayuno —dijo la chica que todavía tenía un trozo de tostada en la boca.

—No tengo hambre —mintió—. Esperaré a que mis padres bajen.

Se fue al salón y se sentó al lado de un bastidor con un bordado que su madre tenía a medias. Lo miró, pensando en que ahora que no trabajaría en el museo se tendría que dedicar a estas actividades de mujeres. A su madre le encantaba y seguro que no le vendría mal que la ayudara a llevar la casa, pero Amelia sabía que echaría mucho de menos su ocupación. Sumida en estos pensamientos, tuvo una idea repentina. Ahora que iba a hablar cara a cara con el señor Whitergold, podría pedirle que la readmitiera en el museo. Quizá incluso podría pedir que la dejara trabajar para los conservadores. Con total seguridad, el hombre estaría enfadado con ella y, por tanto, no estaba

en la mejor situación para pedir favores, de todas maneras Amelia tenía la esperanza de que quizá podrían intercambiar intereses.

Amelia intentó distraerse con el libro que había dejado su padre en su sillón de lectura; pero se trataba de un texto espeso, redundante, florido y, por encima de todo, aburrido. Nunca le había gustado leer, ni siquiera las novelas para mujeres que encantaban a las jóvenes de su edad, así que se dedicó a pasar páginas, nerviosa por lo que podía ocurrir aquel día hasta que por fin su madre bajó las escaleras.

Desayunaron cuando el cabeza de familia hizo su aparición. Ya habían pedido la calesa el día anterior y Amelia dedicó el resto del tiempo mirando por la ventana hasta que llegó.

—Sé discreta —le aconsejó su padre antes de que la puerta del vehículo se cerrara.

Amelia no respondió, ni siquiera asintió; aun así, sabía que debía ser prudente como lo había sido durante la visita a Rose.

Nellie esperaba en la puerta de su casa a pesar de que parecía tener frío. Amelia no preguntó, ya habría tiempo de hablar con ella sobre lo que fuera que la estuviera preocupando.

La mansión Whitergold les dio la bienvenida con su aspecto majestuoso, esta vez intimidante por el ambiente húmedo y las nubes que acechaban sobre Londres. Como en la ocasión anterior, les abrió el sirviente uniformado y se adelantó para abrirles la puerta. Después las hizo esperar en la entrada en lugar de hacerlas pasar a la sala. Eso puso nerviosa a Nellie y Amelia le cogió la mano un momento para infundirle ánimos.

—Gracias por acompañarme —le dijo en voz baja para que su anfitrión no las escuchara.

Nellie hizo una mueca. Quería decir que ella no estaba para nada convencida de lo que estaban haciendo.

Lo primero que oyeron fueron pasos sobre el mármol. Su contundencia escondía una ligera cojera. Amelia supo que era el señor Whitergold. No había hablado nunca con él, pero lo había visto en incontables ocasiones, en especial en la galería.

Por su lado, aunque Nellie jamás había estado en su presencia, adivinó al instante de quién se trataba.

—Señorita Raines.

Amelia se adelantó y respondió:

—Buenos días, señor Whitergold.

—Señora Vance.

—Encantada.

Ambas esperaron un eterno instante hasta que el hombre habló.

—No me gusta andarme por las ramas y no están aquí como mis invitadas, así que me disculparán si no les ofrezco bebida —dijo con una cadencia lenta que sorprendió a Nellie.

—Me contaron que quería revelarnos algo. —Amelia tomó la iniciativa. No iba a dejarse arrastrar por la autoridad de aquel hombre.

—Así es. Y eso voy a hacer.

—¿Aquí? —preguntó Amelia extrañada.

El señor Whitergold negó y les hizo acompañarle a una sala que hacía la función de despacho. Tenía altas estanterías de madera oscura que llegaban al techo, repletas de libros. Entrar en ella agobió a Amelia y buscó posibles salidas que poder tomar si la situación se volvía peligrosa.

—Siéntense, por favor.

Las jóvenes obedecieron, esperando la regañina por parte del señor Whitergold. Amelia tenía pensado lanzar las preguntas que tantas ganas tenía de formular después de esta.

—Han estado investigando sobre mí y mis ideas en materia de conservación de obras de arte y cómo eso puede estar relacionado con la desaparición de pinturas en la galería.

Poco a poco las dos chicas se estaban dando cuenta de que el señor Whitergold no estaba reprendiéndolas ni escondiendo nada, sino revelando sus cartas, cosa que las confundió.

Ante la mirada atónita de las chicas, él sacó un papel doblado de uno de los cajones del escritorio. Amelia reprimió una exclamación al

reconocer la letra de Ernest.

—Supongo que piensan que pueden hacerme daño con los cotilleos que están lanzando. Aunque sean ciertos, no importa que un par de desarrapados los crean.

—Entonces, ¿es verdad?

«¿Está falsificando arte? ¿Lo está robando? ¿Ha matado usted por eso?», querría haber preguntado.

A Amelia se le había acelerado el corazón. ¿Serían también ciertas sus sospechas sobre la muerte de Ernest y John? Por el momento, callaría. Tenía que ser discreta, como le había pedido su padre.

—¿Le sorprende? Creía que a estas alturas no tenía ninguna duda. Seguro que, como amantes del arte que son, estarán de acuerdo conmigo. Estoy haciendo un favor a la humanidad preservando esas obras de arte donde no van a deteriorarse jamás.

—Robando y mintiendo. Falsificando cuadros —se atrevió a decir Nellie con la voz temblorosa.

—Delitos insignificantes en comparación con el bien que estoy haciendo —replicó el hombre.

Un silencio incómodo lo invadió todo. Las preguntas que rondaban las cabezas de las chicas no eran pronunciadas a causa de la sorpresa de estas ante la convicción del señor Whitergold.

—Se preguntarán por qué les estoy contando todo esto —dijo con lentitud mientras las miraba con fijeza—. En definitiva, esto no lo sabe nadie. Ni mi familia ni su tío. ¿Por qué confiar en dos jóvenes entrometidas? —Se levantó del sillón y se acercó a ambas situándose a sus espaldas—. En realidad, no confío en ustedes, sino en su irrelevancia. Han intentado difamarme y no han conseguido nada. Me visitó la policía y consideraron que las acusaciones contra mí eran estúpidas. Nos reímos bastante mientras les servía una copa.

—Nosotras no llamamos a la policía. Tiene el artículo de Ernest, debe saber que no éramos las únicas tras su pista. Además, todavía no entiendo por qué nos explica todo esto —dijo Amelia que, como Nellie, se había girado hacia él.

—Porque tengo una propuesta —dijo e hizo una pausa que se les antojó eterna—. No pueden hacerme daño, pero sí me molestan. Tampoco puedo eliminarlas, sus muertes provocarían ruido. No como la de esos muertos de hambre. Así que les pido que dejen de insistir en denunciarme.

—Ahora que sabemos la verdad, no nos detendremos —se atrevió a decir Nellie.

—Eso lo dice porque todavía no ha oído mi propuesta.

Amelia negó con la cabeza, no obstante, se calló lo que pensaba en aquel momento.

—Miren, soy razonable y tengo una oferta para cada una. Señorita Raines —dijo fijando la vista en Amelia—, si guarda el secreto podrá seguir trabajando en el museo y le pagaré lo suficiente para que pueda tener independencia económica en cuanto cumpla la mayoría de edad.

Amelia contuvo el aliento. Esas dos palabras la habían impresionado: «independencia económica». Jamás se había planteado que pudiera ser capaz de mantenerse a sí misma sin ayuda de sus padres o un marido. Se oía hablar de mujeres que vivían solas, pero eran pocas. Además, todavía existían menos de estas que pertenecieran al estatus social que quería aparentar su familia. No habló.

—A usted, señora Vance, solo le puedo ofrecer permiso para copiar cualquier pintura de la galería y dinero a cambio del resultado. Seguro que a su modesto hogar no le vendrían mal unas cuantas libras más.

—No me interesa —dijo Nellie sin pensarlo ni un segundo.

Amelia se sintió mal por haber considerado la oferta, así que agarró a Nellie del brazo y tirando de ella hacia la puerta dijo:

—No tenemos nada más de que hablar.

—Una última cosa —dijo el señor Whitergold consiguiendo que se detuvieran—. Aunque no vayan a creerlas, si yo fuera ustedes, dejaría de ir chismorreando como su amigo, el abogado, o el periodista entrometido. No vaya a ser que se hagan daño.

Se les heló la sangre y la ansiedad anidó en sus estómagos. Amelia se giró para encararse al hombre y este solo le mantuvo la mirada un momento. Luego se colocó de nuevo ante las chicas y rio. Ni ella ni Nellie, que tenía la vista clavada en el suelo, fueron capaces de pronunciar palabra hasta que él, con su característica cojera, salió de la habitación para dejarlas solas.

—Nellie, ¿has oído? —dijo susurrando.

La otra, todavía tensa, asintió.

No les dio tiempo de hablar sobre lo que acababan de descubrir porque un sirviente del señor Whitergold se presentó en la habitación para acompañarlas a la salida.



A Nellie unas mariposas para nada agradables le cosquilleaban en el estómago. Había querido cerrar un capítulo de su vida, pero ahora las consecuencias iban más allá de ella misma y no era justo. No lo era. Se sentía tan enfadada por la muerte de John y a la vez tan triste que empezaba a entender todas esas personas que buscaban justicia a cualquier precio en las novelas que alguna vez había leído. Pensó en *El conde de Montecristo* y en cómo esta se puede convertir en venganza. No, no llegaría a eso. No quería transformarse en esa clase de persona. Tenía que conseguir que ese hombre admitiera todo lo que había dicho ante ellas, a la policía.

—No te preocupes por mí —dijo Nellie una vez subidas a la calesa —. No me importa dejar de pintar en el museo y debemos contar a la policía que la muerte de John y su hijo fue cosa suya.

—¿Y qué hay de Ferdinand Sands? ¿Le habrá ocurrido algo?

—Eso insinuó, ¿verdad? —dijo Nellie—. Tenemos que ir. Las consecuencias para él serán mucho más terribles que para nosotras.

—Si nos creen —dijo Amelia para nada convencida, intentando no pensar ni sentirse tentada por la recompensa que obtendría si no se involucraba.

—¿A qué te refieres?

—La policía no nos creerá. Solo somos dos mujeres y el señor Whitergold es muy importante, tiene aliados por todas partes. Además, Ferdinand Sands ya informó y no sirvió de nada.

—¿Pretendes ocultar lo que acabamos de descubrir? —preguntó Nellie preocupada por la actitud de su amiga.

—No —se apresuró a decir—. Lo que quiero decir es que tenemos que hacerlo público.

—¿Cómo?

—¿No te diste cuenta de lo rápido que se propagó la noticia sobre la desaparición del cuadro y la siguiente sobre la falsificación?

—No van a tomarnos en serio.

—Sí lo harán, si firmamos con un seudónimo. —Nellie le dedico una mirada interrogante—. Seremos Ferdinand Sands y entregaremos

el artículo a *The Daily Telegraph*.

Capítulo 20

El paseo hasta la galería era agradable a aquellas horas de la mañana. De vez en cuando notaba cómo le caía una que otra gota en la cara. Amelia pisaba los pequeños charcos que había producido la persistente llovizna y se levantaba la falda solo lo suficiente para evitar mojarse los bajos.

Nadie la había citado en el museo y ya no trabajaba ahí, pero necesitaba ver a alguien para llevar a cabo lo que se habían propuesto Nellie y ella. No la habrían dejado salir para ir al museo ni con la excusa de ir a dar un simple paseo, por eso les contó a sus padres que iría a ver a Nellie a su casa. Al fin y al cabo, era su única amiga. Ninguna otra de sus conocidas la cubriría, así que le pareció adecuado y funcionó. Los Raines pasaron a creer que esa amistad conseguiría que su hija tomara el ejemplo de una mujer casada y anhelara la vida de su amiga.

Le hubiera gustado pasar desapercibida, como eso era imposible, así que tendría que ingeniárselas para hablar con Cecil en el exterior sin ser vistos.

No se encontraba entre los guardas que custodiaban la entrada. Solía trabajar en el interior, así que no le sorprendió. Solo tuvo que llamar la atención de uno de los jóvenes vigilantes y pedirle que avisara a su amigo. Cuando lo vio, lo saludó con energía. Él advirtió al instante su presencia y le dedicó una mirada interrogante. Ella hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera, rodeando el edificio. Cecil le hizo caso y, cuando ya no podían ser vistos, se acercaron el uno al otro, cada uno a un lado de la reja.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el chico sorprendido.

—Necesitaba hablar con usted. —Amelia se agarró con una mano al metal de la valla.

Cecil parecía perdido y ella no tardó en explicarle a toda prisa lo que había ocurrido en casa del señor Whitergold. Empezó con su confesión respecto a los cuadros robados y después le contó con palabras exactas como les había insinuado que había matado a Ernest y quizá a dos personas más. Al terminar, Cecil, que se había mantenido serio hasta el momento, estalló en una carcajada.

—No puedo creerlo —dijo entonces sorprendiendo a Amelia.

—Nos lo dijo a Nellie y a mí. Si quieres, puede contártelo ella. Ya no es una suposición.

—Seguro que interpretaron mal al señor Whitergold. ¿Creen que mató a alguien? ¿Un hombre de su relevancia? La policía se habría dado cuenta.

Amelia no sabía qué decir, pero pasó el brazo por la verja para agarrar la manga de Cecil que ya iba a marcharse.

—Es cierto y voy a escribir un artículo para el periódico. Por eso estoy aquí. —Cecil se alteró—. Necesito que me ayudes. Cuando lo tenga listo, necesito que un hombre lo presente a *The Daily Telegraph*. Ni a Nellie ni a mí nos tomarían en serio.

—¿Van a difamar al señor Whitergold?

Amelia no había pensado que, al fin y al cabo, el sustento de Cecil dependía del propietario de la galería. No era solo que él no creyera en sus palabras, es que no quería hacerlo.

—Voy a desvelar la verdad y me vendría muy bien su ayuda.

—No hay pruebas de lo que dice —se quejó Cecil—. Podría meterse en líos, señorita Raines. Lo siento, yo no voy a participar en esto. La verdad es que al principio me convenció con la historia del robo de pinturas en la galería. Ahora veo que todo es una fantasía. Solo me lo creeré si lo veo con mis propios ojos.

Cecil se deshizo del agarre de Amelia de un tirón. Esta se dio cuenta de que había soltado lágrimas de impotencia ante la incredulidad de quien pensaba que era uno de sus aliados. Se quedó

con la mano sosteniendo el vacío y la mirada perdida hasta que la lluvia se intensificó, empezando a calarla.

Tardó en reaccionar y abrir el paraguas. Ya se le había empapado el pelo, su aspecto debía de parecerse mucho a su estado de ánimo. Ambos se habían deteriorado en cuestión de segundos bajo la lluvia, pero no iba a dejarse vencer ni chantajear por el señor Whitergold. Encontraría el modo de poner al hombre en evidencia y conseguir que todo el que leyera el artículo estuviera convencido de sus palabras.



No le apetecía abandonar su habitación. El cielo estaba encapotado por lo que había descartado salir a pintar y no quería dar un paseo vagando por la ciudad sin dirigirse a ningún lugar en concreto.

Podría haber disfrutado de la mañana viendo la lluvia caer al otro lado del cristal de la ventana de la sala, pero ni siquiera se atrevía a acercarse a la puerta de su cuarto. La casa no era tan grande como para poder evitar a su suegra y ahora no se sentía capaz de enfrentarse a ella. Por eso, cuando oyó unos pasos subiendo por las escaleras, sus hombros se tensaron. Tenía miedo de que la señora Vance golpeara en cualquier momento; en lugar de eso, se quejó a voces:

—¿Seguirás haciendo el vago? —y añadió—: ¿por qué Dios me habrá castigado con una nuera que se pasa el día en la cama?

Tras estas palabras la escuchó volver por donde había venido y Nellie pudo respirar más tranquila, aunque todavía alterada. Estaba preocupada por que su suegra no se marchara nunca. Roger le había asegurado que estaba haciendo todo lo posible para que la mujer se mudara dejándolos solos, sin embargo hasta el momento no le había contado el plan a su madre y eso hacía desconfiar a Nellie.

Intentaba no pensar que su marido podría estar prometiéndole algo que jamás llegaría a ocurrir. Tenía que confiar en él si quería vivir con esperanza; al fin y al cabo, solo habían pasado unos días desde que el matrimonio había decidido que la mujer ya no viviría en casa. Sabía que el momento de informar a la señora Vance no sería agradable, pero en parte deseaba que llegara y se diera cuenta de que su hijo no aceptaba cómo la estaba tratando. Eso quería, sin embargo los pensamientos de incertidumbre y desconfianza empezaron a dar vueltas por su cabeza. Necesitaba hablar con alguien. Alguien que no fuera su marido. Pensó en Amelia al instante.

No tardó en estar lista para salir y sacó fuerzas para abrir la puerta de su habitación. Consiguió bajar las escaleras y llegar a la entrada sin cruzarse con su enemiga. Se marchó sin avisar tras ponerse el sombrero y coger su paraguas.

No le molestó tener que esperar a que la calesa de bus llegara. La lluvia la calmó y consiguió mantenerse serena hasta que el vehículo la dejó en el Strand. Desde allí llegó sin problemas caminando hasta la casa de Amelia.

No la esperaban, por lo que estaba algo preocupada por si molestaría y dudó antes de llamar a la puerta. Sally abrió y la hizo pasar a la entrada para que no se mojara esperando. La sirvienta subió las escaleras y volvió con su amiga, a quien se le iluminó la expresión al verla.

—¡Buenos días! —exclamó y se acercó para darle la bienvenida.

—Necesito hablar contigo —le comentó—. Tendría que ser a solas.

Amelia asintió y fue a la sala para hablar con su madre. Esta dudó un momento. Creía que su hija podría estar metiéndose en más líos, sin embargo no pudo decirle que no. La joven era muy convincente, siempre lo había sido.

En pocos minutos, estaban sentadas en el sofá de la sala. Sally les preguntó si querían que preparara un té, pero Nellie no aceptó y Amelia le pidió que las dejara solas.

—Es mi suegra —empezó a contarle conteniendo las lágrimas—. Me grita, me menosprecia y ha llegado a pegarme.

—¿Cómo se atreve? —Amelia cerró los puños, enfadada—. ¿Roger lo sabe?

Nellie asintió.

—Me ha prometido que está buscando algún lugar donde su madre pueda vivir. Al fin y al cabo, no puede abandonarla.

—Yo lo haría.

—Apenas tiene dinero propio y ninguna propiedad. —Nellie suspiró—. Entiendo a Roger, yo tampoco la dejaría sola y sin recursos; por otro lado, estoy deseando que se vaya y siento que no puedo esperar más.

—No deberías volver a casa. Quédate aquí.

—¿Qué locura es esa? ¡Imagínate qué pensaría la gente! Habría chismorreos sobre nosotras y nunca podríamos volver a vivir en paz.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes quedarte sola con esta mujer.

—Antes tenía el museo, pero ahora…

—Tienes que seguir pintando en el museo —dijo Amelia muy segura—. Estarás a salvo y así confundiremos al señor Whitergold. Creerá que hemos aceptado sus condiciones.

—¿Estás segura de que debería hacer eso?

—No quiero que te hagan daño —declaró Amelia.

—Supongo que podría pasarme el día ahí. Roger me lo permite y, si puedo ayudar, mejor.

—Necesito tiempo para encontrar alguna prueba, he pensado en volver a casa de John. Quizá pueda encontrar algo que haga creíble mi artículo. Si tú vas al museo, el señor Whitergold se relajará.

«O eso espero».

Capítulo 21

Los Raines eran cada vez más reticentes a que su hija alquilara una calesa para ir a ver a su amiga y se preguntaban por qué esta apenas acudía a casa. Por eso, durante días, Amelia no tuvo oportunidad de ir al domicilio de los Yust a por pruebas que consiguieran convencer a Cecil y a otros más como él.

Se sentía encerrada en casa, aunque su madre solía proponerle ir de paseo juntas. Ella se negaba, alegando el clima. Solo tenía en mente descubrir la verdad y no quería estar fuera de casa por si había alguna novedad y Nellie se presentaba sin avisar. Estaba a la expectativa, así que cuando Sally fue a abrir la puerta tras unos rítmicos golpes, Amelia se adelantó y respondió. Ahí se encontraba Cecil que la saludó con voz alterada.

—Buenas tardes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amelia, no muy convencida de querer hablar con él después de su última conversación.

—He visto algo —dijo y, tras una pausa, añadió en voz más baja —: Necesito hablar con usted, pero no aquí.

—No sé si me interesa.

Amelia estuvo a punto de cerrar la puerta, con orgullo.

—Escúcheme —le pidió Cecil—. Si no quiere, entonces no venga, pero deje que me explique.

—De acuerdo —aceptó Amelia con curiosidad, aunque no lo invitó a entrar.

—Vi algo. Ayer hice el turno de noche y un hombre bajó a los almacenes con un cuadro de la medida del Rembrandt envuelto en tela blanca. Me pareció extraño, porque no está previsto ningún

traslado. —Amelia se sorprendió, quería oír más, esperaba que la anécdota no terminara ahí, así que no habló y dejó continuar al chico —. Lo seguí, entró en una sala llena de cajas fuertes entre pinturas almacenadas. Una de las que no visitamos nosotros. —Ella asintió—. Me he asomado y, de repente, no había nadie en la sala. Fue como si hubieran desaparecido.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? ¡Nada! Salí corriendo de ahí. Me dio miedo estar involucrado después de todo lo que me explicó la última vez.

—Entonces, ¿ahora me cree?

—Sí —respondió—. Tiene que venir a verlo.

—Claro. Iré en cuanto pueda —dijo Amelia que ya había empezado a pensar en cómo podría convencer a sus padres para que la dejaran ir a la galería.



Amelia tomó una decisión. Podía salir mal y perder del toda la autonomía a la que sus permisivos padres la tenían acostumbrada, no obstante, era su única opción. Siempre había sido un poco rebelde, sin embargo jamás había hecho nada igual. Nadie lo esperaría y por eso, porque quería que se enteraran lo más tarde posible, no hizo ningún ruido cuando salió por la puerta principal y se encontró cara a cara con un conocido con el que le hubiera gustado no volver a coincidir.

—¡Señor Hargreaves! —exclamó sorprendida. El hombre le respondió con una sonrisa—. ¿Qué hace aquí?

—Iba a dejar mi tarjeta para que supieran dónde me hospedo y estuvieran avisados de mi próxima visita, supongo que el destino ha hablado por nosotros.

—¿El destino? —preguntó Amelia a quien no le gustaba por donde había ido la conversación.

—Señorita Raines, me encantaría seguir hablando con usted aquí —dijo a pesar de que sus voces apenas se oían por encima del tráfico—, sin embargo creo que sería más apropiado que ambos entráramos.

Amelia no sabía cómo resolver la situación. Debía marchar al museo sin demora, pero sus padres la matarían si dejaba tirado a ese hombre en la puerta de su casa. Pensó con rapidez y quizá no eligió las palabras adecuadas, aunque las pronunció y no hubo vuelta atrás:

—Debo marcharme, así que yo misma recogeré su tarjeta —dijo con la palma en alto.

—Eso no es adecuado —respondió Charles Hargreaves. Parecía sorprendido.

—Tengo que irme —dijo sin más, y pensó: «no puede entrar en casa o me pillarán».

—Si quiere, puedo acompañarla.

Notó un cosquilleo en el estómago y, por un momento, sintió que debía volver a entrar con el hombre, que se metería en líos si no lo hacía; sin embargo bajó los escalones que separaban su hogar de los adoquines de la acera y se relajó.

—Claro —respondió.

Encontraría las obras de arte y expondría al señor Whitergold. La policía daría crédito a sus palabras respaldadas por las de Cecil.

El corto paseo que la separaba de la galería se le antojó eterno ese día. Charles Hargreaves le habló de cada una de sus hermanas que empezaban a mezclarse en la mente de Amelia. Los transeúntes y el tráfico dificultaban su avance. «¿Siempre hay tantos obstáculos?», se preguntó mientras los sorteaba con impaciencia. Charles apenas le seguía el ritmo y le costaba respirar de lo mucho que hablaba.

Amelia se despidió del hombre en la puerta del museo.

—Gracias por el paseo —dijo Amelia.

Charles Hargreaves no sonreía.

—Supongo que es aquí donde nuestros caminos se separan —dijo colocándose bien el sombrero—. Hasta la próxima —prometió.

Amelia decidió entrar por detrás cuando su acompañante desapareció con la cabeza gacha llena de pensamientos confusos. Eligió esa puerta para no llamar la atención, pero resultó contraproducente. Gran parte del personal de seguridad la saludó. Algunos preguntaron por su ausencia y otros simplemente se alegraron de verla. Por suerte, no la retuvieron demasiado.

Hasta llegar al ala este, donde esperaba encontrar a Nellie, tenía que recorrer pasillos y galerías que conocía como la palma de su mano. Avanzaba sin dejar de mirar cada rincón por si encontraba a Cecil. Casi creyó haberlo visto en dos ocasiones, para después darse cuenta de que no se trataba de él sino de otros guardas de seguridad. «Ya lo buscaré luego», se dijo, pero antes quería hablar con ella.

Encontró a su amiga ante el caballete. Los ojos de Elisabetta Sirani observaban a la pintora desde el cuadro que estaba replicando, y Nellie le devolvía la mirada.

Amelia se acercó aprisa haciendo sonar los tacones sobre el entarimado y Nellie se giró y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a trabajar? ¿Tú también vas a fingir aceptar el trato? —terminó de decir en un susurro.

Negó con la cabeza.

—No te lo vas a creer. Sé dónde están los cuadros robados. Ahora voy a por ellos. Tienes que acompañarme —dijo sin apenas coger aire.

—Espera. ¿Qué quieres decir?

Enseguida, le explicó lo que le había contado Cecil con todo lujo de detalles, añadiendo algunos para adornar el relato.

—¡¿Te lo puedes creer?! —terminó exclamando Amelia.

—Shhh… —Nellie estaba sorprendida por el giro en los acontecimientos, no obstante había algo que no la convencía—. Entonces, ¿vas a encontrarte con Cecil?

—Debe estar en la entrada del museo. Me ha dicho que va a enseñarme ese lugar secreto. Tienes que venir con nosotros —le pidió a su amiga.

—Tengo mucha curiosidad —dijo Nellie, aunque algo la distrajo. Amelia siguió la trayectoria visual de sus ojos y encontró a una mujer de mediana edad que las observaba. La reconoció: se trataba de la suegra de su amiga—, pero creo que debo quedarme.

—¿Quieres que haga que la echen? —preguntó Amelia en un susurro.

—No, ya me las apañaré

Apartó la mirada.

—¿Quieres que me quede contigo? —ofreció.

—No, tengo que hablar con ella a solas. Además, no me hará nada en público.

Amelia asintió y Nellie le pidió que se fuera con un gesto.

—Luego me lo cuentas todo.

—Tú también.

Amelia pasó cerca de la señora, quien la observó con desconfianza. Miró por última vez atrás, para asegurarse de que su amiga estaba bien, y esta le hizo un gesto para que se marchara sin preocuparse.

Bajó la escalera con prisa. Los botines hacían sonar sus apresurados pasos sobre el mármol. Seguía mirando a lado y lado para encontrar a Cecil, pero no lo dio con él ni siquiera cuando llegó a la

puerta principal de la galería. Fue el chico el que se acercó a ella por la espalda y la sorprendió agarrándole el brazo. Se giró alarmada, sin embargo, cuando lo encontró tras de sí, sonrió.

—Señorita Raines, suerte que ha llegado. He estado vigilando los almacenes por si alguien entraba, ¡y lo he visto!

—¿El qué? —preguntó Amelia en un susurro, envalentonada por las palabras de su amigo.

—El lugar donde tienen los cuadros escondidos. Lo han dejado abierto.

El corazón de la chica se aceleró. Por fin encontraba lo que tanto había ansiado. Al final el Rembrandt no había salido del museo como todos habían creído.

Cecil hizo un gesto con la cabeza para que ella lo siguiera, y en cuanto se puso en marcha así lo hizo. Le sorprendió que las luces estuvieran apagadas. Aunque no solía bajar a los almacenes, siempre las había visto encendidas, pero no quedaba nadie trabajando ahí abajo. Así podrían indagar tranquilamente.

—¡Por aquí! —dijo Cecil al llegar a la puerta adecuada. Estaba cerrada, sin embargo el chico pudo abrirla con una llave que llevaba en el bolsillo—. Se la cogí al supervisor cuando se marchó.

Ella no hizo caso, no le importaba nada cómo había conseguido esa pieza clave en su aventura. Solo le interesaba llegar a su objetivo. Por eso siguió a Cecil por entre las obras y cajas fuertes que llenaban esa habitación a oscuras.

—Es por aquí —dijo Cecil. Y oyó el arrastrar de marcos. Madera contra madera.

—¿Cómo ves el camino? —le preguntó la joven que avanzaba a tientas.

—Se ve luz saliendo de detrás de la puerta.

Amelia miró y atisbó un poco de claridad que no conseguía hacer visible el camino. Cecil la dejó pasar y ella abrió la puerta todavía hipnotizada por la tenue luz. Cuando puso las manos sobre el metal y tiró, se sorprendió por lo poco que pesaba y lo fácil que estaba siendo.

El chico pasó primero, y Amelia se quedó paralizada por la anticipación de lo que estaba a punto de presenciar. No fue hasta que Cecil le llamó la atención desde el otro lado que no se movió.

El cuerpo de Amelia era más ancho que el del chico y le costó escurrirse por el hueco por el que no podían caber más que obras de pequeño formato. Terminó en un largo pasadizo con una leve inclinación hacia abajo. Varios apliques eléctricos iluminaban el camino que iba a parar a unas escaleras descendentes. Amelia se fijó en ellos por lo recargados a pesar de modernos. Imitaban candelabros, estaban hechos de hierro forjado y pintados en dorado.

—Vamos —dijo Cecil—. Ya verá lo que he encontrado. No podrá creer a sus ojos.

Amelia dudó un momento mirando hacia atrás. Aunque desde fuera apenas era perceptible, la rendija por la que habían entrado permanecía abierta. Por un momento se quedó quieta en el sitio. Un escalofrío la recorrió. Lo achacó a la corriente de aire en el pasadizo y decidió ignorar el presentimiento que le decía que quizás había ido demasiado lejos.

Capítulo 22

Amelia se quedó con la boca abierta cuando entraron en la estancia. Habían bajado varios tramos de escaleras hasta llegar a un gran almacén, mucho mayor que ninguno que hubieran visto en el museo o en cualquier otro lugar. Era frío y húmedo. «No es el mejor lugar para las obras de arte», pensó Amelia.

Más que la grandiosidad de la sala, lo que la sorprendió fue la enorme cúpula que ocupaba la mayor parte del espacio. Era transparente, de vidrio, montada en una estructura metálica que, aunque liviana, daba pesadez a la estructura. Los trozos de cristal, todos de las mismas dimensiones, daban la sensación de un conjunto sólido, con líneas metálicas interrumpiendo el reflejo de la luz amarillenta. Realmente parecía que hubieran partido por la mitad una esfera de cristal que medía dos veces su altura y la hubieran adherido al grisáceo suelo. Pronto se dio cuenta de lo que había en el interior: eran caballetes que sostenían obras de arte.

Amelia se acercó mientras Cecil quedaba rezagado, disfrutando de la reacción de la chica. Lo primero que distinguió ella fue el marco de una pintura que reconoció al instante. Era de un dorado que contrastaba con los tonos oscuros de las pinceladas de un Joseph Wright auténtico. También distinguió a los dos príncipes que deberían estar en Holloway y, por supuesto, el Rembrandt que lo había puesto todo patas arriba.

No obstante, la joven no pudo detenerse demasiado a contemplar este y el resto de obras de arte que empezaba a atisbar, porque la mirada se le fue a un bulto que permanecía inmóvil en el centro de la cúpula. Lo reconoció a pesar de estar de espaldas y se llevó las manos

a la boca con sorpresa. Primero se acercó al cristal y golpeó con los puños, aun así se detuvo al ver que no iba a ceder.

Miró a lado y lado en busca del acceso a la cúpula y descubrió un corto pasadizo también hecho de vidrio. Tendría que cruzar dos puertas transparentes para entrar, pero no dudó en correr a abrir la primera compuerta.

—¡No abras! —gritó Cecil y la detuvo interponiéndose en su camino.

—Tenemos que ayudarlo —dijo con urgencia Amelia.

—Creo que está ahí dentro desde hace mucho.

—Eso da igual.

—¡Amelia! —la llamó por primera vez por su nombre—. No puede entrar ahí. No hay oxígeno.

—¿Qué? —preguntó la chica confusa.

—Mire ahí —dijo señalando un enorme depósito que estaba unido a la cúpula por un tubo—. ¿Ve? Hay una «N», de nitrógeno.

—¿Qué significa? —preguntó Amelia.

No esperaba una respuesta; aun así, Cecil respondió:

—Dentro de la cúpula, el nitrógeno substituye al oxígeno.

—¿De verdad eso es relevante? —preguntó con urgencia—. Podría estar muriendo.

—Las obras pueden deteriorarse si abrimos esa puerta.

—¡¿Qué más da?! —Amelia estaba a punto de abrir sin hacer caso de Cecil, quien finalmente la detuvo—. ¡El señor Sands podría estar muriendo!

Si no hubiese estado tan alterada, habría entendido que en el interior de la cúpula de nitrógeno el hombre no podía seguir con vida.

—¿Qué hacemos? —Amelia se veía desesperada—. ¿Y si abrimos y dejamos salir el nitrógeno?

—Tardaría demasiado —dijo Cecil y enseguida añadió—: Mira ahí.

—¿Qué es eso?

—Son escafandras. Deben usarlas para entrar.

Amelia se apresuró y cogió una.

—Tienes que entrar —le pidió a Cecil—. Yo tardaré demasiado en ponerme esto.

—No creo que sea una buena idea —se quejó el chico.

—¿Tienes miedo?

Cecil asintió.

—Pues gírate.

Amelia empezó a desvestirse a toda prisa en cuanto el chico obedeció.

—¿Sabes por qué hay nitrógeno substituyendo el oxígeno ahí dentro?

Amelia ni siquiera respondió, estaba demasiado ocupada. Con esa falda no podría meter las piernas en el traje, así que fue lo primero de lo que se deshizo.

—El oxígeno toma parte en todos los procesos de deterioro de cualquier obra de arte; exceptuando las fuerzas físicas, por supuesto.

Se giró un momento para comprobar que Cecil no la estaba mirando.

—La luz también degrada las obras —protestó Amelia negando con la cabeza.

—Solo si hay oxígeno —explicó Cecil que esperaba a que la joven terminara de vestirse con las manos en los bolsillos.

Amelia se preguntó por un momento cómo Cecil sabía eso, o si era cierto lo que le explicaba. Pero comprobar si Ferdinand Sands estaba bien era su prioridad. Si no hubiese estado tan alterada, habría entendido que en el interior de la cúpula de nitrógeno el hombre no podía seguir con vida.

Agradeció que Cecil mantuviera la calma a pesar de la situación, así que ni siquiera se paró a pensar que podía resultar extraño. La urgencia hizo que se quitara las enaguas quedándose en pololos. Para tener mayor movilidad, se deshizo de la chaqueta, la camisa ya la cubría lo suficiente. Por eso no tuvo reparos en pedirle a Cecil que le abrochara el traje, tarea que resultó más complicada de lo que se

imaginaba. El chico se aseguró de que quedara bien sellado. Amelia no se quejó cuando el peso de la escafandra cayó sobre sus hombros, aunque no pudo evitar una exclamación en el momento en que él le puso el casco. Amelia ya no se sentía tan fuerte.

—No le hace falta bombona de oxígeno —dijo el chico—. El aire que hay dentro del traje ya es suficiente, además, no podría cargar con ella.

La voz de Cecil le llegó apagada, aun así pudo oírlo y asintió. Él pareció entenderla, pues la cogió de uno de los guantes en un gesto que se le antojó demasiado íntimo, incluso por encima de la goma. La acompañó a la entrada de la cúpula.

Amelia se percató de que las puertas estaban selladas con caucho para que no hubiera escapes, sobre todo para que el aire exterior no pudiera entrar. Él le soltó la mano cuando pasó la primera puerta y la joven se sintió más segura. No oyó cómo el chico cerraba la compuerta tras de sí antes de que pudiera abrir la segunda y tampoco se dio cuenta de ello cuando estuvo dentro.

Se agachó al lado de Ferdinand Sands, pero rápidamente se percató de que no seguía con vida. De hecho, se sorprendió de haber pensado que era una posibilidad y, paralizada, lo observó. Sintió la sangre helarse en sus venas. El color grisáceo de sus manos fue lo primero que advirtió y le dio la vuelta solo para corroborar lo evidente: hacía tiempo que había muerto. Lo que más la chocó fue el aspecto de sus ojos hinchados y enrojecidos, casi salidos de sus órbitas. Se apartó de él levantándose de golpe y andando hacia atrás hasta chocar con uno de los cuadros que había sobre un caballete y tirarlo al suelo. No pudo evitar sobresaltarse, preocupada por la integridad de la obra de arte, antes de decirse que la muerte del periodista hacía insignificante el mal que pudiera haber sufrido el cuadro.

Se paró un momento para mirar a su alrededor. Había una docena de caballetes colocados en círculo sosteniendo lienzos que reconoció por haber estado expuestos en un momento u otro en la galería.

Volvió a mirar a Ferdinand Sands, comprendiendo lo sucedido. Sin duda, el señor Whitergold era el responsable del robo de obras de arte y ahora estaba segura de que también estaba implicado en la muerte de Ernest y su padre, además de la del señor Sands. Era imposible que no supiera que la cúpula dentro de este enorme espacio se encontraba bajo su galería.

Estaba conmocionada, sus pensamientos se enredaban. Mareada, tuvo que apoyarse en uno de los caballetes y entonces entendió que había estado demasiado tiempo ahí dentro. No sabía si se le estaba acabando el oxígeno o se sentía así a causa de las emociones que se habían despertado en el interior de aquella cúpula.

Sintiéndose impotente, lo único que podía hacer era salir de aquel lugar y hablarle a la policía del muerto, acompañada por Cecil, por supuesto. Casi se había olvidado de él cuando se dirigió a las puertas de la cúpula mirando a su alrededor, intentando encontrar al joven. Se detuvo y empujó el cristal, todavía intrigada por el paradero de su acompañante. Pero se dio cuenta de que la primera puerta no cedía. Empujó más fuerte y no ocurrió nada.

—¡Cecil! —gritó Amelia volviendo a mirar alrededor.

Lo intentó de nuevo con el corazón latiéndole con fuerza.

«Esto no puede estar pasando».

Entonces se dio cuenta de que por mucho que se esforzara el cristal no se movería, porque aquella puerta tenía una cerradura en la que antes no había reparado. Alguien la había encerrado y pronto entendió que había sido Cecil. Él la había llevado hasta ahí. Se le humedecieron los ojos del terror. Miró a Ferdinand Sands, él había muerto ahí dentro y ella sería la siguiente.

—Y solo falta el gran final —sonó una voz, al otro lado del cristal.

—¡Ábreme! —suplicó Amelia al reconocer la voz de su captor, aun sin verlo.

—Si lo hiciera, vivirías y dirías que yo te he llevado hasta aquí.

Amelia no se atrevió a negarlo.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —golpeó el cristal con su

puño enguantado en goma.

—Has estado husmeando demasiado y, en parte, eso va a beneficiarme.

Amelia no dijo nada. Miraba a su alrededor en busca de una salida. Apenas entendía las palabras de Cecil, pero este continuó hablando:

—El señor Whitergold ya estaba harto, y aun así no quería acabar contigo, ¿sabes? Al parecer tu desaparición provocará mucho revuelo.

Amelia se dirigió otra vez a la puerta e intentó manipular la cerradura, arrancando la goma de alrededor, con la torpeza de sus manos dentro de esos enormes guantes.

—¡Ábreme! —repitió, porque no sabía de qué otra manera convencer al chico. ¿Mintiendo? Estaba demasiado aterrada para ni siquiera pensar en un buen engaño.

Entonces apareció, de repente, delante de ella, con la cara tras la cerradura sellada y la sobresaltó provocando que diera un paso atrás.

—Voy a ir a la policía, decir que el señor Whitergold te encerró aquí y que tú trabajabas para él como asesina. —dijo casi demasiado bajo como para que lo oyera desde dentro de la escafandra—. ¿Y sabes qué? Solo será para divertirme. Confesaré mis crímenes, sí, ¿cómo podría quedarme con eso dentro? Pero diré que los cometiste tú. Me dará envidia, es cierto, todo ese reconocimiento malgastado en una niña mimada —soltó las últimas palabras con asco y un grito—. Aun así, me divertiré tanto que vale la pena. Valdrá la pena. Cuando estés muerta.

Asustada, Amelia cogió uno de los cuadros con marco de nogal, seguramente la madera más dura que se encontraba dentro de la cúpula. La urgencia hizo que no se preocupara por la pintura que estaba a punto de estropear. Se trataba de un Rubens, la obra más valiosa de la colección; pero en Ferdinand Sands había visto su propia muerte. Su ruborizada piel se convertiría en un lienzo sin vida, y sus ojos solo destilarían horror. No iba a detenerse si eso suponía terminar como el periodista.

Cecil rio al ver cómo la desesperación invadía a Amelia cuando se dio cuenta de que no había dañado el cristal en absoluto y entonces su voz dejó de oírse. En el momento en el que la chica se percató, empezó a golpear con más fuerza. Con toda la que tenía, que cada vez era menos.

Capítulo 23

Tras el fuerte golpe, la paleta cayó boca abajo, ensuciando el *parquet,* y el lienzo impactó contra Nellie que terminó en el suelo con la ropa impregnada de pintura. Sus pies se habían enredado con las patas del caballete, por lo que le costó ponerse en pie y enfrentarse a su suegra. Estaban solas en la sala. No se veía ningún vigilante cerca, ni siquiera después del estruendo que se había producido. La mirada de la señora Vance emanaba desprecio y Nellie todavía no sabía cómo reaccionar.

—Ya estoy harta de tus excentricidades. ¿Qué diría Roger si te viera así?

—Roger sabe que pinto en el museo —se quejó Nellie.

Se había hartado de ser la víctima. Alzó la cabeza y apretó los puños. No iba a amedrentarse, aunque tuviera el vestido manchado y no pudiera detener el temblor en su cuerpo.

—Mi hijo no te ha visto aquí, expuesta como un cuadro más, a la vista de todo tipo de personas —pronunció la última palabra con desprecio.

—¿Por qué le molesta tanto que Roger me permita pintar? Pienso que es porque usted no sabe disfrutar con nada.

El rostro de la señora Vance se volvió escarlata del enfado.

—Yo solo quiero lo mejor para mi hijo. Él no sabe cómo decirte que no, pero a mí no me importa. Te mantendré a raya.

—No soy una niña —dijo Nellie con la voz temblorosa—. Y usted no es mi madre.

—Si te comportas como una cría, así voy a tratarte —sentenció la mujer.

—Pues bien, diviértase intentando que me venga abajo mientras viva usted con nosotros, por supuesto —dijo Nellie disfrutando del momento.

—¿Qué quieres decir? No pienso irme a ninguna parte.

—No se preocupe, Roger y yo pensamos por usted. Pronto la vamos a echar de «nuestra casa» —recalcó las últimas palabras—. Ya está decidido.

Nellie no esperó una respuesta, se dio la vuelta y se alejó. No iba a recoger sus herramientas de trabajo, no delante de esa mujer. Necesitaba marcharse con la cabeza alta y solo le quedaba confiar en que su marido de verdad fuera a deshacerse de su madre. Si no, su vida sería un infierno.

Siguió avanzando con paso rápido de galería a galería, todavía con el corazón latiéndole con fuerza. Solo se detuvo cuando estuvo convencida de que su suegra no se encontraba detrás. Se apoyó en un arco que separaba dos estancias y se dio un respiro, aunque fuera delante de un vigilante de sala curioso que observaba la mancha multicolor en su falda.

No podía pensar después de lo ocurrido, solo quería esconderse y llorar, no obstante, no permitiría que nadie la viera así. Por eso se limpió las lágrimas que se le habían escapado y sopesó cuál sería el siguiente paso. No iría a por sus pinturas, no todavía, sin embargo tampoco podía volver a casa. Necesitaba ayuda. Necesitaba a Amelia. Recordó que su amiga tenía pensado ir a los almacenes del museo.

Sabía que tendría que colarse y que, si alguien la veía, la detendría y quizá también pondría en problemas a su amiga; pero no le importó. Bajó las escaleras tan rápido como le permitía su falda y pronto se encontró en el vestíbulo. Ahora solo le quedaba descender a los almacenes, pasando el cordón de terciopelo encargado de disuadir a visitantes curiosos.

Había dos vigilantes en la entrada, una chica en la taquilla y otra en recepción, aunque nadie controlaba el acceso a los sótanos. Uno de los guardas cruzó la mirada con ella y Nellie la desvió rápidamente.

Empezó a andar observando las molduras del techo y solo cuando estuvo segura de que no la veían, se acercó a las escaleras y se agachó para pasar por debajo del cordel.

Bajó los primeros escalones a toda prisa, sin embargo su paso se ralentizó en el momento que la oscuridad empezó a engullirla. Puso la mano en la pared y avanzó a tientas por el pasillo, notando de vez en cuando el tacto de la madera de una puerta bajo sus dedos. Intentó abrir un par sin éxito hasta que creyó oír algo tras ella. ¿Alguien la había pillado? Se detuvo como un ratón asustado y miró atrás. Al principio no vio más que el pasillo, hasta que se dio cuenta de que una puerta se movía. Cuando se detuvo, la figura de Nellie quedó recortada por la luz que venía de escaleras arriba. Intentó abrir la puerta junto a la que había quedado, pero no cedió, así que se pegó a la pared y esperó que quien estuviera saliendo de allí no la viera.

La persona cerró de un portazo, echó la llave y cuando Nellie la vio, estuvo a punto de preguntarle por su amiga. Sin embargo se detuvo y permaneció escondida. Algo iba mal. ¿Por qué Cecil salía sin Amelia de ese lugar? ¿Por qué lo hacía con aquella actitud furtiva? ¿Dónde estaba ella? ¿Nunca había entrado o permanecía dentro? No tuvo que esperar mucho a que el chico se fuera sin mirar atrás y entonces Nellie intentó abrir la puerta. Era imposible, no cedía. ¿Qué podía hacer? Algo le decía que no confiara en Cecil, a pesar de que su primer instinto fue el de correr tras él para preguntarle por su amiga. Aunque una vez en el vestíbulo, buscó con la mirada y tampoco lo encontró. En su lugar estaba Rose Whitergold y se dijo que aceptaría la ayuda de cualquiera. No le dio tiempo a moverse antes de que Rose la viera y se acercaba.

—¿Qué hace aquí?

—No puedo explicarme, necesito entrar en uno de los almacenes. Amelia está en peligro. O eso creo.

—¿La señorita Raines ha entrado donde no podía entrar y se ha quedado encerrada? —dijo con hastío Rose.

—Creo que la han dejado allá. Creo que alguien puede haberle

hecho daño. —Nellie la miró a los ojos—. Por favor.

—Espéreme en el sótano —le pidió y se marchó a paso ligero.

Rose bajó con varios manojos de llaves. Aunque la mayoría estaban etiquetadas, les costó encontrar la de esa habitación en concreto.

Nellie entró a toda prisa, sin esperar a que Rose se apartara.

—Aquí no hay nadie —dijo entonces Rose tras encender la luz—. Dígame ahora si bromeaba cuando dijo que su amiga había entrado aquí y no había salido.

—Es cierto —dijo Nellie analizando cada rincón de la habitación.

Rose dudó un momento.

—Parece que han abierto la puerta hace poco. Esos cuadros… los han movido —susurró Rose pensativa. Nellie valoró dejar hablar a la señorita Whitergold del supuesto desorden sin hacerle ningún caso, porque no era momento de detenerse a charlar del tema. Pero Rose siguió y lo que dijo captó su atención—: sé dónde puede estar.

—¿Cómo?

—Las cosas no están como deberían. Alguien ha entrado donde no debía. Lo sé porque mi padre siempre coloca estos cuadros delante, para que la entrada pase desapercibida.

—¿Qué entrada? —preguntó Nellie frustrada— ¿De qué habla?

—No debería mostrarlo, claro que, si hay una vida en riesgo, nadie podrá reprenderme.

—Le aseguro que Amelia entró en esta habitación y no salió —dijo Nellie suplicante, aunque no sabía qué pasaba por la mente de la otra mujer.

Buscó entre las llaves y sacó un manojo de entre el conjunto en el que colgaban las más pequeñas.

—Esta es —dijo Rose liberándola. Dejó caer la maraña metálica y la alzó a la altura de los ojos. ¿Era miedo lo que Nellie percibía?—. Esta llave es única. Solo existe esta copia.

La metió en el cerrojo de la caja fuerte más apartada. Estaba pegada a la pared.

—¿Cómo pueden estar aquí? —preguntó Nellie, sin embargo su voz se cortó cuando notó una corriente de aire frío acariciándola.

Rose abrió y entonces lo entendió. Eso no era una caja fuerte, sino una puerta.

Nellie no pidió permiso para entrar ni impidió que Rose la siguiera. Se cogió la falda y las enaguas para dejar sus pies libres para correr. La cúpula de cristal la sorprendió tanto que no percibió a las dos personas tumbadas en su interior. Se acercó para examinarla con detenimiento, pero entonces Rose entró.

Nellie la miró y dejó de prestar atención al interior de la cúpula. Rose parecía sorprendida de verdad, aunque había sido su conocimiento de la puerta lo que las había llevado ahí.

—¿Qué es esto?

La hija del señor Whitergold estudiaba la estructura de arriba a abajo y cuando sus ojos llegaron al suelo, se llevó una mano a la boca abierta a causa de la sorpresa y con la otra señaló los cuerpos en el interior.

Nellie se giró en ese momento y, siguiendo el dedo, vio a Ferdinand Sands y no tardó fijarse en la escafandra en la que entendió que debía estar Amelia. Se encontraba cerca de lo que parecía una puerta de entrada a la jaula de cristal. No dudó ni un momento y se abalanzó sobre la primera barrera para abrirla. A pesar de ello no cedió.

Rose estaba paralizada, Nellie no podía pedirle ayuda, así que miró a su alrededor intentando encontrar una respuesta. No sabía lo urgente que era que consiguiera abrir las puertas, sin embargo, algo le decía que debía darse prisa.

La habitación estaba vacía fuera de la cúpula; aun así, consiguió encontrar lo que necesitaba. Miró un aplique de la pared y resolvió que no era de gas, sino eléctrico. Así que alzó los brazos y lo agarró para después tirar con fuerza. Tuvo que colgarse para conseguir moverlo, pero no era suficiente.

—¡Ayúdeme! —le pidió a Rose que todavía no se había movido.

La joven reaccionó, cogió otro de los falsos candelabros de hierro fundido y tiró. El objeto cayó de las cuatro manos que lo habían arrancado de la pared con estruendo.

Aunque pesaba mucho para ella, Nellie cogió el aplique con fuerza y se dirigió a la entrada para romperla en pedazos de un golpe. El cristal no cedió al primer ataque, pero Nellie no se rindió, cogió aire y con un grito volvió a abalanzarse sobre el cristal, consiguiendo reducirlo a pedazos. Estaba agotada y se le cayó el aplique; lo recogió y repitió la operación con la puerta interior junto a la que estaba tumbada Amelia. Los trozos de cristal cayeron sobre la escafandra y tuvo que tener cuidado al ponerse de rodillas. Le costó quitarle el casco a su amiga y, cuando al fin le vio la cara, suspiró de alivio. Amelia respiraba.

Capítulo 24

La enorme estancia alojó a una decena de personas sorprendentemente rápido y, aunque tenía que dar su testimonio sobre los hechos, Rose Whitergold se escabulló de la cámara, pasando desapercibida por primera vez en su vida. Sentía su corazón latir con fuerza y no podía evitar llevarse una mano al pecho, como si así pudiera controlarlo.

Había visto un cadáver que empezó a tener peor aspecto minuto a minuto desde que Nellie rompió el cristal. También sufrió por Amelia. No le caía bien la chica, no obstante, eso no significaba que quisiera verla morir. Al contrario, había rezado en silencio para que se recuperara. Y a pesar de todo lo vivido y sentido, llegada a ese punto, saliendo del sótano solo podía pensar en su padre y estaba furiosa. La confianza que había puesto en él se hizo pedazos Ella sabía que estos jamás volverían a ser parte de un todo.

No sabía hasta qué punto su padre había sido responsable de lo ocurrido. ¿Habían sido los asesinatos orquestados por él? De lo que estaba convencida era que había robado todas esas obras de arte e instalado la cúpula que convertía esas pinturas en inmortales. Rose no era gran amante de la estética ni de la importancia histórica de las piezas, sin embargo, conocía su valor económico. Después de salvar a Amelia, se dio cuenta de la cantidad de dinero que reposaba sobre esos simples caballetes de pino. Ella confió en su padre, jamás había abierto la caja fuerte donde, según él, guardaba una pequeña fortuna para el futuro que, cuando muriera, llenaría las manos de Rose. En retrospectiva, analizó esas palabras y entendió que se refería a los cuadros. Su valor la convertiría en una persona muy rica. Pero no lo

quería, no de esa manera. Robar era el modo más rastrero de enriquecerse, solo lo hacían los desesperados y los que no tenían la capacidad para conseguir lo que deseaban por sí mismos. Su padre se incluía en la segunda categoría, por supuesto. No supo convencer a los propietarios de las obras de arte para que se las vendieran o, quizá, Rose vivía engañada y su estatus y privilegios eran solo una ilusión tras la cual no había más que telarañas. Se prometió que su padre lo pagaría y le demostraría que ella podía reconstruir la imagen del museo, que ahora quedaría afectada a causa de sus crímenes.

Llegó al vestíbulo. Estaba vacío. Encontró las grandes puertas de madera cerradas. La luz era escasa. No podía procesar nada más. Estaba en el centro de la estancia. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Tenía la mirada perdida. Entonces percibió el llanto. Era débil. Rose no se movió. Cogió aire. Intentaba recuperar el control sobre sí misma. Pudo mirar a su alrededor y sus músculos se relajaron solo para ponerse en tensión de nuevo.

Volvía a ser dueña de su mente.

Vio a Nellie sentada en el suelo y apoyada contra una columna, sollozando. No dudó en acercarse. El eco de sus pasos no llamó la atención de la joven que solo alzó la vista cuando Rose se encontraba a un metro escaso. Una tendió su mano y la otra la aceptó.

Nellie empezó a sosegarse, intentando no soltar más lágrimas ante la hija del señor Whitergold. Al verla se había sentido amenazada pero, justo antes de coger su mano, recordó cómo la había ayudado a salvar a Amelia.

—Gracias —pudo decir en un suspiro.

—No me agradezca nada. No hay necesidad.

Rose, que ya se sentía en control de la situación, se atrevió a ponerle una mano sobre el hombro. Nellie se sorprendió, aunque no rechazó la muestra de apoyo.

—Ha sido una suerte que estuviera en la galería. Si no la hubiera visto, no hubiéramos podido llegar a Amelia a tiempo.

—No ha sido casualidad. Vine como mensajera de mi padre.

Quería que le dijera que no servía de nada que solo usted aceptara el trato. Debían ser ambas —lo dijo apartando la mirada avergonzada—. No la encontré en el ala oeste y cuando dio conmigo, me estaba dirigiendo al ala este, por si estaba allí.

—Ya veo —dijo Nellie para llenar el silencio que había escapado del control de Rose.

—Mi padre… Lo siento.

—Nos mintio —le recriminó Nellie—. Dijo que tu padre no era culpable del robo de obras de arte.

—Me equivoqué. Yo no sabía esto. —Señaló en dirección al almacén.

—Sabía que la puerta nos llevaría a Amelia.

Rose apartó la mirada.

—Mi padre me hizo prometer no abrir nunca esa puerta. Desde que era pequeña, cuando ni siquiera sabía dónde encontrar esas llaves, me dijo que si nunca miraba ahí me lo dejaría en herencia. Era un secreto entre los dos: que había una gran fortuna en esa pequeña caja. O eso creía. Las medias verdades no son más que mentiras veladas.

Rose se dio cuenta de que estaba llorando cuando Nellie le ofreció un pañuelo. Eran lágrimas de rabia, de decepción. No quería parecer débil, así que se las limpió y no volvió a salir ninguna más.

—¿Y las llaves? ¿Tenía la que abría su cámara secreta con el resto?

—El manojo estaba en la caja fuerte de mi padre. Siempre están ahí o en su bolsillo y yo sé la combinación. Él creyó que era seguro dármela porque no contó conmigo, con que podía ser un peligro para sus planes. Supongo que nunca lo hizo. Me la dio como un dulce a un niño, para que pensara que tenía control sobre lo que en realidad es suyo.

—¿Está bien? —preguntó Nellie a Rose que estaba repuesta en apariencia.

—Sí. Seguro que volveremos a vernos. Ahora necesito estar sola —dijo y se alejó, subió la escalera y se dirigió al despacho de su padre.



El daño no sería irreversible, pero nadie le quitaría a Amelia varios días de cama. Había estado mucho tiempo falta de oxígeno y paralizada por el *shock*. No la dejaron visitar a su tío, así que le pidió con la autoridad de quien sostiene la verdad que acudiera a su casa. No creyó que le hiciera caso. Tenía que dar muchas explicaciones a la policía y quizá eso no se le permitiría. Aun así, llegó de noche, amparado por las sombras y a salvo de los primeros curiosos.

—Debes comprender que por la mañana la puerta estará plagada de periodistas y entrometidos en busca de chismes que llenarán las conversaciones en los salones de todo Londres.

—Claro, gracias por venir —dijo ella en la cama, a pesar de que aseguraba haber recuperado todas sus fuerzas.

—Te lo debía.

El señor Raines carraspeó. Se mantuvo apartado, pero a una distancia que le permitiría defender a su hija de Bates de ser necesario.

—¿Me lo escondió? —Amelia fue al grano porque no podía seguir viendo la cara de su tío sin llorar. Necesitaba saber si él había tenido algo que ver en lo que le había ocurrido. Tenía que oírlo de él, aunque fuera mentira.

—Nunca te haría daño —aseguró el hombre, sin embargo, no lo había confesado todo y ella lo supo, así que se mantuvo en silencio—. Sabía que ocurría algo extraño. Sabía que el Rembrandt era falso, el señor Whitergold lo confesó. Dijo que el original se había dañado.

—Y después, ¿ignoraste todo lo que te dije? Cada vez que venía, solo quería ayudarte.

—Quería proteger la galería. No vi más allá.

—No querías ver —Amelia tenía lágrimas en los ojos—. Murió gente. Podrían estar vivos ahora si hubiéramos detenido al señor Whitergold antes. ¡Yo podría estar muerta! —gritó finalmente, a pesar de no sentir enfado, más bien la profunda marca que el miedo había dejado en ella.

—Por eso te pedí que lo dejaras.

—Porque, aunque no sabías qué pasaba, sí eras consciente de que el señor Whitergold era peligroso.

El hombre no pudo añadir nada más. Lo intentó, pero la voz se le quebró. Ni siquiera pronunció una última disculpa.

Amelia quería echarse a llorar, abrazarse a su almohada y sollozar como una niña pequeña, sin embargo, se mantuvo fría. Despidió a su tío con unas palabras que ya no querían acusar, solo ordenar. «Fuera».

Capítulo 25

Amelia estaba nerviosa. Durante esa semana habló más con la policía que con su propia familia. Los agentes acudieron a su casa para charlar con ella sobre su investigación y los acontecimientos del día en que casi muere. Tras la detención de Cecil y del señor Whitergold, empezaron a extenderse rumores sobre lo que había ocurrido en el museo cuando el chico intentó matar a Amelia Raines. Al día siguiente, en la prensa ya se podían encontrar retazos de su testimonio mezclados con mentiras que jamás salieron de su boca.Desde que el par de ladrones y asesinos habían sido detenidos, se habían impreso más artículos sobre el asunto de los que Amelia fue capaz de leer. La mayoría eran elucubraciones fantasiosas y el resto carecían de detalles que pudiesen ser de interés para el público.

Frente a su puerta, curiosos y periodistas esperaban con cámaras listas para tomar una fotografía de la superviviente del recientemente bautizado como «descuartizador del museo». Aunque Cecil no había troceado a ninguna de las víctimas, Amelia tenía que usar ese término para que los lectores de *The Daily Telegraph* supieran de quién hablaba en el artículo que estaba escribiendo para el periódico.

Desde que el par de ladrones y asesinos habían sido detenidos, se habían impreso más artículos sobre el asunto de los que Amelia fue capaz de leer. La mayoría eran elucubraciones fantasiosas y el resto carecían de detalles que pudiesen ser de interés para el público.

Ya casi tenía completo el relato de los acontecimientos, pero habían pasado unos minutos en los que no había podido añadir ni una palabra más. Se quedó paralizada cuando le tocó describir sus impresiones y sentimientos en el momento en el que se dio cuenta de

que la puerta de la cúpula estaba cerrada. Tenía la mirada perdida en algún punto del papel de pared de su habitación y sintió el mismo pánico, como si volviera a estar dentro de esa angustiosa escafandra respirando su propio aliento.

Cuando regresó a la realidad, no sabía cuánto tiempo había pasado desde que había garabateado la última palabra sobre el papel. Tuvo que recomponerse para seguir escribiendo.

Después del rescate por parte de Nellie, Cecil fue detenido en la galería. Fue más difícil arrestar al señor Whitergold. No podía negar que sabía de la existencia de la cúpula ni que él había sido el responsable de su construcción. También era absurdo alegar su desconocimiento de las obras de arte robadas. Las pruebas en el sótano de la galería apuntaban en su dirección sin ninguna duda, pero las acusaciones que no quiso aceptar fueron las que lo señalaban como un asesino. Por su parte, Cecil habló y, gracias a la presión de la sociedad londinense, el señor Whitergold fue acusado por las tres muertes que había encargado. Cecil por una más. Aseguraba que no había podido evitar acabar con la vida del hombre que lo vio manchado en la sangre de John Yust y que estaba dispuesto a detenerlo.

Los policías le habían contado a Amelia la versión de Cecil. Se sentía orgulloso de lo que había hecho; ni siquiera estando entre rejas se arrepintió de haber matado a esos hombres para el señor Whitergold. El primero fue John Yust quién había amenazado con destapar el robo de obras de arte. Al parecer, necesitaba más dinero para pagar los estudios de su hijo y el señor Whitergold se negó a concedérselo.

Cecil había confesado que el propietario del museo lo usaba como intermediario con el pintor y que, llegado el momento, atosigado por el chantaje, le pidió matarlo. Al parecer, la recompensa para ese trabajo fue suficiente como para que Cecil se tomara la libertad de eliminar a Ernest al ver que estaban cerca de revelar secretos que expondrían la realidad. También confesó el asesinato de Ferdinand

Sands. Cecil había citado al periodista en el museo con la premisa de que iba a mostrarle el escondite de las obras de arte. Una vez en el sótano, lo aturdió con un golpe en la cabeza y después lo arrastró al interior de la cúpula donde murió asfixiado. Del mismo modo quería que acabara Amelia, pero esta vez dentro de la escafandra, para que la policía creyera que había sido la artífice de las muertes.

Terminó su escrito con angustia y, cuando estuvo listo, sintió que se había quitado un peso de encima. El director de *The Daily Telegraph* le había asegurado una compensación económica a cambio de su testimonio. Era más dinero del que ganaba en cuatro meses en la galería. No quería negarse, aunque sus padres prefirieran que fuera discreta y le hubieran prohibido hablar del tema. El dinero lo cobraría en unos meses, cuando cumpliera los veintiuno, la haría un poco más libre y escribir sobre su experiencia suponía desmentir las muchas versiones del suceso que habían surgido y que la dejaban en mal lugar.

Bajó por las escaleras con su escrito en la mano hasta llegar al salón donde encontró al señor y la señora Raines.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó su padre.

El hombre estaba harto de que la prensa hablara de su hija y la señora Raines no estaba menos preocupada. Si supieran lo que iba a hacer, se lo prohibirían.

—Nada, solo escribía una carta al señor Hargreaves. No quiero que se lleve una mala impresión de mí —dijo fingiendo timidez.

Les explicó a sus padres cómo se había encontrado con él la fatídica noche. El hombre había escrito, excusándose por volver al campo tras el escándalo que la chica había protagonizado en el museo. Al parecer, prefería una mujer tranquila, alguien que no persiguiera a un asesino en serie. Por tanto, tenía mucho sentido que Amelia se disculpara por su comportamiento por escrito, aunque nunca lo hubiera hecho de verdad.

—Has estado mucho rato —insistió su padre—. ¿Esa es la carta?

Señaló el sobre.

—Sí. Me gustaría volver a verle —dijo sin tener que pensarlo, ya había preparado la excusa—. Voy a dársela a Sally para que la lleve a la oficina del Royal Mail. Quiero que llegue cuanto antes.

El hombre gruñó, pero su esposa le puso una mano sobre el hombro y dejó estar a Amelia. La joven se dirigió a la cocina a toda prisa y le llamó la atención a Sally entre susurros.

—Necesito su ayuda.

—Señorita Raines, si me descubren podrían despedirme —dijo la chica apartándose de Amelia como si pudiera quemarla.

—Por favor, solo una vez más —dijo, aunque ambas sabían que eso no era cierto—. Necesito que lleve esto a la dirección que he apuntado aquí —mientras decía estas palabras, le puso el sobre en la mano.

—¿Dónde es? —preguntó Sally antes de aceptar.

—Solo tendrá que ir al Savoy. Hay una persona que la espera. La reconocerá, ¿entendido?

—¿Es importante?

—Para mí, mucho.

Sally salió con la excusa de llevar la carta a la oficina de correos más cercana, ya que Amelia pretendió estar muy impaciente, sin que sus padres sospecharan nada. La joven estaba a punto de subir, para que ellos no adivinaran sus intenciones, cuando vio que una carta se colaba por la ranura del correo. No consiguió que pasara desapercibida a ojos de sus padres, así que después de agacharse a cogerla, se dirigió al salón para abrirla delante de ellos. Era absurdo intentar esconder su contenido, terminarían por enterarse.

Cuando la joven empezó a abrir la carta su padre, alterado, preguntó:

—¿Es para ti? ¿Quién te escribiría? ¿No volverás a meterte en líos?

Era una pregunta absurda, ya que el nombre de Amelia estaba en labios de muchos amantes de lo escabroso.

—¡Rose Whitergold! —dijo sorprendida—. Quiere que vaya a

verla, al museo.

—No irás —dijo el señor Raines enseguida.

—Papá, Nellie y ella me salvaron la vida. Le debo un agradecimiento.

—Su padre está encerrado y debe pensar que es por tu culpa —razonó su la señora Raines—. Creo que no es buena idea que vayas.

—Iré —dijo Amelia—, aunque tenga que escaparme otra vez.

—No puedes salir —le recordó su padre—. No solo lo tienes prohibido, sino que hay periodistas esperándote en la puerta.

—Pues pediré una calesa. No podrán seguirme más que unos metros.

Sus padres se miraron un momento, sabiendo que al final cederían a la voluntad de Amelia. Insistieron un poco más, pidieron leer la carta e incluso se ofrecieron a acompañarla hasta que dieron su aprobación.



Roger y Nellie veían como el cochero subía las maletas de la señora Vance en el carruaje. Ambos estaban en tensión. La mujer se había pasado los últimos días de pésimo humor. Se quejaba de que su hijo iba a abandonarla y explicó eso mismo a sus amistades por carta, sin embargo la pareja no cambió de opinión ni sucumbió al chantaje emocional al que les sometía.

Nellie no había vuelto al museo, ni siquiera para ir a buscar sus útiles de pintura. Roger, por su parte, estaba pasando más horas que nunca en casa, saltándose días de clase. Perderían algo de dinero, pero en la escuela deberían adaptarse a estas circunstancias temporales porque Roger no quería dejarla sola con su madre.

Ella lo agradeció ahora que no tenía donde ir para escapar de su suegra, aunque echó de menos la pintura y deseó volver a su pasatiempo favorito. Además, no le permitirían entrar en la galería después de lo que había ocurrido. Había hablado con su marido sobre su miedo a regresar y a él había ideado una solución que no terminaba de convencerla: solicitar ser copista en otro museo de la ciudad.

Cuando la señora Vance entró en el carruaje por fin, Nellie suspiró aliviada y sonrió a pesar de la mirada de desprecio que le estaba dedicando su suegra.

—Nellie —dijo Roger y ella lo observó con curiosidad—, siento haberte hecho pasar por esto.

—No es tu culpa.

—Debería haber visto antes lo que te estaba haciendo.

—No te lo dije —dijo quitándole importancia.

El carruaje se marchó y Roger se despidió con la mano de su madre a la que quizá visitaría una o dos veces al año. Se veía que a él le dolía dejarla a su suerte, mantenida, pero sola. Él le escribiría, era su obligación como hijo y estaba seguro de que la presentarían a un par de vecinos y se adaptaría a la vida en un rincón de Somerset.

Nellie se dio la vuelta para dejar a Roger a solas con sus pensamientos, no obstante, en cuanto puso un pie en el interior de la casa, oyó que él hablaba con alguien. Ella volvió a salir y vio al

cartero alejándose para meterse en su vehículo y seguir con su ruta. Roger tenía una carta en la mano y Nellie vio su nombre dibujado en el sobre.

—¿Quién la envía? —preguntó.

Él le dio la vuelta a la carta y Nellie pudo leer el nombre del remitente:

—Rose Whitergold.

Capítulo 26

Ambas se presentaron juntas en la puerta principal. Amelia había pasado gran parte de su vida en la galería, metiéndose por los recovecos, descubriendo cada escalón y soñando por los rincones; pero nunca hasta ese momento había entrado con la sensación de que no era bienvenida.

Las chicas se miraron antes de pasar el umbral de la puerta principal junto a la que había dos guardias vestidos con los mismos uniformes que solía llevar Cecil. Nellie vio que su amiga se estremecía.

Amelia llegó a la conclusión de que el asesino había ido a por Ernest por participar en su investigación. Cecil sabía que Ernest estaba implicado en esta y que estaba a punto de publicar sus conclusiones. Por eso se sentía culpable. Ernest seguiría vivo si ella se hubiera detenido antes.

Saludó con una sonrisa forzada a quienes se cruzaron en su camino hacia el despacho. En cuanto llegaron a la puerta fue Amelia quien la golpeó y sin esperar respuesta, abrió.

Rose estaba sentada tras el escritorio de su padre. Se levantó para saludar a las chicas y les pidió que tomaran asiento. Ambas estaban tensas y se miraron antes de obedecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rose intrigada.

Nellie negó con la cabeza. No quería explicarle lo incómodas que se sentían.

La señorita Whitergold sonreía a pesar de la vergüenza que había recaído sobre su familia y la galería. Eso enfadaba a Amelia y desconcertó a su amiga.

—¿Por qué nos ha llamado? —preguntó Nellie impaciente.

—Quería darles las gracias por haber descubierto a mi padre, por haberlo encarcelado.

Intentaron esconder la sorpresa que sentían por ese agradecimiento.

—Nos atribuye un mérito que no es nuestro, sino de la policía. —Nellie ya estaba más relajada y se había inclinado hacia delante. Mientras, Amelia tenía la vista clavada en Rose y su sonrisa.

—Pero sin su cabezonería, nadie se hubiera enterado de lo que tramaba mi padre, así que gracias y perdón por no haber creído en ustedes. Deben entender que yo no sabía nada sobre los robos y la cúpula.

Las palabras de Rose parecían sinceras, sin embargo, Amelia seguía sin entender por qué estaba tan tranquila después de todo lo acontecido.

—Acepto sus disculpas —dijo Amelia por compromiso—. Y le doy las gracias por haberme salvado la vida. Nellie me lo contó todo.

—No creo haber colaborado tanto y me siento responsable por lo ocurrido. —Amelia apretó los puños al recordarlo—. Al fin y al cabo, por culpa de mi padre la intentaron matar. Me gustaría darles una explicación.

—Por culpa de su padre, murió gente —dijo Amelia en tono grave. Cada vez estaba más asustada recordando el cuerpo de Ferdinand en la cúpula y los instantes de angustioso pánico que había vivido al entender que se estaba quedando sin oxígeno. El miedo consiguió enfadarla—. ¡John, Ernest y Ferdinand Sands! ¿Y por qué? ¿Para que su padre pudiera apropiarse de obras de arte que podría haber comprado? Usted misma lo dijo, tiene el dinero suficiente.

—Me regaló una copia para contentarme mientras guardaba el cuadro real en su cúpula —declaró Rose tras borrar la sonrisa de sus labios—. Me engañó como a todos. Me equivoqué.

—Si usted nos hubiera ayudado, lo habríamos atrapado mucho antes —le reprochó Amelia y dio un golpe sobre la mesa sorprendiendo a las otras dos mujeres.

—Mi padre mantenía en secreto sus problemas financieros y, por supuesto, los robos. Lo único que puedo hacer ahora para enmendarlo es decirle a la policía todo lo que sé.

—¿Y qué sabe que no hayamos podido explicarles nosotras?

—Por ejemplo, que no solo hacía copiar obras de arte ajenas. También replicaba cuadros propios del museo para dejar el resultado en exposición mientras vendía los auténticos.

—¿De verdad tenían problemas de dinero? No lo parecía —dijo Nellie sin llegar a entenderlo.

—Compraba obras de arte por encima de sus posibilidades y al final no pudo pagar los precios que pedían los propietarios de las que quería, así que las copiaba para poder robarlas.

—Pero las obras robadas, ¿por qué se encontraban en el sótano, dentro de esa cúpula?

—Piensa que su misión es conservar obras de arte relevantes. Y en esa cúpula las obras podían sobrevivir al paso del tiempo. Antes de que lo detuvieran, me pidió que la reconstruyera—desvió la mirada al recordarlo.

—¿Es que ahora la galería le pertenece? —preguntó Nellie incrédula.

—Es mi hermano quien está al mando sobre el papel, no obstante, mi padre me pidió a mí que me encargara de ella. Junto a su tío, por supuesto. Su nombre está limpio. Aunque le haré una pregunta, señorita Raines: ¿de verdad cree que él no sabía nada de la cúpula, los robos y los asesinatos?

Amelia frunció los labios porque el señor Bates había contribuido con su silencio. Aun así, la policía no encontró nada en su contra y los testimonios del señor Whitergold y Cecil lo exoneraron.

—Sí —respondió.

—Yo también —dijo Rose y Amelia soltó un suspiro—, pero los rumores vuelan y a veces no es la verdad lo que trasciende.

—Mi tío nunca escondería obras al público —dijo, protegiéndolo, cosa que no sabía si merecía—. Sé que no piensa como su padre. ¿Por

qué mantener cuadros guardados en una sala en la que no pueden ser vistos? Va en contra de nuestros objetivos en la galería —dijo Amelia defendiendo su lugar en ella.

—Según mi padre, el público no lo merece porque ni siquiera puede distinguir si son originales o copias —explicó Rose y volvió a sonreír—. Y, de hecho, tiene razón. Nadie se dio cuenta de que cambiaba las obras de arte desde hace años, hasta que unos ladrones inexpertos intentaron robar lo que resultó ser una copia.

Amelia no quedó satisfecha, pero estaba cansada de explicaciones. Nada de eso cambiaba lo que había pasado ni revivía a las personas que habían muerto. Se puso en pie y Nellie la imitó.

—Si no le importa, nos vamos.

Amelia se giró, sin embargo, antes de alcanzar la puerta Rose también se levantó.

—¡No se vayan! Hay algo más que debo decirles.

Las jóvenes se dieron la vuelta, aunque no volvieron a tomar asiento.

—Mi gratitud va acompañada de una proposición a cada una. —Las amigas se miraron desconcertadas—. Señorita Raines, supongo que este no es el lugar en el que se siente más cómoda ahora mismo, a pesar de eso, su trabajo la está esperando. Puede volver cuando lo encuentre oportuno. Ni su tío podrá echarla conmigo al mando. Con el tiempo, podríamos subirle el sueldo y trasladarla al equipo de conservadores e incluso aumentar sus horas de trabajo.

«Independencia económica». Amelia quería sonreír, pero simplemente soltó:

—Lo pensaré.

—Y, señora Vance, usted podrá volver a pintar en el museo.

No tardaron en salir del despacho sin más discusión. Ambas se mantuvieron serenas hasta que estuvieron fuera y tras asegurarse de que la puerta estaba cerrada, sonrieron.

Amelia abrazó a su amiga por primera vez y en ese abrazo depositaron no solo la alegría del momento, sino también el miedo

que todavía no había desaparecido del todo.

Salieron de la galería y las sorprendió el fresco viento de otoño y la llovizna. No intercambiaron ni una palabra mientras se alejaban del museo. Nada sería como antes para ninguna de las dos. No sabían cuando se sentirían listas para volver porque, aunque eran conscientes de que se tenían la una a la otra, también entendían que les quedaban obstáculos que salvar.

La autora

Mireia de No Honrubia ha publicado siete novelas hasta la fecha; la primera, *Frío y Bruma*, en 2011. Tras un periodo alejada del panorama literario, en 2017 sacó la distopía *Oasis 3* y en 2018 la comedia paranormal *Como alma que lleva el Diablo*. En abril del 2019, la editorial Grupo Amanecer lanzó la que fue su cuarta novela: *Un rincón oscuro*. En 2020 publicó una novela juvenil de cifi urbana, *Glitch* y en 2021 *Frío y Bruma* volvió a ver la luz de la mano de Selecta, sello de romántica de Penguin Random House. Además, en 2022 autopublicó *Luxury Express* y en 2023 la novelette *Los fantasmas del Tibidabo*.

También escribe relato y gracias a ello obtuvo una mención de honor en el certamen II premio Ripley, publicó la antología *Grietas en mis sueños* y en 2020 coorganizó y publicó un relato en la antología benéfica *Relatos de diez autoras para pasar la cuarentena*. Debido a su trayectoria, ha participado como autora invitada en las antologías *Sueños de hadas* y *Diferetelling*.

El libro que está en tus manos, *Tras el lienzo*, recoge los conocimientos de la autora como historiadora del arte y se adentra en la sociedad victoriana con una mirada femenina diferente.

Si te ha gustado, puedes dejar una reseña tanto en Amazon como en Goodreads o mencionando a la autora (@MireiadNH) en twitter o instagram.